



Mi encuentro con el misterio

Luis Felipe Vásquez Narváez

COLECCIÓN LA TULPA



Mi encuentro con el misterio



Universidad Politécnica Estatal del Carchi



UNIDAD DE
PRODUCCIÓN Y DIFUSIÓN
ACADÉMICA Y CIENTÍFICA

Para referenciar este libro:

Vásquez Narváez, L. F. (2024). *Mi encuentro con el misterio*. Universidad Politécnica Estatal del Carchi.

1. Literatura; 2. Pasto; 3. Desigualangar; 4. Carchi

Clasificación Thema: CBX - Lenguaje: historia y obras generales

Clasificación Dewey: 860E - Literatura ecuatoriana

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA ESTATAL DEL CARCHI

Dr. Jorge Mina – Rector

Dra. Teresa Sánchez – Vicerrectora

PROCESO EDITORIAL

MSc. David Herrera – Director de Investigación

MSc. Johana Morillo – Responsable de la Unidad de Producción y Difusión Académica y Científica

MSc. Fernando Pazmiño – Diagramación y diseño

Dr. Duván Ávalos – Editor

DATOS DE PUBLICACIÓN

Título: Mi encuentro con el misterio.

Autor: Luis Felipe Vásquez Narváez.

Diseño de portada: MSc. Fernando Pazmiño.

Imagen de portada: Duván Ávalos.

Prólogo: Luz Dary Herrera Saraste.

Epílogo: Duván Ávalos.

DOI: <https://doi.org/10.32645/9789942625380>.

ISBN PDF: 978-9942-625-38-0.

ISBN EPUB: 978-9942-625-39-7.

Disponibilidad digital: <https://www.publicacionesupeec.org/index.php/carchi>.

Edición: Septiembre, 2024.

© Universidad Politécnica Estatal del Carchi © Patricio Ernesto Carrillo Martínez

Calle Antisana y Avenida Universitaria, Tulcán, Carchi, Ecuador.

Tel: 06 2 224 079 / 06 2 224 080 / 06 2 224 081 Ext: 1300 / 1301

publicaciones@upeec.edu.ec / publicacionesupeec@gmail.com

Ecuador, Tulcán. Septiembre de 2024

Prohibida la reproducción de este libro, por cualquier medio, sin la previa autorización por escrito de los propietarios del copyright.

Luis Felipe Vásquez Narváez

Mi encuentro con el misterio

Misterios

Prólogo

Por el camino del Mocososo de Belén	[13]
Por <i>Luz Dary Herrera Saraste</i>	
A los cuatro años de mi existencia escuché la matraca	[23]
La voz que clama en el desierto	[35]
El niño que nació en Belén	[45]
Tocan las campanas	[55]
La iglesia de San Francisco	[63]
La joven que medita	[71]
La joven que aprende	[83]

Las cometas y la amada vaciedad	[93]
El papel de la dialéctica en la transformación del mono en hombre	[103]
La absurdidad de la inocencia	[113]
Punto negro, la literatura, el arte y la fe	[125]
La bendición del Padre Creador y el Opus Dei	[133]
La cueva de Montalvo y su majestad “Carlitos, el títere”	[139]
El ateísmo y su inquisitorial dogma de fe	[151]
La entelequia y tu grandilocuencia dialéctica	[159]
El amigo que nunca falla	[165]
El encuentro con los sabios del barroco	[177]
Marcos Guerrero Túquerrez, Celso Fiallo y Marco Vinicio Rueda	[219]
León Felipe, ¿por qué te demoras tanto?	[231]

El no amor: diálogo entre la soledad y el [249]
abandono

Diálogo entre el no-ser y la fe [257]

Biografía
El desgualangador del pensamiento [263]
Por *Duván Ávalos*

Mi encuentro con el misterio

Prólogo

Por el camino del Mocosó de Belén

Luz Dary Herrera Saraste

Licenciada en Ética y Desarrollo Humano

Tengo el enorme agrado de presentar esta obra cuyo autor no solo es un amigo, es el compañero de camino llevando el mensaje del Mocosó de Belén. Si bien aprecio todo el trabajo realizado por este excelente escritor, considero importante confesar mi preferencia por esta última creación. Sus trabajos anteriores se caracterizan por su brillante rastreo de las tradiciones, su exquisito recorrido bibliográfico, sus exhaustivas investigaciones y sus propuestas para encontrar una respuesta a la eterna pregunta del hombre: ¿existe Dios?

En este libro, sin embargo, es notable la sencillez con la que se explican acontecimientos muy complejos, como ese niño que lleva la

madre al rosario de la aurora. Esto nos permite a los lectores sin conocimientos específicos del tema comprender sin mayores dificultades el tópico elegido. En el capítulo “A los cuatro años de mi existencia escuché la matraca”, la madre despierta a su niño para llevarlo al rosario de la aurora y acompañar los misioneros; en un primer momento las oraciones, viene el sueño para entrar en un lugar donde puede ver los colores del arco iris, disfruta todo lo que le enseña un Ser que le dice ser un ángel, para luego regresar y seguir con la madre a su casa y con el deseo de asistir luego al acto principal.

En el capítulo “La voz que clama en el desierto”, Juan Bautista prepara el camino para el que nacerá en un pesebre en Belén. Despierte mijo, le dice la madre para ir a escuchar la misa de gallo. Escuchando los rezos se queda dormido y aparece de nuevo el ángel guardián que le trae juguetes y empieza un viaje por un lugar diferente; los árboles producen alimento; aparecen personajes conocidos por el niño, María Polilla, y trae una chalina con los colores del arco iris, en la cual trae un niño morenito y los padres Pedro Pai y la madre Carmen Palma. Este niño se llama ilusión, se llama amor, se llama libertad.

En “El niño que nació en Belén”, encontramos la clase del Padre Carlos, dando a los niños la explicación del nacimiento de

Mi encuentro con el misterio

Jesús, la pregunta del niño: ¿Es Belén la ciudad o el pesebre que la madre tiene en la casa con arreglos navideños, Padre? y la respuesta: todos los niños del mundo tienen su pesebre, tienen su Belén. El niño Jesús trae el evangelio de la paz, amigo de Juan Aragón, amigo de duendes, de todos los niños y niñas del mundo, de plantas, animales, amigo de todos. Al dormirse el niño empieza el viaje a ese universo y el ángel le entrega el color rojo del arco iris. Así, a cada niño le entrega un color para luego buscar el animal que los va a cuidar en este viaje. León Felipe le cuidará a nuestro niño un puma rojo moteado. Al entrar en la caverna, a León Felipe le entregan un libro donde dice: Dios ha muerto, Dios no existe. Nuestro niño entra en un proceso de memorización de todo lo que escucha, despierta y se ve frente al padre Carlos y le cuenta lo que le ha pasado. No te preocupes hijo; Dios hoy y siempre ha existido y Él te cuidará, es bueno que tengas dudas, es bueno que te preguntes.

En “Tocan las campanas”, el niño le pregunta al fraile Franciscano por qué tato ruido en medio del silencio. Su respuesta es que no se preocupe, que está por llegar la luz del resucitado; ya no eres ese niño que llevaba la madre, ya eres jovencito de trece o catorce años. Nuevamente viaja en el sueño para encontrar un ser maravilloso, un toro que lo invita a entrar en un laberinto y allí encontrar la luz del misterio.

En el capítulo “La iglesia de San Francisco”, León Felipe se presenta como caminante del misterio en la soledad, queriendo entender si hay o no existencia de Dios. Estudia lógica matemática y filosofía, luego explica el tiempo donde nace el Absoluto de sí mismo donde todo era oscuridad y silencio, el Gran Yo Soy; así quiso construir todo el universo y pensó en crear alguien que fuera su sombra y creó un ser que todos conocen como Adán. Así, pensó que este ser iba a tener soledad. Por eso, creó la maga mayor Lilith; estos dos seres hicieron posible el amor, la sexualidad, pero se olvidaron de su creador. Cada filosofo le da una explicación al Absoluto y nosotros los católicos le llamamos Santísima Trinidad. Solo así puedes encontrar tu paz interior, y estarás sirviendo al creador.

En el capítulo “La joven que medita”, nuevamente el joven León Felipe se encuentra con el padre Eusebio y la señora que prepara los panes que reparten a los pobres siguiendo el ejemplo de San Antonio de Padua. El joven está leyendo un libro escrito por Fray Bartolomé de las Casas y le dice al padre que tiene muchas dudas. Su relato empieza con un gran número de preguntas nombrando diferentes pueblos y sus representantes de las diferentes creencias religiosas. En un primer momento, para continuar el porqué de las situaciones que viven las culturas: ¿por qué mataron a Jesús?

Mi encuentro con el misterio

Y continúa con las órdenes religiosas: ¿por qué las clases sociales? ¿Por qué si Dios existe permite todo esto? Hijo: cuando estés en lo más profundo del silencio, cuando tu padre, tu madre, tus hermanos y todo el mundo se retire y cuando veas que no hay nadie, cierra los ojos, silencia tu mente y ahí descenderá el verbo y contestará tus preguntas.

En esta misma continuidad de sentido, en el capítulo “El joven que aprende”, el padre Eusebio, queriendo ayudar a nuestro Joven, le deja en la biblioteca un libro para que lea mientras lo puede atender. Son las sagradas escrituras. El joven abre el libro y encuentra el texto de Job, lo empieza a leer, el padre le dice que es uno de los libros más fuertes de la Biblia. Continúa la conversación con las dudas, pues ha estado leyendo otros libros que lo confunden, que le plantean que el Gran Yo Soy no existe. Pues ha leído libros de Filósofos e intelectuales y hablan de las clases sociales.

En el capítulo “Las cometas y la amada vaciedad”, se escucha la voz de un pequeño que dice: Mamita, mamita, cómprame una cometa. Estas palabras nos hacen recordar a nuestro joven León Felipe, cuando iba de paseo allá por El Ángel con sus parientes y amigos elevando cometas. Vemos el niño que pidió la cometa con una carta para enviarla al séptimo cielo y a quien se la escribe es al Gran Espíritu. León

Felipe, al leerla, no puede contener el llanto, le da gracias al niño, con tu inocencia me diste muchas respuestas.

En el capítulo “El papel de la dialéctica en la transformación del mono en hombre”, el autor habla sobre la conformación de los poderes que deben existir en la creación de la sociedad humana. ¿El poder en manos de unos cuantos y cuáles son los poderes? Ejecutivo, Legislativo y Judicial. El maestro Tobar dicta su clase en la universidad y no admite discusión alguna, pues siendo bien preparado y con muchos títulos, nadie lo puede contradecir. De la misma manera, en “La absurdidad de la inocencia”, describe la biblioteca y todos los objetos que hay en ella, todo lo conoce cuando dicta las clases en la universidad. Le cuenta de la serpiente emplumada que ha escogido al hijo de la señora Carmen Piarpuezán para recibir el poder y don de mando para gobernar su cacicazgo como descendiente del pueblo pasto para gobernar al Condado Machines.

Por otra parte, en el capítulo “Punto negro, la literatura, el arte y la fe”, se presenta el joven León Felipe como estudiante de derecho, con la señorita estudiante de artes plásticas Marie Soledad; no es nada agradable su conversación, majadero es usted el compañero de mi hermana y cree que es el macho mezclando la erótica y la fantasía. Qué estúpido creyendo que jugando

Mi encuentro con el misterio

con sus decires me llevaría a conocer el arco iris y las estrellas. Disculpe señor León Felipe he oído a mis amigos sobre una revista y el grupo Punto Negro; cuente conmigo.

En “La bendición del Padre Creador y el Opus Dei”, la niña feliz en el desayuno les cuenta a sus padres el sueño con el gato nieto del gran gato celestial y que solo cerrando sus ojos podía escuchar tocar las notas del piano, el violín. El esposo reclama a su esposa María del Pilar por haberle leído cuentos a la niña, no quiero la biblioteca, hoy mismo desapareces todo libro de esta casa. Yo pertenezco a la orden del Opus Dei, hoy mismo entras al cuarto, te latigas, aquí solo manda la razón lógica, yo ordeno y se cumple. Por el contrario, en el capítulo “La cueva de Montalvo y su majestad ‘Carlitos, el títere’”, el joven León Felipe continua en su búsqueda. Pregunta a un hombre: Señor, me puede decir ¿dónde queda la cueva de Montalvo? Mire, allí, en el corral de las gallinas, está la puerta. Se encuentra en la cueva de Juan Montalvo con los grandes filósofos Platón, Aristóteles, tú eres el joven que anda diciendo que Dios no existe. Ahora que está aquí, ten mucho cuidado de no tocar nada. En este mismo sentido, en “El ateísmo y su inquisitorial dogma de fe”, se acerca un niño al joven León Felipe para pedirle que no se vaya, que le hable del que nació en Belén, pero

cómo hablarle si no cree en Dios y en nada; solo piensa en su libertad, en su arrogancia y en su conocimiento de la dialéctica.

En “El encuentro con los sabios del barroco”, un joven extrañamente vestido de pelo largo con boina busca al obispo Proaño para preguntarle qué punto de vista filosófico o político-ideológico utiliza para convencer a los indígenas para que lleguen al concierto y no se olviden de su colonia. En su búsqueda, Eliphas Levi le dice: mi libro solo lo pueden leer los iniciados. Quetzalcoatl: cuando usted esté preparado será bienvenido. Moisés: usted, jovencito, saque unas tres Ayoras, láncelas al universo para que caigan junto al azar; usted podrá entender el misterio sagrado.

Por último, León Felipe sueña y escucha que alguien le dice: te esperamos para la ceremonia, en La Calera Taita Marcos es el oficiante, Celso Fiallo como mapashitador y tú como otros jóvenes son los invitados. Aparece la Polilla de foco rojo, me lleva por diferentes lugares. Una de las ancianas, Luz Dary, dice: usted es León Felipe, el discípulo de taita Marcos Guerrero Túquerres, que quiere ser guerrero, soy Guillermina Sánchez, la discípula del Gran Espíritu, la que le va a mostrar el camino a seguir. No puede ser, me han derramado miles de litros de aceite de oliva es algo inexplicable y maravilloso, veo el ojo de poder. Disculpe

joven ya llegamos a La Calera; la joven que estaba a su lado le dejó esta rosa roja.

Los demás capítulos brindan una exploración muy interesante entre el no-ser y la fe. El joven León Felipe siempre recuerda las palabras de Eliphaz Levi, para que no penetre al mundo de la sabiduría, pero como necio que es, abre la primera hoja y ahí queda atrapado en el Absoluto Silencio. Queriendo saber quién es.

Agradezco el espacio para compartir con los lectores los sentimientos que me generó esta obra y felicitar al escritor por su excelente trabajo.

A los cuatro años de mi existencia escuché la matraca

A los cuatro años de mi existencia, sentí el sonido de una matraca, la misma que llamaba a los fieles del crucificado a acompañar el silencio de la procesión.

—Mire, miijo, despierte, despierte, por favor, ya es hora. Levántese, están llamando al Rosario de la Aurora. Vístase rápido y tomemos algo de café y pan para poder acompañar en la procesión a los hermanos misioneros que han venido de la vieja Europa. ¡Apúrese! ¡Apúrese!, porque nos van a enseñar que el crucificado ya no está en la cruz, sino que anda por el mundo y hoy está con nosotros acompañando esta procesión. ¿Ya está listo? Tómese este café y este pan de maíz. Apúrese, apúrese, que una vez más está sonando la matraca y es el último sonido, porque de ahí ya nos quedaremos y no podremos acompañar a los misioneros.

Luis Felipe Vásquez Narváez

—Usted se acuerda, anoche me dijo que quería levantarse temprano e ir conmigo a ver lo que dicen esos señores de pelo rubio, ojos azules y con larga barba. ¿Ya desayunó? Ahora, vámonos.

—Padre nuestro, tú que estás en el reino, tú que estás en el misterio del amor, tú que estás caminando por esta montaña, por estos lugares de los Andes, por esta calle Real, te pedimos que tu hijo, el señor Jesús, nos acompañe y, junto a los niños, a los adultos y a las demás personas que estamos aquí, podamos hacer este Rosario de Aurora.

—Padre nuestro que estás en el cielo.

—¿Qué pasa, miijo? Por favor, no interrumpa. ¿Por qué me está jalando? Quieto, miijo, quieto. Escuche, por favor.

—Hora pronobis, hora pronobis, mi serenovis, mi serenovis, hora pronobis, hora pronobis, mi serenovis, mi serenovis.

—No se duerma, niño, por favor, miijo, despierte, despierte. No moleste, tranquilito, no se tropiece. Tome un poquito de pan de maíz y cálmese; ya seguimos, escuche, por favor.

—Una vez más los llamamos a escuchar las palabras que hace dos mil años les enseñó Jesús a sus apóstoles. Ustedes deben saber, fieles católicos, que hoy y siempre en la aurora es el mejor momento para hablar del Creador, para hablar del Señor Jesús. Van a tener que escuchar

Mi encuentro con el misterio

con absoluto silencio, caminando con la mirada agachada, mirando el suelo para no tropezar, mientras el gallo de amanecida sigue cantando, no para negar como lo hizo Pedro a Jesús, ¡no!, no para negar la libertad y la luz, ¡no! El gallo de amanecida canta, el Rosario avanza, y todos los fieles de este barrio, de esta ciudadela, de esta ciudad, se agrupan y acompañan a llevar la cruz, que simboliza la paz, la muerte, la resurrección y la vida del Creador, cuando tomó forma humana y se volvió Jesús.

—Niño, escúchame, por favor, solo tú me vas a entender, solo tú me estás viendo. No te preocupes, cierra los ojos para que puedas ver. Soy un ángel, sí, soy hermano menor de Gabriel, el arcángel. Me mandó el Padre Creador para que te muestre a ti, niño, lo que pronto, en tu misterio, en tu corazón, en tu mente y en tu espíritu va a suceder. Mira, niño, tu cuerpo irá al lado de tu madre. Tu madre te tomará de la mano y pensará que vas agachado acompañando el Rosario de la Aurora. Tu espíritu va a viajar conmigo a un lugar maravilloso donde se encuentra la bondad, la libertad y la luz, a la cual yo represento y que Jesús, tu amigo, al que tú siempre sueñas, al que siempre convoca tu mamá para que puedas dormir, sí, él mismo te está esperando.

—Disculpe, señor, yo no veo nada. Lo único que alcanzo a entender es que ahí al frente hay

un caballo con alas y nos está esperando. Sé que es un caballo azul, o así lo veo, o así lo siento. No sé por qué está esperando y también hay un caballo pequeño, un caballo color arcoíris y tiene alas.

—No te preocupes, hijo. El caballo grande será montado por mí y el caballo pequeño será montado por ti. Y te cuento, hijo, no son caballos, se llaman pegasos. Vamos, súbete como yo lo hice. Tu amigo Pegaso se llama Carlos, el mío se llama Augusto. No se te olvide, tu amigo se llama Carlos Pegaso y mi amigo Augusto Pegaso. Ellos nos van a llevar para que aprendas a contemplar el nacimiento del arco iris.”

—¿Qué me está pasando, señor? Yo lo único que siento es que mi mamá me va jalando de la mano. Nada más siento, lo demás simplemente veo.

—No te preocupes, niño, no te expliques, no entiendas. Deja que tu espíritu sea conducido por tu amigo Carlos Pegaso. Él no se moverá si tu espíritu no se mueve. Por eso te estamos esperando. Te das cuenta, yo ya subí conjuntamente con Augusto el Pegaso a esa montaña. No te preocupes por el río que ves. Tranquilo. ¡Cierto! Si puedes, quédate un momento descansando, no te bajes, por favor, de Carlos el Pegaso. Mira nomás.

Mi encuentro con el misterio

—Qué extraño y qué raro. Alcanzo a mirar un pez grande, ese pez tiene brazos, tiene lo que saben tener las mujeres en mi pueblo, tiene cuerpo de mujer y de la cintura para abajo es un pez. Qué raro. Lo entiendo, usted es María, la ondina del río Bobo. Qué bien, ¿y por qué me queda viendo? ¿Qué es lo que quiere conmigo?”

—Quiero que entiendas que tú eres el escogido, ya que algún día, cuando seas adulto, podrás llevar el mensaje de nuestro hermano mayor, el mocoso de Belén, ese que los humanos adultos le llaman Jesús. Tú, igual que yo, somos niños. Yo soy una niña, tú un niño. No te olvides que estás mirándome con el espíritu. Si quieres y me aceptas en amistad, toma esta flor. Es una flor de chuquiragua que se da aquí en el páramo, para que siempre te proteja y te cuide. Toma.

—¡Qué belleza! Esa flor tiene un perfume demasiado agradable, huele muy lindo. ¡No entiendo! ¿Qué me está pasando? Ya crucé el río, estoy montado en mi amigo Carlos el Pegaso, al lado de unas moras, mortiños. ¡Qué exquisito! Voy a comer un poco, supongo que se podrá.

—Coge, niño, no te preocupes.

—¿Quién me está hablando?

—Tu amigo Carlos Pegaso. Tranquilo, no te preocupes. Come poco y despacio, pronto tendremos que subir allá, a la montaña, a la

cima donde nos está esperando el descendiente directo del Arcángel San Miguel. No te lo dijo, se llama Felipe, sí, el mismo que está montado en el Pegaso Augusto. Apúrate, niño.

—¡Qué belleza, señor Don Felipe! Usted me trajo acá. No entiendo, no comprendo. Mi mamá me suele decir que solo cuando suba a los cielos podré ver el arco iris, dividido en los siete colores, y que cada color dará nacimiento a un prado donde habrá animales, plantas, flores y frutos. Por lo tanto, serán siete lugares diferentes, donde solo ahí estará la presencia del Absoluto, dice mi madre. Por eso, no entiendo por qué me trajo. Mi madre me dijo que cuando uno muere, cuando cierra los ojos y deja de ser humano, asciende a esta montaña. ¡No alcanzo a entender! Pero usted me dirá. Supongo que ya morí. Me da pena de mi madre, ella va a llorar mucho.

—No, hijo, no te preocupes, no has muerto. Es un regalo del Gran Espíritu, Jesús, como tú lo llamas, el niño de Belén, ese niño que siempre esperas que nazca el 24 de diciembre por la noche, en la misa del gallo que hacen en tu pueblo. Sí, ese mismo niño te escogió y te invitó, y a mí me mandó como un siervo suyo para que tú puedas contemplar. Mira el color amarillo del arco iris.

—No entiendo, está lleno de un bosque.

Mi encuentro con el misterio

Son unas flores muy lindas que giran, parece que saludaran al sol.

—Sí, hijo, se llaman girasoles, por eso todo es amarillo. Todo este prado está lleno de girasoles. Al fondo, si miras, hay un bosque de guayacanes con flores amarillas. Y mira, hay unos pájaros de color amarillo con pintas negras. ¿Los ves?

—Qué raro, ese pájaro me está hablando o así parece.

—Bienvenido, niño, a mi castillo. Aquí usted es el invitado preferente, el invitado exclusivo. Aquí podrá disfrutar los panes de maíz, el quesillo, la miel, y podrá jugar a las bolas y trompos. Aquí hay otros niños que han venido del Condado de Machines, del Condado de Chapuel, Chapues, Tufiño, Maldonado. También hay unos niños que han venido de muy lejos, dicen que son de la Concepción. Usted ha de saber dónde es eso.

—Qué extraño, pero ahí hay un castillo. ¿Qué debo hacer para poder entrar a ese castillo?

—No se preocupe, niño. Usted es el invitado. Mientras visita los otros colores del arco iris, lo estaremos esperando para el almuerzo y para jugar a la rayuela.

—El color azul del arco iris... Qué extraño, son flores todas de color azul, como los geranios que tiene mi mamá en el jardín. Y al fondo también hay un bosque de... ¿Usted decía que se llaman cómo?

—Guayacanes, joven, guayacanes con flores azules. Ese es el bosque. Y si miras, ese pájaro es de color azul con líneas negras. Te espera ese señor, que es el guardián de la luz celeste. Él te invita a entrar a esa caverna donde un anciano te enseñará a hablar correctamente y a pronunciar el idioma de los justos, con alegría y libertad. Tú tienes que llevar en los bolsillos el avío que te darán en el palacio del color amarillo.

—Mira ese color rojo, se extiende. Qué extraño, igualito que en el potrero de misia María Cuarantúm, ahí suelen haber amapolas. Pero qué lindo está este color rojo.

—Sí, niño, son amapolas. Y si ves ese bosque, es un bosque hermoso.

—También es un guayacán con flores rojas. Ese pájaro que ves tiene el cuerpo rojo con pintas negras. Ahí caminarás por el sendero rojo para llegar a ese laberinto, donde te espera un ser que te va a encaminar por el conocimiento silencioso. Te enseñará la sabiduría del juego, la sabiduría de la pintura, la sabiduría de la escritura y la majestuosa serenidad del Absoluto. Tienes que llevar un regalo que te entregarán en la cueva del color azul, donde ese sabio te dará un libro, nunca escrito, nunca leído, nunca hablado. Ese libro es la palabra, es la idea, es el habla. Ese libro tendrás que entregarlo al guardián del laberinto,

Mi encuentro con el misterio

donde está presente un minotauro que espera con urgencia tu presencia.

—Mira el color café. Te das cuenta, ese jardín está lleno de orquídeas café. El bosque es un bosque gigantesco y muy hermoso. Esas son ceibas, cuyas flores son de color café. Ahí está una princesa llamada Anaid, que te espera en su castillo para conducirte donde su hija, la princesa María Antonia. Ella te enseñará a comprender la sabiduría del pueblo Épera, del pueblo Embera-Katio y del pueblo de los Nutabes, para que tú entiendas y comprendas que ahí la sabiduría fluye, como fluye el arco iris. Te esperan en ese palacio, el mismo que está dentro del árbol principal. Ahí está el palacio de la princesa Anaid. No te olvides, tendrás que llevar todos tus sueños, gustos y deseos, y una lágrima de la alondra que te está mirando y que pronto cantará.

—El color verde está en ese prado. Todo, todo es color verde, el pasto es como en las montañas de tu pueblo, todo verde. Sí, a ti te parecerá extraño, porque en tu pueblo todos los terrenos tienen millones de colores, pero en este prado todo es verde. El bosque está lleno de unos arbustos llamados marcos, que curan, sanan y están creados en homenaje al sabio mayor que cuida este lugar y que vive en una cabaña indígena conocida como El Castillo Gótico. Está gobernado por un anciano llamado

Marcos Guerrero Túquerrez. Él te iniciará en el conocimiento de María de Magdala, de María, la madre de Jesús, y de Jesús. Te enseñará a conocer al Gran Espíritu, el padre Bouchica, y te preparará para que nunca olvides el mensaje del resucitado.

—El color que falta, el color lila, es un color demasiado hermoso, como tú te habrás dado cuenta.

—Sí, señor, las flores son igualitas a las flores de las papas de mi pueblo, y me hacen recordar cuántos sueños, cuántas luces y cuántos días he pasado con mi madre, cosechando las papas y acostado, comiendo chímbalos y viajando junto a las flores de color lila. No podría esperar más, me quedo aquí, este es mi pueblo, este es mi sueño.

—Hijo, no te preocupes, ten cuidado y tranquilidad. Mira al frente, hay una choza. Ahí te espera el guardián del páramo andino, se llama Juan Chiles. Te va a enseñar a cuidar todas las plantas para que cures a tu pueblo, a tu madre, a tu padre y a toda tu comarca. Se me olvidaba, también está un pájaro lila que representa al noroccidente de tu pueblo. Es un pájaro que solo en el lugar antiguo de Maldonado se encuentra. Es un pájaro que, cuando canta, todas las demás aves agachan su cerviz y ayudan, junto a él, a cantar y agradecer por la creación de la Madre Tierra y de sus plantas, las que te curarán y con las que curarás.

Mi encuentro con el misterio

—Mira, ahí está el color definitivo, el color que es no color, el color que es negro porque es un color que es el eterno vacío, es donde se inició el universo. Ahí te enseñará el Absoluto a caminar junto a ese bosque que miras y que es de arrayán, que produce, como en tu pueblo, carbón. Igual que ese prado está lleno de matas parecidas a las flores de gallinazo. Claro que en tu pueblo las flores de gallinazo son amarillas, pero acá las plumas del gallinazo se han convertido en flores, por eso son negras. Igual que el bosque de arrayán es de carbón y por eso es negro. Ahí encontrarás la Absoluta Verdad, la Nada Absoluta, y podrás entender que el universo sigue vigente. Ya has conocido los siete colores y has entendido todos los propósitos. Por ello, vas a tener que silenciar tu mente, tu cuerpo y tu espíritu. Podrás, en otro momento, cuando estés preparado, regresar a este lugar y comenzar la iniciación desde el primer color. No se te olvide el color amarillo. En este momento regresas a tu cuerpo y vas a seguir caminando con tu madre.

—Mi amor, mi amor, ya vamos llegando a la catedral. Tranquilo, no te preocupes, cógete un poquito de pan de maíz, cómelo.

—Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Hora pronobis, hora pronobis.

—Mi amor, hasta aquí llegamos, regresemos a la casa, porque ya pasamos por este lugar dos veces y la tercera es la misa que va a celebrar el padre Padilla en la Catedral, pero dicen que lo hará a las ocho de la mañana, y como nosotros hemos pasado todo el tiempo en este Rosario, ya hemos terminado. Son las seis, vamos, regresemos a la casa para preparar el desayuno de sus hermanos y de su papá. Hasta luego, señoras. Hasta luego vecina.

—Hasta luego, vecina. Cuidarase, niño.

—Hasta luego, vecino.

—Hasta luego.

La voz que clama en el desierto

—¡Sí! Juan Bautista decía: “Vengan, para hacerles conocer, por medio del bautizo en el agua, al que está delante de mí, ese que va a descender del universo y nacerá en un pesebre.”

—¡Sí! La voz del desierto clama y dice: “Escuchen, porque pronto llegará el Mesías y se transformará en el niño que llevará la honra de los mocosos del universo. ¡Sí! La voz que clama en el desierto prepara el camino para que el descendimiento de la Cruz del Sur se realice en Belén y desde ahí ilumine el corazón de todos los niños y guaguas del universo.” La voz del desierto sigue clamando, sigue diciendo que Jesús, no el crucificado ni el resucitado, sino el descendiente del universo es el hijo mayor, único y exclusivo del Absoluto. ¡Sí! Ese que va a nacer en Belén. ¡Sí! La voz del desierto clama y dice: “Prepárense los sabios y sabias del universo y todos los humildes y sencillos

porque pronto, en un pesebre, va a nacer la luz de Adonai”.

—Mijo, despierte, despierte, ya almorzamos. Siempre es bueno descansar un poco, pero usted me dijo que me iba a acompañar a la misa de la tarde. Y después de esa misa, usted sabe, yo tengo que hacer los arreglos florales, poner las velas, dejar la limosna, para poder apoyar al padre Eusebio en la iglesia de San Francisco. No se le olvide, después de eso regresamos, tomamos el café con el pambazo y el queso que a usted le gusta, claro, no entero, la mitad nomás. Y de ahí usted se pone un poquito a jugar y de noche vamos a ir a la misa del gallo. ¿Entendió?!

—Mamita, pero usted me dijo que me iba a llevar a la misa del gallo, no desde la tarde.

—Le dije, mi niño, hoy tenemos que ir desde las dos de la tarde, porque el padre Eusebio, en la reunión de ayer, nos invitó a todas las madres, mujeres y seguidoras del crucificado, que lo acompañemos en la misa para rezar las letanías acostumbradas. Y después de eso yo podré arreglar las flores, poner las velas y dar la limosna. Vuelvo y le repito, de ahí tomamos café con la mitad del pan y queso, juega un rato y de ahí sí vamos a la misa del gallo. Sí, eso es así, usted tendrá que obedecer. De lo contrario, usted se quedará aquí con sus hermanos y de noche podrán, ellos si quieren, llevarlo o no.

Mi encuentro con el misterio

Pero si usted quiere ir conmigo ya sabe las condiciones.

—Sí, mamita, yo quiero ir con usted, ya vamos, mamita.

—Virgen del Perpetuo Socorro, auxíliame; Virgen de Las Lajas, protégame; Virgen de la Paz, ampárame; Virgen del Quinche, sostenme; Virgen del Guaico, fortaléceme; Virgen de Agua Santa, guíame; Virgen de las Nieves, aclárame; Virgen de la Escalera, enséñame a caminar en el universo para encontrarme con el amor y la verdad del Creador. ¡Repitan, por favor! Virgen del Perpetuo Socorro, ámame; Virgen de Las Lajas, protégame. ¡Caramba, niño! ¿Qué le pasa a usted? ¿Por qué se duerme? Ya le dije que tiene que acompañarme a la misa. Mijo, despierte, despierte.

—Señora, por favor, no interrumpa. Usted sabe que estamos haciendo las letanías. Continuemos: Virgen de Las Lajas, protégame; Virgen de La Paz, ámame.

—¡Ay, niño, carajo! Bueno, duérmase, duérmase.

—¡Niño! ¡Escúchame! ¡Niño! ¡Escúchame! Niño, ¡escúchame! No te has dormido, vas a encontrarte con esa estrella que tú siempre miras desde la ventana cuando atardece y piensas: ‘Algún día de esa estrella bajará el niño Jesús y yo podré esperarlo en la Iglesia de San Francisco, para que la palomita quite el

velo y ahí verlo nacer.’ ¿Te acuerdas, niño? Ese ha sido siempre tu deseo, tu gusto y tu cariño. Yo sé que te has dormido para tu mamá y para todos. Tú estás dormido porque estás cansado de tanta letanía, de tanto rezo, de tanto empujón y de tanto chisme. Estás cansado de tantas velas, de tantos santos, de tantas vírgenes y de tantos decires, de tantas palabras que tú no entiendes. No te preocupes, niño, yo, el delegado del Misterio, el delegado del Padre Creador, soy el ángel Gabriel, aunque a ti te parezca extraño. Sí, niño, soy tu ángel guardián, sí, el mismo Gabriel, sí, aunque te parezca raro. Sí, el que te trae juguetes, sí, el que te trae ilusiones, sí, el que te trae recuerdos, sí, el que siempre te hace soñar cuando ves la estrella, sí, el mismo, el que está pendiente de tus deseos, sí. Por eso el Absoluto y Padre Creador, el abuelo Bouchica, como te dicen tus vecinos que así se llama para los Pastos, esos señores que tú conoces, ese par de abuelitos que viven en el barrio La Concepción y que dicen ser directos descendientes del Cacique García Tulcanaza. Sí, ellos siempre cuando visitan a tu madre así le saben decir, que el Gran Espíritu se llama Bouchica. Cierto es, para el idioma de los Pastos, de los ancestros de tu pueblo y de tus vecinos, sí, se llama el Padre Creador Bouchica, sí, el mismo, que pronto va a descender de esta estrella para nacer, no en Belén, no hijito, no, no en San Francisco en la Iglesia. ¡No! ¿Sabes dónde va a

Mi encuentro con el misterio

nacer? Va a nacer cerca del baño ‘El Pijuario’, allá por el Jetapal. Allá cerca hay unos señores que pastan unas ovejas, ahí va a nacer. Así que ponte pilas, niño, ponte alegre y bondadoso. Yo te voy a llevar, prepárate, no te preocupes, si tu mamá no te acompaña, yo te estoy hablando desde la luz. No te asustes, niño, no te preocupes, nunca tu cuerpo se va a separar de tu madre. Tu madre siempre te va a cuidar. Lo que va a viajar es tu espíritu. No vuelvas a decir que te asustas, no, niño, yo te voy a llevar. Mira allá, ¿sí miras?

—Claro que miro, señor, disculpe. Allí hay unas moras, unos mortinos, qué raro, uvillas, también hay chércheres. Lo que no entiendo es por qué hay árboles con espumilla. Eso sí no me imaginaba que había. ¿Puedo coger un poquito de espumilla? Si usted me permite, señor.”

—Claro, hijito, tranquilo, no te preocupes. Aquí todo es posible, aquí tú puedes disfrutar de la alegría, del juego, de la bondad y de la verdad. No te preocupes, mira, ¿si ves lo que hay allá?

—No puedo creer, no puede ser, árboles de pan de maíz, ¿no?

—Sí, hijo, aquí el pan de maíz nace en el árbol de Quishuar. Coge nomás un pancito, ¿si ves lo que está en ese otro árbol, en el Pumamaquí?”

—¿Cómo? Flor de miel, no puede ser, eso sí me parece raro. Esa miel la dejo... Uf, qué raro,

acá ha habido un árbol de quesillos. Entonces esa miel la dejo para el quesillo, ¿sí he de poder guardar, no es cierto?

—Sí, mijo, no te preocupes.

—Qué extraño. ¡Ve! Acá las calabazas ya han sabido venir preparadas como dulce, entonces, si usted permite, voy a coger un poquito de dulce de la calabaza y me lo voy a comer con este pan de maíz.”

—No te preocupes, pero ten cuidado. No comas mucho, no te vayas a empachar y después te va a doler el estómago, te va a marear la cabeza, vas a vomitar y no te va a parecer nada bueno.

—Cierto, ¿no? Más tardesito entonces regreso.

—Sí, hijo, sígueme, acompáñame.

—Qué raro, están unas señoras ahí lavando ropa.

—Sí, son las lavadoras de los tres chorros. ¿Si ves que están hablando con un caballero?

¿Eso será un caballero? Es un señor alto con un terno, con un sombrero de copa, con unas botas, así como me sabe mostrar mi hermano mayor, Carlos. Me sabe mostrar unas fotos que ha traído de Guayaquil, dice, donde unos señores saben bajar de un barco así vestidos, como ese señor. Qué raro, tiene una capa negra y por dentro roja, es igualitico, igualitico. Pero dicen que ese señor sabe marear a las personas, que ese señor sabe confundir.

—No te preocupes, a ti no te va a confundir. A esas carishinas que lavan la ropa y se olvidan de encontrarse con la luz y que se han ido allá a

Mi encuentro con el misterio

echar chisme y a molestar y a fastidiar con ellas se va a ir, no te preocupes. Pero ten cuidado, no lo quedes viendo porque lo que vas a ver es una cola y unos cachos. No es bueno que veas eso, ten cuidado. Ven para acá.”

—Ummm aquí ha habido puros niños, puras niñas. Ve la Rosalba, la Manuela, la María, toditos los del barrio Cotopaxi han venido. Mira doña Cantincuz, ve doña Juana Cuarantum, ve la Bertila Piarpuezan, qué raro, todas las mismas niñas y niños. Ve el Pedro Yandún, el Carlos Paspuezan, el Carlos Fuel, qué raro, todos han venido. Hola, vecinos, vecinas.”

—Ya ves, niño, y mira ese señor, ¿sí lo ves?

—No puedo creer, mi amigo Juan Aragón, ese que vive en la luna, seguro que trae trompos, pabito, bolas. Ese sabe hablar con mi abuelito, mi abuelito el que sabe irse allá a Túquerrez, el que me sabe traer colaciones, panelas chiquitas, mariposas amarillas, sueños y me sabe contar de un perro de ojos azules que allá a lo lejos, a lo lejos, allá, por allá bien adentro de Colombia. Allá me sabe decir que hay unos perros con ojos azules.

—Sí, sí, hijo, todo eso. Pero mira, toditos están saltando de alegría. Mira, quedémonos quietos toditos, por favor, silencio.

—Disculpe, señor.

—Quiero ahora decirte, hijo, no me digas ‘señor’. Soy Gabriel, el ángel Gabriel. No me

digas ni ‘ángel’ ni ‘señor’, soy Gabriel. Todos los niños me conocen como Gabriel, ¿no es cierto, Juan Aragón? ¿No es cierto, Eusebio? ¡Sí! Entonces callémonos y alcemos la vista. Hincados, abran las manos y pongan sus brazos en forma de cruz, y alcen la vista.

—Qué belleza. Disculpe, no puedo creer, es la estrella, mi estrella está descendiendo y viene volando. Qué raro, es una polilla, mi amiga María Polilla, no puedo creer que sea ella. Viene cargando algo, no entiendo, como la vecina que sabe cargar al vecino, al niño, a ese chiquito que recién nace. Qué raro, esa polilla. ¿Qué dice mi amiga María Polilla? Usted viene cansada y alegre, no lo entiendo. ¿Y qué trae ahí?

—Cállense, niños.

—¿Cómo? Usted viene cargando algo atrás y está puesto usted como chalina ese arco iris. Qué raro, y todos vemos dentro del arco iris. Qué raro, de esa chalina hay un niño muy lindo, medio morenito, parece del Chota. Una vez mi mamita me llevó por allá al Chota donde se comen oritos, donde se toca la bomba, donde los negros saben ser felices y alegres y las negras lo mismo. Es igualito ese niño negro. Ese es, como esa es la estrella y tú la cargas a la estrella, María la polilla. Qué raro, y vienes acompañada de Juana la Ninacuro, no puedo entender. ¿Y qué es lo que viene cargando la Ninacuro? Viene

Mi encuentro con el misterio

cargando a unos tres sabios del universo, el uno se llama Gaspar, el otro se llama Baltazar y el otro hijo directo de Zoroastro. ¿Cómo es que se llaman? Gaspar, Melchor y Baltazar. Qué raro, el uno blanco, el otro amarillo y el otro negro. Sí, ellos vienen a ver también como ustedes el nacimiento de esa estrella que sabes ver vos y de la que estás siempre enamorado y pidiendo cuando bajará de ahí el niño.

—Sí.

—Y ve que están aquí las ovejas, mira, ya se acercó el burro, la vaca.

—Eh, no puede ser, no, la Carmen, no puede ser que sea ella y el Pedro, no, no puede ser. ¿Cómo? Él se llama Pedro Pai y ella se llama Carmen Palma, no, ahí sí no entiendo.

—No te preocupes, hijo. Ella es la mamá y él es el papá. Este es el niño que ustedes esperaban, se llama Ilusión, se llama Amor, se llama Libertad.

—Pero es un niño negrito.

—Sí, el mismo, ese es el que tú esperabas. ¿Sí ves cómo baja la paloma y quita el velo? ¿Sí ves? Ya nació, en un tasín nació, en un tasín de ese gorrión, que es tu amigo, que siempre sabe estar en el árbol de quesillos. ¿Ya viste?

—Ya.

—Ahí le dio acompañamiento también la gorriona y aquí están los dos papás, y él es el niño que esperábamos todos. Yo soy, una vez

más les cuento, el ángel Gabriel, la polilla tu amiga y la Ninacuro o luciérnaga tu otra amiga. Todos nosotros vamos a ponernos en silencio para que este niño juegue conjuntamente y nos permita viajar a sus sonrisas.

—Mamita, mamita, vea, vea, vea, vea mamita vea. ¿Por qué es que usted no ve? Yo desde antes le estoy llamando y usted no.

—Cállate, mocoso, no molestes. Ya vamos a acabar la misa, espera, espérate. Virgen de Las Lajas, protégeme; Virgen de La Paz, cuídame; Virgen del Quinche, auxíliame; Virgen del Guaico, asesórame; Virgen de Agua Santa, ilumíname; Virgen de las Nieves, procura que se encuentren los niños hoy noche con el Creador cuando el gallo cante, la paloma baje y el niño Jesús nazca en Belén. Que la bendición del Señor Jesús recaiga sobre ustedes y que la bendición del Padre Creador se cumpla y bendiga a todos. La misa ha concluido.

El niño que nació en Belén

—Buenos días, niños. Buenos días, niñas. Hoy vamos a hablar del niño que nació en Belén hace aproximadamente dos mil años. Les cuento: era muy de noche cuando la madre del señor Jesús, la Virgen María, estaba embarazada. Su esposo, José, se acercó a decirle que él se iba a retirar a otra ciudad, porque sabía que nunca había estado con ella y, por lo tanto, el embarazo no era fruto de su amor. Pero antes de que José se fuera, bajó un ángel y le dijo: “No te preocupes, hijo. Ese niño que va a nacer en el vientre de tu mujer es hijo del misterio, es hijo de Adonai, es hijo del Gran Espíritu, es hijo de Dios, el creador del universo. Él ha enviado a su hijo para que ustedes, los humanos, lo conozcan. Así que no te preocupes, José. Cuida a tu esposa y haz que el niño nazca, porque será quien lleve el Evangelio de la paz, el Evangelio del amor, el Evangelio de la luz. Así lo hizo José. Descansó

con su esposa, durmieron tranquilamente y, mientras dormían, llegó un ser maravilloso y a los dos les dijo que no se preocuparan, que pronto nacería la estrella de Belén. Les indicó que debían viajar a esa ciudad porque allí los pastores, los magos y todos los sabios y sabias del mundo lo recibirían. Así lo hicieron. Al día siguiente se despertaron, tomaron café con tortilla de tiesto, un poco de queso y se fueron. Llegaron muy cansados a eso de las diez de la noche a un lugar donde había unas posadas. Intentaron descansar, ya que la Virgen María tenía dolores de parto. El dueño de la posada se acercó a preguntarles qué querían. Ellos le dijeron que, si por favor, les podía alquilar un cuarto, una cama para descansar, porque la mujer de José iba a dar a luz. El dueño de la posada les dijo que no, que no había nada, que lo único disponible era un pesebre donde dormían las vacas, los borregos y los burros. Entonces aceptaron el pesebre y, al calor de la vaca, el burro, los borregos, las gallinas, los patos y los cuyes, nació una estrella. Se vio que del universo descendió una luz maravillosa. Los pastores se acercaron corriendo a ver qué había pasado, y también llegaron unos seres de otros mundos, ya que seguían la estrella. Vieron que esa estrella era un niño, un niño muy hermoso, el más hermoso del universo. Un señor venía de Arabia, otro del Ecuador y otro de China.

Mi encuentro con el misterio

Eran los sabios ancianos, los magos que habían viajado tanto para ver el nacimiento de la estrella. También los pastores que cuidaban, pastores de Chunchi, de Guasuntos, de Tulcán, de Pasto, de Ipiates, se acercaron porque el niño había nacido en el pesebre de Belén.

—Disculpe, padre. Qué pena que lo interrumpa, pero mi mamita tiene un pesebre y me dijo mi hermano mayor que cada 24 de diciembre nace el niño allí, en nuestro barrio Manabí, donde vivo. Lo esperamos con luces, serpentinas, pólvora, cohetes, ollas, todo para que nazca. Usted dice que nació en Belén, pero mi mamá también le dice Belén al pesebre, al arreglo navideño. No entiendo si Belén se refiere a una ciudad o al nacimiento o al arreglo de mi casa.

—Niño, todos los niños del mundo tienen su pesebre, su Belén. Ahí mismo va a nacer el niño este 24 de diciembre, así que tienen que estar preparados. Por eso estamos haciendo el catecismo y enseñándoles para que sepan que el niño Jesús va a nacer en Belén. Por eso, tú, hijo, tienes que ir a coger mortiños, moras, suspiros, espumilla y tener todo listo para cuando llegue el niño Jesús. Lo recibes, le das cariño y haces esos regalos. Por eso, aquí ustedes van a escucharme una vez más y después hacen preguntas. Voy a continuar. Esos magos que llegaron y todos los pastores eran seres que vivían al lado de Belén,

de los belenes de ustedes. Por eso se acercan unos con chutarejo, con poncho azul, rojo o verde, con calzoncillo blanco, con alpargatas unos, otros con pantalón de liencillo, poncho azul, sombrero y pelo largo. Las mujeres con atuendo indígena, todos pastoras y pastores. Estos sabios que vinieron, uno de China, otro de Ecuador y otro de Arabia, son los reyes magos que llevan el mensaje del misterio, del amor y de la luz. Ellos enseñan por todo el mundo que va a nacer el niño, el niño Jesús, que traerá el Evangelio de la paz, que podrá hablar en todos los idiomas, en todas las lenguas, en todas las culturas y podrá decirnos que vamos a ser felices, alegres. Él vendrá porque es el amigo de los niños, amigo de Juan Aragón, amigo de duendes, de ilusiones, de voladoras, de sardinas, de ondinas, de salamandras, amigo de todos los niños y niñas del mundo, amigo de los animales, de las plantas, de los árboles, amigo de todos. Por eso, niños, ustedes saben que va a venir y se están preparando.

Para terminar, cierren los ojos y escuchen: “Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”. Silencio, silencio, silencio. La estrella va descendiendo, la estrella va descendiendo, el niño ha nacido. La Virgen María lo ha limpiado y lo pone en el pesebre. Ya le ha dado de lactar,

Mi encuentro con el misterio

su padre lo está acariciando, el burro, la vaca, el borrego y todos los animales se han reunido para mirarlo. Los sabios ancianos y sabias ancianas están mirándolo. Pero es un niño extraño, es un niño raro, tiene todos los colores. Es un niño arco iris, es un niño paloma, es un niño pegaso, es un niño salamandra, ondina. Es un niño que nos hace ver con la mente la maravilla de donde ha venido. Él ha venido de la Constelación de Orión, donde los sabios y sabias ancianas dicen que lo han enviado, porque es dirección del padre que él esté aquí. Su padre, el Gran Abuelo, padre Bouchica, dice que se llama su abuelo y él se llama Jesús María Putacuar Paspuel.

Ese niño ha venido acá a Tulcán para llevar el mensaje que trae desde Cartuquer, donde sus abuelos y abuelas están esperando que él, como el elegido y creado del padre Bouchica, les hable del Evangelio, de la paz, del amor y de la luz. Que les haga conocer que todos los pueblos deben hermanarse, que les haga conocer que los sabios ancianos y las sabias ancianas pastos no solo están en el planeta Cartuquer, sino que también están en el condado de Turca, en el condado Machines y en el condado de Yacuanquer, en el condado de El Pum, de Tusa, de Puntal, de Pialalquer, de Chontahuasi, de Caico, de Ipiales, Pupiales, Gualmatán, Taques y todos los lugares que habitan los seres del color rojo, seres piel roja que descienden de los abuelos y abuelas pastos.

Luis Felipe Vásquez Narváez

Por eso tú, niño, que te has quedado dormido mientras el sacerdote rezaba el Padre Nuestro, te has dormido para que yo, como el niño del universo, te pueda llevar a que conozcas la paz de mi planeta, la paz de mi universo, la paz de la bondad. Acompáñame y ustedes todos los niños que están en este catecismo, que se han quedado con los ojos cerrados descansando en el Padre Nuestro, suban conmigo. Cada uno coja su Pegaso, su picaflor, su ave del paraíso, su chiguaco, su gorrión y síganme. Vamos ascendiendo, miren el universo, miren el arco iris, ustedes van a encontrar en cada color el amor y la sabiduría.

Tú, León Felipe, coge el color rojo y camina a lo más profundo. Tú, Carlos Piarpuezan, coge el verde. Tú, María Assa, coge el café. Tú, Eduardo Pilataxi, coge el lila. Tú, María Sabina, coge el amarillo. Tú, Juan Manuel Paspuezan, coge el azul. Y todos caminen a lo más profundo y cada uno va a encontrar el animal que los cuide, el animal que los protege. A ti, León Felipe, te cuidará siempre un puma rojo moteado. Hoy todos los niños irán cada uno a la caverna donde van a encontrar el animal sagrado, pero tú, León Felipe, acompáñame junto al puma rojo moteado mientras los otros niños van en busca de su animal sagrado. Tú sígueme, no te preocupes, móntate hoy y deja a un lado el gorrión y súbete en la espalda del

Mi encuentro con el misterio

puma rojo moteado. ¡Sí, niño! ¡Sí, amigo! Sí somos niños. Yo, el niño Jesús de Belén, tú el niño León Felipe, que estás montado en el puma rojo moteado, sígueme.

Niños, niñas, buenos días. Hoy les voy a contar una historia muy especial, llena de misterio y maravilla. Escuchen con atención: era un día común, pero para León Felipe, nada sería igual después de ese momento. En su casa había muchos árboles, cada uno con algo especial: uno lleno de flores, otro de frutos, uno más con libros, otro con bolas, y finalmente, uno lleno de risas, trompos y pabilos. La Chiguaca Carmelina, una criatura mágica del bosque, le dijo a León Felipe que la acompañara. Pero León Felipe estaba asustado y confundido. En ese momento, el niño Jesús apareció y le dijo a Carmelina: “Por favor, no moleste. Deje que León Felipe pase”. Carmelina se disculpó: “Lo siento, niño Jesús, sigue adelante, León Felipe”. León Felipe avanzó y se encontró con un grupo de personajes muy serios y formales.

Había un filósofo, un artista, un poeta, un escritor y un matemático. León Felipe se preguntó: “¿Qué hago aquí, niño Jesús?” El niño Jesús respondió: “Tú vas a aprender en este lugar. La ciencia y el conocimiento te ayudarán a madurar en la duda. Cuando hayas comprendido la bondad, la luz y el amor, me alcanzarás. Por ahora, escucha al filósofo”. El

filósofo comenzó a hablar: “Niño, no olvides que has venido a un lugar especial, estás en medio de un libro que te dirá las siguientes frases: Dios ha muerto, Dios no existe, existe la palabra, el concepto, la idea. Tú debes memorizar todo lo que escuches y veas en este libro. Aunque no sepas leer ni escribir, el libro habla solo y tú debes estar abierto de mente, cuerpo, espíritu y, fundamentalmente, de corazón. Hace muchos años, un sabio descendió de la montaña y dijo a todos los seres del planeta que la verdad se compone de la sabiduría y la duda. Cuando ambas vayan juntas, podrán entender que el universo fue fruto de una explosión, creando átomos, quarks, neutrinos y neutrones. De esa explosión nacieron constelaciones, galaxias y sistemas solares. En el planeta azul, que los humanos llaman Tierra, nació la Idea. Un sabio caminaba por el desierto jugando con letras y palabras, organizando definiciones y construyendo imágenes. Él creó la Estética, la Ciencia, el Arte y la Filosofía”.

León Felipe estaba atónito. No entendía todo, pero su espíritu estaba memorizando cada palabra. El filósofo siguió: “Recuerda, niño, estás en el árbol de la sabiduría y del conocimiento. Aquí, el nómada del desierto crea fruto del consenso entre la Sabiduría, la Estética, el Arte y la Ciencia. No es Dios quien crea, sino el pensamiento y la proyección de

Mi encuentro con el misterio

la mente humana. Descansa ahora, abraza a tu puma rojo moteado y duerme, porque mañana te espera un día lleno de conocimiento silencioso”. León Felipe cerró los ojos y, cuando despertó, el catecismo había terminado.

Los niños recogieron sus cosas y se despidieron del padre Carlos. “Buenas tardes, padre Carlos”, dijeron todos en coro. El padre Carlos se acercó a León Felipe, quien estaba llorando. “¿Qué te pasa, hijo?”, le preguntó el padre Carlos. León Felipe respondió: “No entiendo, padre. Me dormí durante el Padre Nuestro porque no había comido bien. Soñé algo muy lindo, pero no lo entiendo. Un anciano en mi sueño me dijo que un día lo entenderé”.

El padre Carlos le sonrió y le dijo: “No te preocupes, hijo. Cuando seas grande, sabrás que Dios siempre ha existido y siempre existirá. Es bueno tener dudas y preguntas. Ve a casa y sigue soñando. Hasta mañana, niños”. “¡Hasta mañana, padre!”, respondieron todos mientras salían. Y, así, León Felipe se fue a casa, sabiendo que algún día entendería el misterio y la maravilla de su sueño.

Tocan las campanas

Tocan las campanas y el misterioso eco del silencio responde con la verdad del ocaso. El niño, contemplando aquel despropósito del silencio, se pregunta por qué suenan esas campanas, qué ha sucedido para causar tanto estruendo. Un fraile que camina por el parque del recuerdo se detiene y le dice:

—Hijo, no os preocupéis, está a punto de llegar el Salvador.

El niño le contesta:

—No, no le entiendo. Lo único que le pregunto es, ¿por qué tal sonido? El silencio lo lleva en lo más profundo y me hace pensar que oí una campana, ¿o me equivoco, señor?

—Hijo, no soy un señor, soy un fraile franciscano de esos que caminan por el mundo llevando el mensaje del resucitado. Si tú oyes las campanas, es porque va a llegar pronto la luz del resucitado.

—No le entiendo una vez más, fraile. ¿Cómo dice que se llama? Yo lo único que pretendo es saber por qué las campanas se alborotaron tanto. Todas las tardes, a eso de las cuatro, cuando mi mamá me invita a tomar café y me dice que traiga el pan de maíz para acompañar semejante y gustoso líquido, suenan las campanas llamando a la misa o al Rosario del atardecer. Ahora lo único que escucho, fraile, es ese alboroto de campanas que solo logra espantar mis ideas, mis sueños, mis deseos, las palomas, los gorriones, y también se van esos espectros que miran a lo lejos. ¡No entiendo!

—Sí, hijo, está bien lo que dices, pero te voy a contar algo. Tal vez tú no te acuerdes, ya tienes doce o trece años, supongo, pero yo te conocí. Tú eras y sos hijo de una señora que siempre acompañaba con flores y velas la resurrección de nuestro maestro mayor, Jesús. Apenas tenías cuatro años cuando, no sé si te acuerdas, por la calle Real sonó una matraca. Tu madre me contaba que te despertó porque ya llegaban las misiones, esas mismas que están a punto de llegar y por eso el sonido de campanas. No sé si tú te acuerdas de aquel tiempo. Claro, no había campanas, la campana de la Catedral de este pueblo se había ido junto a un ser misterioso que le suelen decir la Moledora. Este ser, transformado en espectro, se la vino a llevar para encargarla en el pueblo de Mayasquer.

Mi encuentro con el misterio

Por eso estas campanas no existían en ese tiempo cuando tú eras niño, por eso solo oías la matraca. Supongo que, en el eco de tu cerebro, en el silencio de tu abandono, harás memoria.

—No puedo creer, fraile. No puede ser cierto que usted me conozca. Yo apenas era un niño de cuatro años y oí una matraca. Usted no me conoce, no sabe quién soy yo, y dice que conocía a mi madre. No creo, está muy equivocado. Mi madre me abandonó en una piscina allá cerca del Consuelo, donde se dice que es La Joya. Ahí me dormí y, cuando quise despertarme, lo único que sentí es esto que usted dice: las campanas y su sonido que llaman a los fieles a escuchar la luz del resucitado. Así le entendí, o yo estoy confundíéndome. Pero mi madre, mi madre no está, mi madre ha desaparecido. Hace rato que la busco entre despierto, duermela, y entre el silencio o los sueños y deseos. No sé, lo único que sé es que cuando me acosté para descansar del paseo que me trajo mi padre, me dormí y asistí a la presencia de un ser maravilloso. Dicen que es un gigantesco toro que me invitaba a una travesía por su laberinto. Él me decía que si llegaba a la parte central donde está un castillo, ahí encontraría la luz del misterio. Pero algo me sucedió y sentí un jalón de orejas. Me desperté y lo único que escucho es ese sonido estruendoso de esas campanas que, vuelvo a decirlo, fraile, desesperan a todos

los mortales, a todos los niños e infantes, y a todos los que andamos deliberando entre ideas, sueños y aleluyas. No es que yo sea niño, soy adulto recordando mi sueño, el nunca olvidado sueño donde mis aposentos, donde mis decires y mis quererres se encontraron allá cuando era niño en la Joya. Puede ser que me haya despertado, pero sigo viendo un laberinto. En ese laberinto vuelve a aparecer el minotauro, junto a un señor muy interesante, muy alto, demasiado alto. Me dice que junto a mi espalda está la soledad y el abandono, pero que, si miro al frente, como ya lo hice, está la luz. Que camine y llegue al centro del laberinto. Ahí está un castillo y dentro de ese castillo dicen que está el Absoluto. Perdóneme, fraile, me regreso. Tal vez las campanas hicieron que mi cerebro se trastoque y yo me transformé en un niño que para usted dice tener doce años. ¡No! No tengo doce, no tengo cuatro. Lo que sí sé es que la matraca y las campanas hacen que yo sepa que algún día nací en este pueblo llamado Turca, en este pueblo donde fluía la belleza, la bondad, la alegría. No sé qué me pasó, pero sí sé que mi padre y mi madre me han abandonado, me han dejado dormido aquí a lado de esa princesa que los profanos llaman culebra. Yo le llamo anaconda sideral. Junto a ella me dormí y nunca más supe de mi padre y de mi madre. Tal vez en el misterio del espíritu mayor, que dicen

Mi encuentro con el misterio

está en ese palacio, podré encontrarlos. Tal vez sí. Hasta luego, que tenga una buena tarde, no sé, tal vez sea un buen día, señor o fraile como usted dice. Perdón, me retiro.

—Ven, ven, ven, no te dejes inquietar por el eco del silencio. Esas campanas que resuenan en tu memoria silencian la bondad de tu paz y te hacen retroceder al pasado de tu infancia. Esas campanas te llevan al ocaso del silencio, evocando al fraile Eusebio, y cuando eras niño se trastocaban en matracas. Son campanas que escuchas todos los días en tus sueños y que, en duermévela, memorizas. Esas campanas cuyo eco fluye en tus recuerdos, que tocan las cuerdas de tu memoria y, junto a la parca del silencio, te quieren llevar al misterioso vacío. Recuerda cuando la lechuza Juana te acompañaba en los paseos de tu escuela, y esas campanas te querían llevar al inhóspito mundo de la infancia adolorida. Son las campanas que te hacen saber que en tu pueblo el paganismo, el dolor y la absurdidad se han tomado el parque de los recuerdos. Esas campanas cuyo eco no te dejan avanzar, esas mismas campanas que te detienen y no te permiten cruzar por este laberinto. ¡Recuerda! No te olvides cuando tuviste la infancia del silencio, cuando jugabas a la rayuela, cuando cogías la ficha del dominó y la lanzabas al aire para que una valquiria la tomara y descendiera al churo cósmico, tu juego.

Así mismo, este laberinto te espera para que lo cruces. Debes dejar asperezas, miedos, temores, recuerdos y desmemorias. Simplemente sigue el latido de tu corazón. Recuerda cuando en tu silencio, dormido en La Joya, oías a los arlequines que danzaban al ritmo del yumbo. Acompáñanos, síguenos. Esa torcaza, esa ave que fluye por el mundo del Barroco Andino te espera. Mírala al frente, no te olvides, ella te espera. Cuando estés listo, hayas descansado el sueño eterno, hayas pasado el miedo y el temor, ella te acompañará para que cruces el laberinto y alcances la luz que está en este castillo. Este castillo, que tú y tus amigos los mortales llaman castillo, no es tal cosa. Es el Templo Mayor de los Inmortales, donde la luz está presente y fluye por todo el universo. Por eso, descansa, descansa, descansa. Cuando lo hayas hecho, no te olvides, la torcaza te está esperando, ella es y será tu guía.

- Suenan las campanas para que ese Homo descienda al misterio de la crucifixión.
- Suenan las campanas para que ese Homo viaje extirpando idolatrías por el mundo de Abya-yala.
- Suenan las campanas para que ese Homo camine por los chaquiñanes llevando la inocencia del crucifijo.
- Suenan las campanas para que ese Homo se prepare para el descendimiento al Hades.

Mi encuentro con el misterio

- Suenan las campanas para que ese Homo, en el misterio del Hades, libere la conciencia del abuelo Platón.
- Suenan las campanas para que en el misterio del Hades ese Homo libere a los seres nobles de la Arcadia Pasto.
- Suenan las campanas para que ese Homo extirpe la bravuconada, la imbecilidad y la idiotez de los tiranos de turno en Abya-Yala.
- Suenan las campanas para que ese Homo ascienda al misterio del séptimo cielo.
- Suenan las campanas para que ese Homo se identifique con el Yo Soy.
- Suenan las campanas para que ese Homo encuentre el matrimonio en la trinidad.
- Suenan las campanas para que ese Homo recuerde que es el alfa y el omega.
- Suenan las campanas para que ese Homo cabalgue por el apocalipsis del imperio.
- Suenan las campanas para que ese Homo traiga la estrella de la resurrección.
- Suenan las campanas para que ese Homo, junto al resucitado y al Absoluto, viaje por los multiversos.
- Suenan las campanas para que ese Homo se junte con la Virgen y alcance el mérito del andrógino.
- Suenan las campanas para que ese Homo alcance, junto a la Inmaculada Concepción, la luz de la soledad.

Luis Felipe Vásquez Narváez

- Suenan las campanas para que ese Homo, junto a los idólatras, alcancen el misterio del paraíso.
- Suenan las campanas para que ese Homo una vez más ascienda al misterio de la luz.

La iglesia de San Francisco

León Felipe: Mire señor, ¿me puede hacer un gran favor? ¿Me dice dónde queda la iglesia San Francisco?

Eusebio: Sí, señor. Usted coja de aquí en línea recta, sube dos cuerdas y media, y ahí está el templo de San Francisco de Asís. Discúlpeme, ¿qué es lo que quiere hacer en la iglesia de San Francisco?

León Felipe: Perdón, pero estoy confundido. Lo que pasa es que quiero que usted entienda que en San Francisco está la orden de los hermanos menores de Francisco y parece usted ser un franciscano. Por eso, yo quisiera invitarlo a que me acompañe, ya que al ser usted discípulo de Francisco, supongo, y yo ser hermano mayor en la orden de Francisco, o sea, soy el sacerdote superior de la orden de Francisco aquí en Tulcán, me llamo Eusebio. Como lo veo a usted parado aquí en el parque

dándose vueltas, supuse que estaba preocupado y al estar así yo podría ayudarlo. Tal vez usted tenga alguna duda, alguna dificultad, algún tropiezo.

León Felipe: Usted lo ha dicho. Sí, estoy muy preocupado y qué bueno poder conversar con alguien, supongo superior a cuanto ser común y corriente que no entiende ni de la Biblia, ni de Jesús, ni del supuesto Dios. Y como usted dice que es el superior de los franciscanos de la orden menor aquí en Tulcán, me gustaría hablar con su persona.

Eusebio: María, hazme un favor, prepáranos unos dos cafés bien puestos, con buen pan, con queso, azúcar Manuelita, y no se te olvide de traer un buen dulce de guayaba de esos que producen por allá, por Chical. Sí, esperamos. Retírate nomás y ya sabes por dónde entrar. Golpeas y dejas el cafecito para que nosotros nos podamos servir. Te lo presento, este joven, perdón, no sé su nombre.

León Felipe: Ah, yo me llamo León Felipe. Soy caminante del misterio en la soledad, soy la persona que anda deambulando, queriendo entender la no o la sí, existencia de Dios.

Eusebio: Ya oíste, María. Retírate, por favor, y nos traes café. Una buena tarde.

María: Buena tarde, señor.

Eusebio: A ver si te entendí bien, hijo. ¿Tú me estás diciendo que crees que Dios

Mi encuentro con el misterio

no existe, que es una ficción hecha de algún filósofo? Me imagino que, por el cuerpo que miro, la estatura que tienes y la preocupación que demuestras, tendrás unos quince, dieciséis años. Eso significa que ya te habrán dado en el colegio lógica matemática y estás cercano a saber filosofía como materia de la secundaria.

León Felipe: Sí, así es, padre. Permítame que se lo diga padre.

Eusebio: Sí, aunque yo no soy sino sacerdote mayor, soy superior, pero bueno, para ti soy un padre. Te voy a explicar detenidamente. Hace mucho tiempo, en el tiempo que tú debes no entender, el tiempo donde nació el Absoluto de sí mismo, para sí mismo, por sí mismo, donde había todo tinieblas, oscuridad, había la Absoluta Vaciedad y la Eterna Soledad. Lo único que existía era el Alfa y la Omega. Lo único que había era el Gran Yo Soy, que viajaba por el universo de oscuridad, de silencio, de tiniebla y le pareció importante tomar de sus sueños, de sus imaginaciones y de sus ideas, ante todo de las ideas, la posibilidad de construir multiversos: varios sistemas galácticos, varias constelaciones, varios universos, varios sistemas solares, varias estrellas, meteoritos, planetas y todo un conjunto de objetos que existen en el absoluto cielo. Y ahí él también pensó crear un planeta no muy lejos de su conciencia y muy cerca de su sueño y dijo: “Voy

a crearlo como lo más hermoso, lo más acabado y lo más posible que se acerque a mí mismo”. Y creó un planeta muy azul, muy hermoso y bello. Lo llenó de plantas, de flores, de animales, de montañas, de ríos, riachuelos, mares y todo, puso todo tipo de animales: cuadrúpedos, bípedos implumes, plumes, peces, seres de la tierra, seres del cielo, seres del aire, seres que viven bajo la tierra. De todo creó y lo puso con absoluto agrado del barroco, lo llenó de tanto color, de tanto amor, de tanta luz que se sintió feliz por saber que su idea se había consolidado. Pero faltaba algo, pensó él, algo que se asemeje a sus disquisiciones, a sus elucubraciones, a sus fascinaciones y ante todo a la exactitud de la matemática, la geometría, la trigonometría. También pensó crear algo que pudiera entender la duda, comprender la verdad, la sabiduría y poder proyectarse él, el Padre Creador, en alguien que fuera su sombra. Y creó un ser al que todos conocen como Adán. Pero si tú te das cuenta y das la vuelta a las letras es la Nada, por eso es su sombra. Proyectó su sombra y para los profanos le llamó Adán. También pensó que era bueno tener en él la proyección de su verdad y de su bondad. Tú entenderás y sabrás que Dios no es ni hombre ni mujer, ni animal ni objeto. Es el Absoluto, es el Alfa, es la Omega, es Todo, es Nada. Es omnipresente, omnisapiente. Él, por la parte de adelante, es

Mi encuentro con el misterio

el Gran Yo Soy; por la parte de atrás, es la Nada Absoluta. Es todo, es la plenitud y es la vaciedad. Es el ocaso y el nacimiento. Es Todo, es Nada. Por lo tanto, él proyectó en ese ser que hizo igual a él y lo volvió implume, lo volvió con cuatro extensiones, dos arriba y dos abajo, una cabeza, unos ojos y todo lo que es, lo que tú sabes y conoces como ser humano. Pero algo se dio cuenta él: el ser humano iba a tener soledad si no encontraba un eterno contrario. Y por eso creó la Maga Mayor de Eros, la divina Lilith. Esos dos seres hicieron posible crear el amor, la luz. Pero algo fallaba: no pudieron entenderse ni escucharse. Los puso a dormir y mientras dormían, los pulverizó y los volvió a rehacer con la tierra que tenía como base el planeta azul. Les dio soplo divino y ahí ellos comenzaron a verse, entendieron y les dio algo hermoso, maravilloso que es el habla. Se pudieron comunicar, pudieron decirse las cosas, entender y calificar. Conceptualizaron y pusieron a todos los objetos que ellos veían lo que en sus ideas se les iba mostrando. Por eso ellos pudieron calificar todo como proyección del Padre Creador que son. Pero algo tenía que suceder y el humano tenía un problema: quería entender, comprender, porque su diferente tenía algo parecido y algo diferente. El mismo tenía algo parecido y diferente. Se miraron, proyectaron sus interiores, sus deseos y encontraron que

se deseaban, que se querían y que se debían amar. Entraron en un éxtasis mayor y lograron comprender lo más hermoso que les había dado el Creador: era el placer. Disfrutaron sus cuerpos, no quedó espacio ni en el inconsciente ni en el consciente, ni en el ello ni en el ego, ni en ningún lado, ni en su sombra ni en el alter ego, ni en su espíritu, ni en su mente que no hayan besado todo, amado y disfrutado. Y ahí nació la bondadosa y bien amada sexualidad o eros. Pero ella comenzó a gobernarla a Lilith e hizo que Adán confundiera su luz, su verdad y su sabiduría. Fue conducido al universo celeste donde habitaban las amazonas, unas mujeres que disfrutaban de la sexualidad y despreciaban al hombre. Lo llevó allá con todas, disfrutó y se agotó. Y estando a punto de desaparecer, el Gran Yo Soy cogió la sombra, el alter ego, el consciente y el inconsciente, y tuvo el ser de Adán. Lo volteó, por lo tanto, hizo nuevamente la Nada. Sopló, lo hizo dormir y puso a Lilith a que se quedara en el mundo de las amazonas. Mientras despertaba, Adán se dio cuenta que algo le faltaba en su cuerpo, pero no se preocupó cuando vio a su lado una mujer demasiado hermosa, que era la proyección de su paz, de su deseo y de su bondad. Pero esta mujer le resultó demasiado inteligente y puso en duda todo lo creado. Por eso el Creador le llamó la atención y le pidió que nunca más estaría a la absoluta

Mi encuentro con el misterio

altura del conocimiento. Que el conocimiento sería gobernado por Adán, o sea por la Nada Sagrada. Y ahí comenzó a sentirse, a vivirse y a entenderse todo lo que proyecta la Idea. Eso, hijo, es lo que dice el abuelo mayor Platón, cuando educaba a su hijo Aristóteles. Cierto es que Aristóteles se confundió y mezcló la Idea con el objeto y creó lo que él llama la realidad. Y a eso le llamó objeto, materia. Aunque nunca se olvidó de que había la sabiduría mayor, el conocimiento mayor dado por el Creador, lo cual es la metafísica, la madre mayor del conocimiento, la que crea ontoteología, como le llaman los filósofos de nuestro tiempo. No se te olvide, ontoteología. Eso es proyección de la metafísica y de la metafísica nace la sabiduría y la filosofía hace que interprete el ser humano y entienda la hermenéutica, la exegética, la epistemología, para que conjuntamente con todo ello se entienda que la ciencia, el arte y la filosofía ha sido, es y será gobernada por la metafísica construida a partir de las ideas que Platón le entregó a sus discípulos. En ellos también estaba Sócrates. Por ahí había un cierto ser que, burlándose, ironizándose, también trabajó la palabra. A ese mismo, Diógenes le llaman. Pero hijo, hasta ahí puedo hacerte entender. Tú me dirás si o no estás de acuerdo con lo que es el Absoluto. Nosotros los católicos le llamamos la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y

Luis Felipe Vásquez Narváez

Espíritu. Eso es conversación de otro momento. Y esa producción de sabiduría, de sapiencia y de inteligencia se dará en otro momento. Cuando tú hayas madurado, comprendido y entendido, volverás a esta iglesia. Sírrete nomás el café. Tranquilo, cuando hayas acabado, dirás si quieres continuar o cuándo nos ponemos en conversación para sanar tu duda. Y ante todo, no te olvides, cuando seas humilde, sencillo y hayas encontrado tu paz interior, haz de volver. Eso durará mucho. Cuando pase eso, acuérdate de lo que te digo: le estarás sirviendo al Creador y serás un buen misionero. Una buena tarde, hijo. Espero muy pronto verte.

León Felipe: Muchísimas gracias, padre. Muchas gracias. Una buena tarde.

La joven que medita

—Qué pena, padre, estuve muy ocupada haciendo el pan que se entrega mañana a todos los pobres de esta ciudad, hombres y mujeres, niños y niñas como es la costumbre que usted señala. Lo hizo alguna vez San Antonio de Padua. Espero sepa disculparme. Ahora sí le traigo el cafecito, el pan y el queso para su merced y para el invitado.

—Sí, hija, creo que sí. El joven está pensando, meditando. Yo creía que ya se iba a retirar, pero no, mírelo, ahí está, un poco hurgando un libro que le dije que podía hacerlo cuando él quiera y se adelantó. Retírate nomás, hija, ya, ya, sigue nomás.

—Ay, padre, qué pena con usted, seguirlo molestando. No sé cómo expresarme, yo venía confundido. Usted me ha aclarado muchas cosas en teoría, en conceptos. Estos libros que usted tiene y este que estoy revisando me parecen muy raros, extraños y a veces inentendibles.

Dice que es de Fray Bartolomé de las Casas y señala el título “Del único modo de atraer a los pueblos a la verdadera religión”. Padre, me caben algunas dudas, disculpe. Aunque soy joven, ya he leído algunas cosas por sugerencia de algunos amigos. He tenido muchas dudas, aunque usted ya se me adelantó con muchas respuestas. Quisiera, padre, si tiene un poquito de tiempo, que me escuche algunas reflexiones y dudas que tengo, para que usted, no sé si hoy mismo o algún rato cuando usted disponga de tiempo, me responda.

—Tómame el café, hij, tranquilo, despacio, no te preocupes. Todavía tengo una hora para escucharte. Di nomás.

—Verá, padre, comencemos desde el título de este libro de Fray Bartolomé de las Casas. Habla de la verdadera religión, dando a entender que las otras religiones, grupos de fe, grupos de oración, tradiciones, ¿no son verdaderas? ¿Tampoco el camino que realizó Buda por allá en Oriente llevando el mensaje del Gran Espíritu, del Absoluto no es verdad? En México, cuando Quetzalcóatl descendió del universo transformado en serpiente emplumada, ¿eso no es verdad? Cuando el Búfalo hembra descendió de las estrellas y bajó al pueblo de los Sioux y se presentó en forma de mujer humana ante dos jóvenes, uno la deseó y murió y el otro la escuchó, y ella, en su tradición, les entregó a

Mi encuentro con el misterio

esos pueblos, los pueblos pielrojas, el Calumet o Pipa Sagrada, ¿eso no es la religión verdadera? ¿Acaso cuando el Inca recibió del padre Sol la iniciación y lo hizo Inca, Rey, ¿eso es falsa religión? Acaso cuando la guacamaya y el guacamayo iniciaron al pueblo Cañarí, ¿eso es falso? Acaso cuando descendió un espíritu mayor en el pueblo de Taques y nació el noble Tulcán y se matrimonió con la noble cacica Assa de Gualmatán e hicieron que nazcan los hijos del misterio, llamados Pastos, ¿eso es religión falsa? Acaso cuando Krishna nació de una virgen llevando el mensaje de las estrellas, ¿eso es falso? Acaso cuando Zoroastro mandó a su hijo a que descendiera por la montaña del padre Thor y hablara a los humanos por medio del martillo y su filosofía, ¿eso es falsa religión? Acaso cuando Viracocha descendió del universo y le trajo la consigna de hermandad y verdad a su pueblo, el pueblo Inca, ¿es falsa religión? Acaso cuando el padre Bouchica descendió en Bogotá y creó el pueblo de los Chibchas, de dónde venimos, dicen aquí los vecinos Tulcanes, los vecinos Yandunes, los vecinos Piarpuezanes, ¿eso es falsa religión? Si es así, padre, le pido disculpas y quisiera que me diga lo siguiente: si la verdadera religión está en el libro que le mostraron al taita Atahualpa, Atahualpa les dijo: “Si ustedes tienen y creen en la verdadera religión y creen que la cruz es el símbolo mayor

de su fe y de la verdad, nosotros no lo conocemos al Gran Espíritu, al Padre Creador. Para nosotros es amor, es luz, es verdad, es bondad, y eso nos satisface, y de él nosotros venimos. Ustedes dicen que tienen la verdadera religión y han masacrado pueblos, han destruido culturas, han exterminado sociedades a nombre del oro, a nombre del poder, a nombre del prestigio, a nombre de la riqueza y ante todo lo han matado a su Dios, lo han crucificado a su Dios, y a eso le dicen ustedes la verdadera religión”. Otra duda, padre, tengo entendido que en el libro que usted tiene, el libro negro ese que dice “Las sagradas escrituras”, ese que me mostró el otro día usted, y en él dice que si uno es honesto, sincero, fiel, Dios lo cuida y lo protege. Si es así, padre, ¿por qué lo mataron a ese señor que le llaman Jesús y que nació en Belén? Porque cuando él llevaba el mensaje en defensa de los pobres, de los humildes, de las viudas, de las mujeres, cuando él planteaba la igualdad, él respetaba las diferencias de las culturas, cuando él hacía oración, sanación, liberación, ayuno, los descendientes de Moisés, los del Sanedrín, los que ahora conforman las conferencias episcopales de cada país y el papado, lo entregaron al romano Pilatos. Él se lavó las manos, haciendo entender al mundo que los judíos lo mataron. ¿Por qué pasó eso? ¿Por qué cuando él hablaba, los pueblos enteros lo

Mi encuentro con el misterio

escuchaban? Hay una tradición que dicen que por acá también anduvo y creo, padre, que, así como me contó un amigo, un anciano de acá de Taques, que a él le enseñó su abuelo, su tatarabuelo, que vino alguna vez acá a Abya-Yala, al país Rojo, como llama mi tatarabuelo. A ese mismo, llegó un ser que anunció amor, anunció luz, anunció libertad de opinión, anunció libre albedrío, anunció solidaridad, reciprocidad, anunció el amor a Dios, el amor a los humanos. ¿No le parece que esa leyenda tiene mucho que ver con ese señor que le llaman ustedes Jesús, ese que anda por todo el mundo llevando según yo entiendo el mensaje de la paz? ¿Por qué entonces ustedes han hecho una estructura de poder y se han casado con el romano, el que mandó a matar a Jesús, el que dispuso en unión de los judíos que se acabe Jesús, que se destruya la doctrina y ellos pretendían que desapareciera la posibilidad de la comunión, de la solidaridad, la posibilidad de que no haya ni pobres ni ricos, de que se construya una sociedad de iguales, la posibilidad de que la única autoridad debería ser emanada de la sabiduría y la sabiduría del Absoluto y de la verdad? ¿Por qué entonces ustedes pusieron un Papa, unos vicarios, unos arzobispos, unos cardenales, unos sacerdotes, unos diáconos, unos monaguillos y pusieron a las mujeres como servidoras de sus personas, haciéndoles

creer que en las órdenes religiosas siempre debe estar el hombre, siempre debe estar el macho, siempre debe estar gobernando? Disculpe lo que le voy a decir: ustedes establecieron lo que un pana amigo de Quito que sabe venirme a visitar me dijo, que lo único que ha hecho la religión es fundamentar y sostener la falocracia. Él ya me ha explicado y usted entenderá, padre, qué significa eso. Ustedes enseñaron en la esclavitud de nuestros pueblos, ustedes ayudaron a esclavizar al negro, esclavizaron al indio y lo único que le enseñaron es a repetir el Rosario, a repetir frases, hacer cosas del catecismo, pero nunca llevaron en la práctica el mensaje que me sabe enseñar un amigo que tengo por ahí, el que le cuento, que es pariente también de mi tatarabuelo de Taques. ¡Sí! Ese me sabe decir que algún día vino un ser de luz, que descendió en muchas partes trayendo el mensaje de que hay que amar a Dios sobre todas las cosas y amar al prójimo como a sí mismo. Y cuando me enseñó a mí el padre Carlos, allá en el catecismo en la iglesia Dolorosa, me enseñó los diez mandamientos, me enseñó el mensaje de Jesús y me dijo que lo que siempre debe haber son las misiones. Y lo que yo entendí, y cuando recibí la comunión comprendí que ese era Jesús, cuerpo y sangre, pero también entendí que él está en los pobres del mundo. Por eso yo estoy confundido, padre. ¿Por qué ustedes

Mi encuentro con el misterio

hacen templos tan fastuosos, tan lujosos? ¿Por qué tienen carros? ¿Por qué tienen empleadas domésticas? ¿Por qué tienen estructura? ¿Por qué tienen doctrina, religión, filosofía? ¿Por qué esperan que se les obedezca? ¿Por qué no hay mujer sacerdotisa? ¿Por qué no hay hombres sacerdotes y que sean casados y que puedan hacer misa? ¿Por qué ustedes cambiaron la versión, la visión y el entendimiento que me enseñó el padre Carlos cuando nos hablaba en el catecismo que nosotros los laicos somos sacerdotes, somos libres y podemos llevar el mensaje de Jesús, somos santos, reyes y sacerdotes, y que como hijos de Cristo somos libres y podemos llevar el mensaje en plena libertad? O yo le entendí mal o confundí, pero no entiendo por qué se tienen que separar en cavernas, en huecos, en eremitas, en templos, en monasterios, para hablar entre ustedes cosas raras, para seguir el ejemplo según ustedes de Tomás de Aquino, de San Agustín y de todos los genios venidos de Europa. ¿Por qué no hay indio sacerdote, obispo, no hay un negro sacerdote, obispo, no hay una mujer obispo? ¿Por qué los laicos estamos simplemente al servicio de ustedes y por qué también ustedes creen que solo el humano es digno de alcanzar la libertad, es digno de alcanzar el reino? Para finalizar, padre, ¿por qué ustedes dicen que Dios es hombre? Por ahí escuché en boca de

una mujer, discípula de Jesús, decir que si existe la trinidad. Sí, Él es Padre, Hijo y Espíritu Santo, Él no es ni hombre ni mujer, Él es amor. ¿Por qué ustedes apoyan al poder económico? ¿Por qué ustedes siempre están apoyando a los que dicen defender la tradición, la familia y la propiedad? Ustedes los de los templos atacan al pensamiento de izquierda. ¿Por qué ustedes atacan y ofenden a los que dicen pertenecer al socialismo, al comunismo? ¿Por qué ustedes defienden el poder que está sustentando la economía del mundo? ¿Por qué ustedes no bajan como hizo Jesús a la tierra a predicar la Luz del Evangelio donde los campesinos, indígenas, negros y blancos labran? ¿Por qué ustedes tienen que recibir limosna? ¿Por qué no trabajan como los demás, como hacía Pedro, como hacía Pablo, según usted me hizo ver en ese libro negro que ustedes le llaman “La Biblia”, “Las Sagradas Escrituras”? Sí, padre, yo comencé antes de venir acá a leer muchos libros, de los que usted me señaló, y tengo un gran amigo que cuatro veces a la semana me presta su tiempo y él habla conmigo y me forma, dice él, me prepara para que algún día cambie este país y cambie la sociedad. ¡Sí! Él también me ha dicho que lo visite. Por eso estoy aquí, para que usted me escuche y termine, padre. No entiendo por qué hay tanta hambre, tanta miseria, tanta pobreza. ¿Por qué hay tanto

Mi encuentro con el misterio

analfabetismo, desnutrición? ¿Por qué hay tantos niños que se mueren antes de nacer? ¿Por qué hay tantos niños que se mueren al año de vida? ¿Por qué hay tanta destrucción de la naturaleza? ¿Por qué hay tantas armas? ¿Por qué ustedes tienen el respaldo de las fuerzas armadas y al mismo tiempo las bendicen? ¿Por qué ustedes tienen la capellanía de las fuerzas armadas? ¡Sí! Padre, ¡sí! Sé, padre, que no estoy hablando de personas, estoy hablando de iglesia, de estructura y de poder. Yo sé que hay personas que por ahí deambulan llevando el mensaje de Jesús como el padre Carlos de la Vega, sí, como Ernesto Cardenal en Nicaragua, sí, como tantos otros en el mundo que los acusan de curas rojos, de curas revolucionarios. Yo creo que no, son seres que llevan el mensaje de Jesús, pero sigo en duda, padre. ¿Por qué Dios, si existe, permite todo esto que hemos hablado? ¿Por qué Dios no se apiada de sus pobres? ¿Por qué Dios no se apiada de los presos, de los locos, de los alcohólicos? ¿Por qué hay tanta drogadicción, tanto suicidio? ¿Por qué nosotros los jóvenes no tenemos respuestas? ¿Por qué nos prohíben, nos dicen que no debemos saltar, brincar, ni discutir, ni ofender a nadie, que debemos obediencia absoluta al poder económico, al poder político y al poder religioso? ¿Por qué nos hacen obedecer? Yo sé que usted es una persona extraña, usted ha

escogido su camino, usted tiene tantos libros, tiene tanto cariño por la señora María, usted siempre brinda acogida. ¿Por qué algunos franciscanos dan acogida al forastero, dan pan al hambriento, dan cobijo al que no tiene dónde dormir? Así sería bueno que escuchen y entiendan otros. Ojalá, padre, usted me ayude, algún día me pueda responder todo esto. Disculpe que haya sido atrevido y audaz, pero el amigo mío, un señor que viene de Quito, como le repito, me dijo que venga a preguntarle lo que sea. Por eso, padre, gracias por escucharme.

—Hija, antes de que te retires, te voy a pedir un favor y algún día me lo vas a entender cuando lo realices. Cuando estés en lo más profundo del silencio, cuando estés en absoluta soledad y cuando veas que ya no hay ninguna respuesta, y cuando veas que tu padre, tu madre, tus hermanos, tus amigos y todo el mundo se retiran, y cuando veas que nadie, nadie, nadie te ha dado respuestas, cierra los ojos, silencia tu mente y abre tu espíritu y ahí descenderá el verbo y responderá tus preguntas. No te olvides, hija, que cuando salgas de aquí no te asustes ni te avergüences. Esa niña por la cual estás interesado, esa señorita, ella está esperando que tú algún día le digas que la amas. No pongas tanta teoría en tu cabeza, hija, siente tranquilidad en tu casa. Yo conozco a tu papá y a tu mamá. Tu mamá es muy fiel, nos colabora

Mi encuentro con el misterio

mucho con los ramos, con las velas y con la limosna. Sí, hija, mira lo que tu madre te dice y escucha. Y cuando estés preocupado y cansado, sal a la cuadra de tu casa, ponte a jugar con los gatos, los perros, con los pájaros, con las aves y contempla el atardecer y entenderás muchas cosas. Y ahí comenzarás a recibir la respuesta. Yo sé, hija, que cada que te reúnes con tu amigo te fortaleces en teoría y en conocimiento y algún día vas a querer cambiar este país. ¡Qué bueno que lo hagas! Nunca te olvides ni dejes de soñar, porque cuando sueñas, tus deseos se cumplen y cuando se cumplan tus deseos, entenderás que todo lo que has hecho y estás haciendo, Dios lo bendice. Una buena tarde, hija. ¡Vuelve pronto!

—Buenas tardes, padre, hasta luego.

La joven que aprende

—Buenos días, señora María, usted se ha de acordar de mí. Hace unos días pasé por aquí y estuve conversando con el padre Eusebio, y usted nos brindó un exquisito café.

—Ah, joven, ya me acuerdo. Sí, ¿en qué le puedo servir?

—Quiero pedirle de favor que le diga al padre Eusebio si me puede recibir. Sentí venir a verlo porque es una persona muy inteligente y capaz. Yo ando con muchas dudas en el colegio; he preguntado a tantos profesores sobre filosofía, sobre ética y lógica y nadie me responde. Yo sé que este padre, el padre Eusebio, es muy inteligente, vuelvo a repetir, y me puede ayudar. Hágame el favor, señora María.

—Espérese, joven. Ya le voy a ver si el padre está en disposición para atenderlo.

—Joven, dice que siga, que lo espere un momentico aquí en la sala de la biblioteca. Él se

va a demorar unos veinte minutitos. Me pidió que, por favor, le revise este libro mientras él viene.

—Muchas gracias, señora, así lo haré. “Las Sagradas Escrituras,” ummm, este libro es el que me hablaba el otro día el padre. ¡Qué extraño! Huele todavía a tinta, se siente que recién lo han impreso. Veamos qué dice. En cualquier parte es válido abrir un libro, así me dice mi amigo, ese amigo que siempre pasa por mi casa invitándome a esas reuniones donde él dice que se aprende la sabiduría, la verdad y el conocimiento. Así él me sabe decir que cuando tenga en mis manos un libro, en cualquier momento y en cualquier lugar, lo abra, y donde lo abra no importa si es al principio, al final o a la mitad. Abrámoslo... ¡Qué extraño! Job... ¿y esto qué será? ¡Qué extraño! Hay un señor... miren lo que dice, que tiene un siervo allá en el planeta, que le es fiel, que todo lo cumple, que es un buen discípulo, un buen servidor y todo lo que él hace, lo hace por amor, por justicia y por su sabiduría. Dice tener mujer, hijos y por eso agradece siempre al Misterio, al Gran Yo Soy. Así dice ese señor que está conversando en la Asamblea. Me imagino que es en el cielo porque ahí dice en el libro que hay ángeles, que hay visitantes y muchos seres, pero señala que hay un ser que viene del sol negro y que le dice que, leamos lo que le dice. Tú crees que tu

Mi encuentro con el misterio

hijo Job te es fiel. Claro, tiene todo, tiene plata, tiene amor, tiene hijos, lo saludan, es un ser importante en su pueblo, siempre lo consultan, todo, todo, todo tiene, pero yo quisiera que tú le quites para ver si él, tu hijo Job, es fiel. Quítale algo de lo que tiene y veamos cuán fiel es. Toma en cuenta lo que te digo. Así dices vos, Satán, pero se te olvida que mi hijo es demasiado fiel.

—Qué raro, joven, usted ha estado leyendo el libro más fuerte, más denso y complejo que un señor psicoanalista llamado Carl Gustav Jung. Él lo sabe analizar permanentemente y con eso entiende que la sencillez, que la libertad rompe cualquier barrera, cualquier problema, cualquier dificultad. Ese es un libro que demanda sabiduría, entendimiento y conocimiento. Joven, qué bueno que ha venido a visitarme y qué bueno que lo haya abierto. Solo el Misterio, el Creador, sabe por qué usted, al abrirlo, consideró importante leerlo. Supongo que ya habrá avanzado en algo la lectura. Qué pena interrumpirle, ciérrelo y estoy a su escucha.

—Padre Eusebio, usted sí se ha de acordar de mí. Hace unos días estuve aquí.

—Joven, ¿cómo no me voy a acordar? Si con los hermanos de la orden de Francisco hemos estado preocupados porque tantos jóvenes de su edad, especialmente los que están en colegios religiosos, comienzan a tener dudas, dificultades y comienzan a creer que el Gran Yo

Soy no existe, que es una fábula, una creación y es una simple decisión de algún acomodado y prestante sacerdote que vive o en Roma o en Jerusalén. Pero no es así, le cuento. También hemos estado hablando de que gente como usted, joven León Felipe, andan deambulando por ciertos espacios de algunas bibliotecas de este pueblo pretendiendo encontrar un libro que supongo usted ya lo conocerá, dada su curiosidad tan fuerte. Ese libro se llama “El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre.”

—Sí, señor, es un libro muy fuerte.

—No le digo el escritor, para que usted algún día reflexionando a más de saber, que supongo ya lo sabe, podrá decir si está o no equivocado aquel escritor. Pero también usted sabrá que un señor que hace tiempos vivió por acá, en el Ecuador, en las Islas Galápagos, habló del origen de las especies. Ese señor se llama Charles Darwin. Él dijo que la religión creó una ficción y a esa ficción le llamó Dios. En tantas curiosidades en las que usted se habrá metido, joven, también me imagino que habrá caído en sus manos un libro que anda por ahí deambulando por el colegio Tulcán, La Salle, Bolívar, las Betlemitas y otros colegios del Carchi y el Ecuador. Le cuento, es un libro que se llama “El Anticristo” de un filósofo y pensador alemán Federico Nietzsche. Sí, y también

Mi encuentro con el misterio

hay otro libro que a lo mejor no es bueno que usted lo lea, pero como es la mala costumbre de algunos pseudo-filósofos y mal llamados intelectuales, están cruzando a jóvenes para que puedan destruir, según ellos, la falacia de Dios, la falacia creada de ciertos humanos al pensar que Dios existe. Según ellos, Dios no existe. Se llama “La tentación de existir” del filósofo mayor Cioran. Sí, usted verá y entenderá que estos libros, al igual que la “Sagrada Familia” de Carlos Marx y Federico Engels y un sinnúmero de libros que están deambulando por ciertos escritorios de los colegios señalados, sin que los profesores tengan la capacidad suficiente de conversar con los jóvenes y decirles que esos libros sí, sí se deben leer, pero hay que tener madurez espiritual, física y mental para poder no caer en delirios, en disquisiciones y sobre todo amargarse, entristecer la vida. Sí, joven, en esos libros encontrará usted que el poder económico está creado a partir de la construcción de la plusvalía, o sea que el capital nace a partir de que el obrero crea el plus producto, de eso nace la plusvalía y se genera el capital. Así dicen esos libros, en especial un libro mayor que tiene tres tomos y que es “El capital” de Carlos Marx. Es el libro mayor de los pensadores que creen que algún día la sociedad se transformará y vendrá a ser existente y vigente el socialismo, como puerta de entrada

para el futuro comunismo, donde todos serán iguales, no habrá distingo de clases sociales, ni de rangos sociales, ni de nobles, ni plebeyos, ni burgueses, ni proletarios. No, todos serán iguales, así dicen. Joven, le cuento lo siguiente. ¿Usted se habrá puesto a pensar que en su pueblo hay un sinfín de gente que tiene una manera diferente de pensar, una manera diferente de hablar, una práctica diferente de existir? Esos son los pueblos que habitan en el Ecuador: son aproximadamente catorce nacionalidades, treinta pueblos y la sociedad mayoritaria o sociedad dominante o sociedad blanco-mestiza, como algunos le llaman, que es la que gobierna, decide y construye este país. Y los demás pueblos señalados como nacionalidades, como etnias, como grupos y como culturas, simplemente están a la expectativa. Y lo que usted oye, entiende, comprende, lee y escucha es solo una visión, solo un entendimiento. Eso puede generarle un conflicto, un malentender y un peor comprender. Le explico. Lo mejor que usted puede hacer es lo que ha hecho: venir a conversar conmigo. Yo no soy ningún sabio, yo no soy ningún pensador, yo apenas soy un discípulo, quizás el menos adecuado para transmitirle el mensaje que demanda el Gran Yo Soy y que pide que sus fieles, sus hijos como yo, podamos mostrar el camino de la Luz y del Misterio. Usted sabrá que aquí en esta orden

Mi encuentro con el misterio

religiosa hay una persona que deambula por barrios, cañadas, ríos y montañas, llevando auestas el Evangelio de la Paz y conversando con los hermanos animales, con las aves. Y él dice que es discípulo directo de Francisco y que como decía nuestro hermano mayor Francisco, él igualmente habla con el hermano lobo, con el hermano tigre, con el hermano puma, con el hermano oso. Ese hermano se llama Carlos de la Vega. Él anda por siempre y para siempre caminando por los chaquiñanes del recuerdo Pasto, él anda caminando por todos los parajes, montes y montañas aprendiendo del ser humilde y sencillo del campesino. Y antes de que él hable, los escucha para poder entender en cada hormiga, en cada silencio, en cada recoveco del recuerdo Pasto, en cada río, en cada laguna, en cada monte, en cada piedra, la presencia infinita del creador. Así nosotros entendemos. Sí, joven, yo no soy constructor de libros, no soy constructor de ideas, pero lo único que le digo, joven, tenga cuidado cuando usted esté frente a una mujer. Entenderá de lo que le hablo. El amor no pide razón, el amor no pide construcción de pensamiento. Cuando usted está frente a una mujer y esa mujer le atrae, usted sentirá que en lo más profundo de su ser se trastornará y querrá llevarla al Misterio de la Luz, para hacerla suya como fruto de la inocencia, como fruto de la libertad y, ante

todo, con respeto y cariño recibir su amor. ¿Y usted por qué no lo ha hecho, joven? El otro día lo miré desde la ventana, le pido disculpas, por cierto, miré una señorita del colegio Tulcán y usted, en vez de acompañarla, se puso todo coloradito, se tropezó y salió corriendo. Ahí, ¿por qué no aplicó lo que yo lo he visto que anda cogiendo ideas de ese amigo suyo que dice conocer, saber todos los libros que le he señalado? Porque ahí, cuando usted estuvo frente a esa señorita, no le dijo sus sentires, sus decires, sus gustos y su forma de ser. ¿Por qué no pudo utilizar esos libros, todos los que le pasan para que usted lea y para que algún día niegue la presencia del amor? Sí, se ha de acordar, joven.

—Padre Eusebio, yo no sé qué vine a hacer aquí. Tenía una gran cantidad de preguntas, dudas, y usted me deja pensando más, me llena más de dudas y nunca me imaginé que en su indiscreción al mirarme por la ventana me analizó y me analiza de la mejor manera. Sí, yo he leído casi todos los libros que usted señaló, casi ninguno he entendido porque es en un lenguaje muy elevado, es una propuesta filosófica demasiado compuesta y para mis años y mi entendimiento lo único que he hecho es subrayar las partes que me quedan duda, he generado un vocabulario y ando de aquí por allá como usted dice, preguntando a

Mi encuentro con el misterio

uno, preguntando a otro. Pero, como le dije a su empleada, la señora María, el único que me puede entender es usted, pero qué raro, se me adelantó a tantas preguntas que tenía. Y le cuento, padre Eusebio, ayer noche me encerré en mi cuarto y me puse a llorar y no sabía a quién clamar y decir qué me pasó. Tantos libros que he leído, tanta música protesta escuchada, tanto grito y auxilio que claman esos libros por los oprimidos, no me sirvieron para decirle a la señorita del colegio Tulcán, a la que usted se refería, algo, lo que yo hubiera querido mostrarle tal vez un verso de Lorca o acaso una frase célebre de Medardo Ángel Silva o de César Dávila Andrade o acaso de León de Greiff, un verso, pero no le pude decir nada. Lo único que era posible en ese momento y mi cuerpo me obedeció, me tambaleé, me tropecé y salí corriendo. Gracias, padre, por responder muchas cosas, aunque no le hice preguntas. Pero tengo entendido que usted es un siervo de un señor que dicen que vivió hace mucho tiempo y que se llama San Francisco. Yo nunca pude entender qué es eso de santo ni ahora ni nunca entenderé. Lo único que sé es que hay una iglesia con tantas estatuas, tantos objetos que los humanos de calle que entran aquí ponen velas y piden milagros. Yo por eso venía a preguntarle que dónde está Dios, ¿qué por qué permite tanto ser humilde, tanta gente pobre,

tanto descalabro económico y tanto ruido y miedo? Pero me quedo con otras nuevas dudas y con lo que usted me dijo, los libros que yo he leído, la respuesta está dada y es de ellos, pero con la respuesta dada en ese libro que ustedes le llaman las “Sagradas Escrituras,” más su paciencia, su confianza, cuando con todo el cariño que siento, al decirme mi actitud frente a la niña o señorita del colegio Tulcán, ahí creo que va más allá de lo posible, de saber que algo que usted le llama Amor, eso me ha confundido. Me llevo muchas dudas a mi cuerpo, a mi mente, a mi espíritu, todavía me quedo sin saber qué mismo es Dios.

—No se preocupe, joven. Dios es un concepto para algunos que se llaman ateos. Ateo quiere decir sin Dios. Pero le cuento, joven, Dios no es un concepto, Dios es sabiduría, amor y luz. Y cuando usted se enfrentó, sin darse cuenta por cuidado o descuido por andar leyendo tanto, no se percató que la señorita del colegio Tulcán lo venía mirando desde hace diez minutos antes de que usted la mirara y ella lo esperaba. Ella estaba creyendo que iba a encontrarse con usted, porque así lo miré, lo entendí, lo analicé, pero usted se dio cuenta de algo que no estaba a la altura del amor y salió con nervios corriendo. No, no tenga miedo. Ame nomás, joven. Cuando ame, ahí entenderá a Dios.

—Espero verla otra vez. Gracias, señor, padre, disculpe.

Las cometas y la amada vaciedad

—Mamita, mamita, por favor, mire al frente. Si ve esas cometas, muy lindas. Esa parece cóndor, la otra parece avión, la otra, ¿qué será? Unas cosas extrañas, ¿sabe usted cómo es eso? ¿Qué es eso?

—Farol se llama, hijito. Pero eso es muy caro. Esa otra es estrella de ocho puntas.

—Por favor, mamita, ¿no ve que están muy lindas? A usted también le gustó, cómpreme una.

—Qué raro ese niño y qué lindo al mismo tiempo. Cuando yo tenía esa edad, también buscaba a mi mamá en la casa y le decía: ‘Vea esa cometa cómo vuela’. Pero ella me decía: ‘Hijito, esa cometa vuela porque hay un pabito y un niño como vos que la sostiene’. Yo le decía: ‘Mamita, ¿por qué no me compras una cometa?’

—No, hijo. Dile a tu hermano mayor, él sabe hacerla. Dile que te haga una de estrella,

como sabe hacer con charreteras. Que la prepare bien. Allí que consiga donde el vecino, que pida fiado el papel de cometa y con las revistas que él sabe coleccionar, que le corte y haga unos dibujos muy bonitos. También que en la tienda compre el pabilo y que el otro mes te lleve al concurso de cometas. ¿No te parece bueno? Pero tú estos momentos y estos días tienes que descansar y jugar. Y vos sabes que tienes que irte mañana mismo a El Ángel con tus primos y tus parientes a jugar. Allá ellos te han de indicar otras cometas. Cuando vengas vos el otro mes, ahí ya te tendrá lista la cometa tu hermano.

—Eso me acuerdo cuando yo era niño, igual que ese niño que estaba cerca en el almacén con su mamá pidiéndole que le compre. Yo también hacía lo mismo cuando niño, pero ya me acuerdo, tenía que irme de paseo. Era muy lindo allá por El Ángel, por el cerro Chiltazón y el Iguan. Corríamos con mis parientes, con mis amigos y todos los de El Ángel, elevando las cometas. Qué lindo que era. Y ahora en este momento me dirijo al potrero de las cuatro esquinas a ver si puedo resolver esta duda que me tiene confundido mi cerebro, mi mente y mi espíritu. Cierto es que hace unos días hablé con el padre Eusebio y algo me aclaró, pero cierto es también que tengo que ir a resolver mi problema, como él me señaló, en absoluta soledad y frente al vacío. Lo que no sé es qué es

Mi encuentro con el misterio

el vacío. Sé qué es la soledad porque es lo único que me acompaña. No sé qué será el vacío, pero me supongo que es allá donde se juntan el viento, el huracán, los truenos y los relámpagos cuando llueve. A lo mejor allá origina el vacío y si lo encuentro, tal vez resolveré mis preguntas. Mis respuestas serán contestadas como me señaló el padre Eusebio. Quizás que sí, porque estas tantas ideas que tengo en el cerebro me están llevando por el mundo del abandono, por el mundo del resentimiento. Ya nadie quiere en el barrio conversar conmigo. Me han dicho que me he vuelto muy serio, que ando solo, agachado, viendo, qué sé yo, que ni siquiera tengo una amiga con quien conversar. Eso me han dicho, que no me gusta ni la cerveza, ni el vino, ni el trago, que ni el tabaco tengo y que nada. Que parezco un viejo amargado, resentido y odiador. Que lo único que me acompaña además de mi soledad es mi boina y siempre un libro para poder yo entender los conceptos, las ideas. Pero ya me estoy cansando de estar solo y no saber del amigo que siempre me visitaba los miércoles. Ya es un mes y no ha aparecido. Alguien comentó por ahí en la cantina de doña María Sabina, ‘Manuel Tamayo ha desaparecido, que lo han llevado por allá cerca a Nicaragua que no saben a qué’. Yo sí sé a qué se fue a Nicaragua. Se fue a seguir el camino de los sandinistas para lograr un mundo mejor para

ese pueblo. Yo me quedé aquí colgado de tantas ideas, sueños y esperanzas y no sé qué voy a hacer. Pero lo único que me queda es seguir el consejo del padre Eusebio. Yo sé que no creo en Dios, yo sé que ese es un mero concepto. Yo sé que estoy solo y lo único que me acompaña son estos dos libros. El uno de Hermenéutica de la mismidad y el otro de la Exegética del concepto. Ojalá allá en el potrero cerca de las cuatro esquinas, comiéndome unas moras y leyendo estos libros, pueda silenciar mi mente y encontrar el vacío y a lo mejor las respuestas se vengan. Qué raro no es el niño que lo vi ayer con su mamá, ve le ha comprado la cometa, qué bueno, qué interesante. Niño, disculpa, ¿qué haces tú con la cometa?

—Le cuento, señor, mi mamá me dijo que a la cometa se le ponen mensajes, para que ella al volar lleve al último cielo los deseos, las intenciones y los cariños de nosotros los niños.

—¿Cuál? Esa señora que andaba con vos ayer y a la que tú le decías que te compre la cometa, ¿a ella te refieres?

—No, ella es mi abuelita.

—Pero tú le decías mamita.

—Sí, yo a mi abuelita le digo mamita. Pero mi mamá se llama Consuelo Mantilla. Si es muy joven, dice mi abuelita. Alguna cosa hizo que cometiera un error y dicen que de ese error nació yo, pero mi abuelita me quiere mucho y

Mi encuentro con el misterio

mi mamá también me quiere. A veces se pone triste y se pone a recordar algo que no entiendo. Ella dice que ¿por qué habrá tantos pobres en el mundo, tanta gente sin comer? Yo le sé decir, ‘mamita, yo sí como, ¿cómo hago para que los demás coman?’ Y por eso ella se pone triste y me dijo, señor, que esta carta que ella ha escrito la ponga en el pabito y ella solita subirá a la cometa. Cuando la cometa esté encima, la carta se desprenderá del pabito. Así me dijo y se irá al séptimo cielo.

—¿Cómo? ¿Y esa carta qué dice?

—Yo no sé, señor, yo soy apenas un niño que tengo cuatro años y no sé leer. Mi mamita estaba escribiendo y lloraba y lloraba. Estaba muy sola y muy abandonada porque el amigo que ella tuvo, que dicen que es mi papá, se fue. Se fue a un país extraño, lejano. Dicen que se fue a Nicaragua. Yo no sé qué es eso y dónde es eso. Se llama de apellido Tamayo, creo que es Manuel Tamayo, así dice mi mamá. Yo nunca lo conocí. Lo único que sabía es que venía a verlo a un señor todos los miércoles, pero no sé por qué no iba a verme. Claro, tal vez sea muy lejos. Yo soy de allá de María Magdalena, claro, y el señor al que lo venía a visitar, dicen que vivía por acá cerca a la Manabí, allá al lado del doctor Narváez Ortega. Sí, allá, yo no sé dónde será eso. Me cuenta mi mamá. Siempre me repite, ‘yo le digo, ¿por qué ese señor que tú

lloras tanto por él y que dices que es mi papá, ¿por qué no viene a verme?’

—Porque él cometió un error grave, hijo. Algún día cuando seas grandecito entenderás.

—¿Pero por qué me abandonó? ¿Es que acaso no me quiere?

—No, mijito, él siempre ha estado viajando por el mundo y solo viene en el último año los miércoles por su compromiso a ver a ese señor que ya te dije dónde vive. Claro, mi mamita dice que ya hace un mes no aparece, que lo único que sabe es que está allá donde un señor que se llama Sandino, claro, dicen que ese señor ya ha muerto pero que los hijos de él están haciendo algo extraño que algún día yo cuando sea grande he de entender.”

—Disculpa, niño, será que yo puedo leer esa carta.

—Sí, sería bueno que me haga oír antes de enviarla al último y séptimo cielo, como dice mi mamita. Leámosla: ‘Tulcán, 14 de agosto de 1975. Querido Misterio, allá en el séptimo cielo espero y esperamos con mi niño, que donde tú te encuentres llegue nuestro cariño, nuestro amor y la luz de nuestro pueblo. Te cuento Gran Espíritu, acá en el planeta Azul ya estamos cansados de que haya tanta gente que habla de vos, que dice que has venido hace dos mil años y más a llevar el mensaje a los pobres, a los humildes, a los oprimidos, a los que están

Mi encuentro con el misterio

presos, a los enfermos. Que hace dos mil años tú bajaste en un pueblo llamado Belén, para poner la sabiduría de tu luz y hacerle entender al ser humano que la única y verdadera libertad es la propia libertad del ser humano, siguiendo el camino de la sabiduría. Pero te cuento, Gran Espíritu, todo eso lo entendí en el catecismo. Allí habíamos muchos niños junto al Padre Carlos que nos hablaban de esas cosas. Pero hoy que ya soy grande y tengo un hijo, no logro comprender por qué tus representantes aquí en la tierra, a lo único que se dedican es hacer negocios con el capital. A compartir la mesa con vino, con caviar, con golosinas exóticas, con chocolates, con comida nunca vista por ser humano pobre y junto a los reyes, reinas, presidentes, dictadores. Ellos, tus representantes, se ríen, se gozan y disfrutan de esa comida, de esos vinos y de esos buenos manjares, mientras tus hijos los humildes, los pobres del mundo no tienen qué comer, sufren hambre, tristeza y dolor. Pero te cuento Gran Espíritu, te cuento Misterio, yo creo que la única cosa que tengo ahora es encargarte a este hijo mío porque su padre se fue donde los pobres y humildes de Nicaragua, para ver si con el mensaje de la revolución de la sociedad nueva, ellos cambian. No sé por qué se fue, tampoco yo entiendo. Era de esperarse que se quedara aquí para formar a su hijo, aunque su compromiso con el país, con los pobres de

este país, con los indios, con los negros, con los mestizos, era más grande que el corazón de su niño. No te entiendo a ti, Espíritu. No te entiendo, Misterio. Si has creado el planeta Tierra, si has creado los montes, montañas, aguas; si has creado todos los animales y has creado al ser racional, ¿por qué permites que la estupidez, la arrogancia y la mediocridad gobiernen estos países, nuestros países? ¿Y por qué la gente humilde que cuando se levanta, se duerme, te agradece con sonrisa, con alegría? Tú no les haces caso. Tú te has olvidado de ellos y en vez de decirles a tus mensajeros que lleven la luz del que nació hace dos mil años, los has hecho que se junten al capitalismo y destruyan el sueño de los humildes. Por eso hoy, igual que mi niño, te niego. Y sé que esta carta llegará al Absoluto. Cómo te llamas tú, sí, yo sé quién eres. Pero ¿por qué te escribo esta carta para afirmarte que como creación que eres del ser humano, te niego? Y al negarte, tendré el coraje y la valentía de junto a mi niño caminar por este país con la frente en alto y caminando por el sendero rojo, llevar conjuntamente con mis amigos, mis amigas, la bandera de la esperanza de que algún día cambiaremos este país. Te niego porque como concepto fuiste creado en lógica aristotélica, como concepto fuiste potenciado en Santo Tomás. Pero junto a mi maestro Federico Nietzsche te niego. Resístome

Mi encuentro con el misterio

a seguir pensando en que tú nos amas. Te niego. No creo en el catecismo, no creo en el evangelio, no creo en el misterio. Y por eso, valiéndome de la inocencia de mi niño, mando esta carta por medio del pabito y en la ilusión del niño se irá a donde nadie puede llegar, al vacío.’

—Disculpe, señor, ¿me permite ese papel que mi mamá dice que es la carta, para enviarle allá al último cielo? Quizá allá lo puedan encontrar a mi papá y decirle que yo lo quiero, que me perdone porque no he obedecido, porque no he entendido lo que él quería. Que le diga esta carta también a donde va, que, si lo encuentra a Manuel Tamayo, el que dice que es mi padre, que ya no voy a llorar, que ya le voy a obedecer más a mi mamá. Pero para que él vuelva, por favor présteme esa carta. Se da cuenta, señor, se fue, desapareció la carta. Yo no entendí lo que leyó usted. Algo bonito debe ser para que mi madre me haya dicho que esa carta viajará al último cielo. ¿Qué le pasa, señor? ¿Por qué llora?

—Disculpa, niño, me retiro. Se me llena el cerebro de tantas ideas que están a punto de estallar. Pero te agradezco, niño, en tu inocencia me diste muchas respuestas. Hasta luego.

El papel de la dialéctica en la transformación del mono en hombre

—Buenos días, señoras, señores, señoritas, jóvenes. Vamos a hablar de la Teoría General del Estado, de la ciencia, de la aproximación para entender la forma estructural de una sociedad comprendida en los procesos naturales, genéticos y biológicos que permiten la creación de la sociedad humana, en su perfeccionamiento hasta alcanzar los poderes descentralizados: el Poder Ejecutivo, el Poder Judicial y el Poder Legislativo. Estos son los poderes que el famoso y sabio mayor y creador del universo dijo que se deben construir, sociedades que alcancen el mérito de estructurar la forma disciplinada y jerárquica del poder, de la economía y de la tradición. Por eso, estamos hablando de una aproximación científica; por eso, Teoría General del Estado, para entender

que el ser humano alcanzó la perfección en la escritura y, junto a ello, alcanzó el mayor desarrollo de la agricultura, de las ciencias, de las técnicas y del arte. Ahí se consolida el Estado, que quiere decir la consolidación de las prácticas, costumbres, acciones y decisiones de la sociedad organizada, que se llama pueblo, el mismo que es sujeto consciente de decisiones y de obligaciones, de derechos y sujeciones. También se entiende que este pueblo tiene una organización distribuida en lo que ya señalamos, como son el Poder Ejecutivo, el Poder Legislativo y el Poder Judicial. Esa es la forma más acabada, avanzada y más desarrollada de lo que es el Estado en sus diferentes procesos, hasta alcanzar lo más avanzado, que es el Estado Imperial, donde el rey y sus vasallos entienden que la forma más adecuada de lograr el desarrollo de las ciencias, del conocimiento y de la técnica es la Monarquía como forma más adecuada de gobierno, constituido con las siguientes características:

- Concentración del poder en manos del Emperador, quien acumula los títulos de Imperator (poder militar), príncipes (principal autoridad política) y Pontífices Maximus (máxima autoridad religiosa). Además, su seguridad física se garantiza mediante la creación de una guardia personal, los pretorianos.

Mi encuentro con el misterio

- Desarrollo de un eficaz aparato burocrático encargado de la administración del Imperio, cuyos principales cargos son hombres de confianza nombrados directamente por el emperador (secretarios, prefectos...).
- Universalización de la ley, mediante la extensión del derecho romano gracias a sucesivas recopilaciones y codificaciones.
- Idea de una ciudadanía universal con la posibilidad de aspirar a los más altos cargos, cualquiera que fuera el lugar de nacimiento.
- Mantenimiento formal de las instituciones republicanas, pero vaciadas de poder, con el objetivo de reforzar la legitimidad del emperador.
- Estabilidad en los relevos de poder gracias a un sistema sucesorio en el cual el emperador elegía a su sucesor, normalmente un miembro de su gens. Cuando el heredero no era su hijo, nombraba al elegido hijo adoptivo.

Parece contradictorio con lo que señalé anteriormente. Si para la democracia burguesa, para la sociedad capitalista, el Estado se consolida en los tres poderes: el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial, esa es la forma capitalista burguesa de entender la sociedad más desarrollada desde el punto de vista del

pensamiento liberal jacobino, o sea, de los que consolidaron la Revolución Francesa cuando dijeron Fraternidad, Igualdad y Libertad. Esa es la visión que señalaba anteriormente para los de pensamiento liberal. Como ustedes saben, yo vengo de noble estirpe y soy aristócrata. Por lo tanto, para mí y para mis vasallos, mis discípulos y, supongo, ustedes mis estudiantes, entenderán y comprenderán que la forma más adecuada de gobierno es la Monarquía, donde reina la Democracia, la estirpe de sangre, la tradición, la familia y la propiedad. Ahí, el único que decide, manda, dispone y obliga es el Rey y sus vasallos. Serán aquellos que ejecuten, en orden a disposición del Rey, todo lo que tenga que ver con ciencia, arte, tecnología y filosofía. Por eso, los aristócratas serían los únicos que puedan apoyar como equipo de trabajo al monarca. Esto significa que las mejores familias, sin cruce de sangre y absolutamente blancas, directas descendientes de Dios puedan consolidar los procesos de avance en la agricultura, en la producción cultural, en la producción social y consolidar todo el desarrollo de la forma de vida como propiedad de vida. El eje fundamental debe ser la Tierra, el Señorío y todas las estructuras jerárquicas, hasta llegar al Rey, los condados, las condesas. Pero la disciplina mayor será bajo la sujeción de la policía y del control militar, y

Mi encuentro con el misterio

por lo tanto, todo tipo de control ejercido por el Rey se debe sostener para que la Aristocracia, junto al Monarca y los terratenientes, dueños absolutos de la tierra por derecho natural y por herencia genética, sean los que administren la cosa pública y la distribución de la riqueza. Los vasallos, los siervos de la gleba, llámense negros, mestizos o indígenas, deben estar sujetos y bajo la orden de capataces, para que ellos aprendan las pocas letras y las pocas decisiones, para que lo que hagan les sirva para obedecer, para construir en sus hogares la tranquilidad y la paz y ser eficientes seguidores de la doctrina católica, apostólica y romana. Y bajo ellos estará siempre el capellán, el sacerdote de bajo estirpe, que se entenderá con sus iguales para que pueda enseñarles la obediencia, como él ya ha aprendido en el seminario, cuando sus maestros, los sacerdotes mayores, los obispos, cardenales y el Papa en orden jerárquico, y junto al Rey, gobiernan la sociedad de clases como norma natural. Ahora, si no han entendido y hay alguna duda, espero que me pregunten. Voy a terminar con algo que se me olvidaba. El Capitalismo, desde el punto de los liberales jacobinistas, se consolida con la República en forma parlamentaria o, en otros casos, en la forma presidencial, pero siempre con las tres funciones Ejecutiva, Legislativa y Judicial. Ustedes pueden revisar

en la biblioteca los libros de Montesquieu y de la ideología y posición de Voltaire, pero vuelvo y repito mi concepción, mi forma de entender, mi manera de actuar y mi manera de proceder. Como aristócrata y como descendiente directo de Tobar y Tobar y de sangre pura, creo y estoy convencido de que el derecho canónico, el derecho de gentes y el derecho natural están fundamentados y sostenidos en el libro mayor, La Biblia. He dicho. Espero que ustedes me hagan alguna pregunta, alguna observación.

—Maestro Tobar, disculpe, a ver si le entendí. Usted se adelantó y habló de la sociedad feudal y de la sociedad capitalista y dijo que usted cree que la única forma de entender la obediencia, la educación, la ciencia y el arte es desde la Monarquía Absoluta, gobernada por el Rey y su casta aristocrática.

—Sí, señor. Usted me ha entendido bien. ¿Cuál es su pregunta?

—Para ver si entendí mejor, usted no explicó el comunismo primitivo, ni explicó el esclavismo y se adelantó a lo que usted considera la consolidación del Estado. No habló de la comunidad primitiva, de la horda, de la tribu, de la etnia, en el caso de Ecuador, del Ayllu. Tampoco mencionó algo que me queda con duda. Usted, para hablar de todo ese proceso que nos señaló, ¿me está diciendo que cuando el hombre dejó de ser mono, bajó de los árboles y comenzó el trabajo, se alimentó

Mi encuentro con el misterio

de carne, su cerebro se construyó y comenzó la horda? Después, en su desarrollo evolutivo, alcanzó la tribu y, cuando perfeccionó sus costumbres, prácticas, saberes, cosmovisiones, formas de hablar, de entender y hasta de escribir, tanto en el petroglifo como en el arte rupestre, alcanzó el primer estado de sociedad avanzada y desarrollada, que sería el esclavismo, donde nace el Estado y donde hay clases, opresores y oprimidos. ¿Eso me está diciendo usted, profesor?

—Le voy a repetir, joven León Felipe. Esta es la forma particular mía de entender el Estado. El Estado nace por derecho natural, por herencia genética, y la forma más adecuada es la Monarquía. Lo que usted acaba de señalar es una forma profana de entender y una falsa concepción de la ciencia. Usted, igual que el orangután Darwin, porque así él decía que los animales vienen de la evolución, salen del agua, se vuelven invertebrados, se hacen vertebrados, evolucionan, suben al árbol, se hacen monos, bajan, se juntan y forman la horda. Señor, entienda, ni el famoso Charles Darwin, orangután Darwin, como yo le señalo y le digo, ni el afamado y mal ponderado, peor entendido Carlos Marx, cuando señala lo que usted dice, el papel del trabajo en la transformación del mono en hombre, que es el libro escrito por esos dos comunistoides Marx y

Engels. Señor, aquí, eso le voy a decir, no venga a plantear eso. Eso ni es ciencia, ni es dogma, ni es fe. Es una aberración del proletariado, es una aberración de los esclavos y es un absurdo que no tiene ninguna base teórica ni científica. Por ningún lado aparece Hegel, ni por ningún lado aparece Santo Tomás, ni Agustín, que son los pensadores mayores que deben ser entendidos en esta, mi cátedra. Lo que yo le hago conocer del liberalismo, eso queda para los jacobinos de izquierda, que lo único que hacen es destruir la sociedad de sujeción, la sociedad de obediencia y la sociedad de tradición, familia y propiedad. Le ruego, jovencito, no se olvide. Con esto termino. Usted está en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, donde reina, se imprime y se sustenta la cátedra de la cristiandad bajo el dogma de fe de la Iglesia Católica y sus famosas apreciaciones, por no decir disquisiciones. Eso llévelas al mundo de la elucubración y al mundo de la utopía. Aquí vivimos realidades. Si no, pregúntele al profesor que le debe estar dando Derecho Internacional Público, Jorge Salvador Lara. Él sabrá explicarle lo que es el desarrollo al que ha llegado el Ecuador. Pero yo me remito, como buen aristócrata que soy, a que esas disquisiciones tuyas no tienen ningún asidero. Lo único que tiene asidero son los pensamientos de Platón, Sócrates y que a veces, en algún acierto, lo hace Aristóteles.

Mi encuentro con el misterio

Pero fundamentalmente es la proyección de la Idea lo que se sustenta aquí en mi materia, en mi cátedra y en lo que yo señalo. Y eso aquí se vuelve obligación. Para que me entienda mejor, Dios hizo el planeta y el universo en siete días. El séptimo día descansó, pero el sexto día creó al humano, le dio la palabra, le dio el verbo para que mande, gobierne y disponga del planeta Tierra y haga lo que le parezca conveniente. Por eso lo creó, para que, juntamente con el decálogo, con el Derecho Natural y con el dogma de fe, se fortalezca, sin evolución, sino por procesos naturales, genéticos y aristocráticos, se consolide la estirpe aristocrática y la forma de gobierno: la Monarquía. Una vez más, los esclavos, los que llama el señor Marx, proletarios, los indios, los negros, los mestizos se deben a Dios para obedecer, para escuchar el dictamen de la conciencia mayor, que da el Absoluto. Usted, jovencito, el lunes, o sea, de hoy en ocho días, me trae preparada su famosa disquisición que acaba de señalar, para poder comprobar cuán equivocado está. Me enorgullezco de ser doctor de la Sorbona de París y de tener un título también de doctor en sociología de la Universidad de Lovaina. No me va a venir usted majadero a contradecirme. Pero le permito, para que vea que los aristócratas sí pensamos y aceptamos la crítica con sustento. Joven, vaya, investigue ahí en la biblioteca.

Puede hablar con el licenciado o filósofo Emilio Cerezo. Él le podrá dar la mano, que supongo ya lo habrá conocido porque ya usted pasó por lógica matemática. Y, por favor, prepárese. El lunes nos vemos y espero que sus compañeros, junto conmigo, podamos refutarle y demostrarle cuán equivocada es la teoría que no merece estar en el mundo. Vuelvo y le repito: solo es digna de la elucubración y del mundo de la utopía. Una buena tarde, jóvenes. Vayan y descansen.

La absurdidad de la inocencia

—Mire, señor, quiero pedirle un gran favor. Desde hace una hora lo veo a usted leyendo un libro. Solo alcanzo a ver una pasta azul y un libro muy grueso. Lo veo alzar las manos muchas veces, otras veces lo veo apuntando en un cuaderno, y muchas veces se queda con el lápiz en la boca como pensando o meditando. Da la impresión de que ese libro debe ser muy complejo, difícil de entender y analizar. No sé por qué usted está aquí, sin siquiera salir a tomarse un tinto, al baño, peor aún, a conversar con la señora que está al frente suyo o señorita. Disculpe, pero usted se ve muy concentrado, ni siquiera habla, peor aún, reírse. Lo único que hace, vuelvo y repito, es leer un libro de pasta azul, muy grueso. Lo subraya, toma notas, se pone el dedo en la cabeza, se pasa la mano por el cabello, pone el lápiz en la boca y se queda meditando. A veces cierra los ojos y cuando

lo hace, la señora o señorita se ríe, se pone a carcajear y dice cosas como “me dice a mí”, “se refiere a mí”, “porque dice”.

—Vea, joven, si no tiene nada que hacer, ¿por qué viene a molestar la proyección de mi amor? ¿Por qué viene a molestar al que yo amo? Claro, él no sabe ni me ve, ni me entiende, ni me comprende, pero yo siempre estoy tras él. Soy su sombra. Hoy me puse al frente para esperar y él siempre se demora cinco o seis horas. Pero yo no conozco el tiempo, ni de espera, ni de desesperanza, ni el movimiento, ni el silencio. Simplemente soy una proyección de su imagen. Pero ya que usted tiende a molestar a mi amado, le voy a decir lo siguiente: si no se va, va a tener que escuchar una cantidad de palabras que a lo mejor usted no está a la altura de entender. Porque se le nota que es del campo, se nota que no comprende ni siquiera lo más elemental, que es hacer silencio cuando está sentado en una biblioteca. Aunque a usted le parezca extraño como lo conciba, esto es una biblioteca donde hay muchos libros, bancas, silletas, escritorios, aparatos electrónicos, un sinfín de hojas, muchos lápices, muchas notas. Está rodeado de cuadros de los más famosos pintores. Me refiero a cuadros de Miró, Basantes, Aguirre, Edgar Flores (el gran pintor de los músicos del Ande), Picasso, Van Gogh, Tamayo, y de ese iluso y genio del absurdo e inconsciente,

Mi encuentro con el misterio

Salvador Dalí. Claro, por ahí se salió una aguja del reloj y me está molestando en la espalda. No se preocupe, joven, pero usted está en la biblioteca. Por cierto, en esta biblioteca, hay un iluso molesto que quiere organizar letras y ponerles algún orden. Aunque las letras que él coge son tan difíciles de pastorearlas que se le van unas al mundo del absurdo, otras al mundo de la entelequia, y otras a la absurdidad. Y una que otra vocal se sabe ir a los decires de su pueblo. Claro, ese tipo le puso desde su ignorancia será, desde su certeza o desde la sabiduría de Sancho Paramero, como él dice llamarse, a esta biblioteca “Biblioteca Ecoumbertiana”. Pues yo ni entiendo; el que entiende es mi amado, el que está leyendo el libro de pasta azul, como le dice usted. Entiendo que usted alcanza solo a comprender eso. Le repito, si no se retira, va a tener que escuchar lo que seres de la inocencia nunca van a comprender, porque no están a la altura ni de la ambrosía, ni de la sabiduría, peor aún de la gramática lúdica, dictada obviamente por el loco ese de Quevedo que existió hace, dicen, seiscientos años, más o menos. No se sabe. Lo que sí se sabe es que era un burdo e irónico insultador de diatribas que no le agradaba para nada al Manco de Lepanto. Una vez más, si no se retira, va a escuchar lo siguiente: La Absurdidad de la Inocencia (página 34 del libro de pasta azul, con muchas

hojas extensas). Aunque mi amigo, mi amado, mi proyección lo diga, nadie comprenderá en qué momento ese libro se abrió. Lo que sí usted, joven que viene del campo, no entenderá mucho, capaz que nada, y usted que está leyendo estas disquisiciones, comprenderá:

- “Solo la ambrosía junto al vino francés y una que otra diatriba del realismo sucio hace que los inocentes del pueblo llano puedan saborear los restos de la sabiduría pagana.”
- Dicen que hace mucho tiempo viajó al mundo de la Entelequia don Miguel de Cervantes Saavedra a buscar a su enemigo mortal Avellaneda, para reclamarle que ha permitido que Rocinante se enamore de Afrodita y se vaya al planeta del Absurdo a encontrarse con las diatribas de Quijano. Claro, en la inocencia del pueblo llano se trastocarán estas palabras y se entenderá lo que Sancho Paramero manifiesta cuando come y devora las papas de su pueblo.
- Hace muchos años por aquí, por el mundo de la agonía, pasaron muchos seres que venían de un país donde gobernaba el napoleónico, ese pequeño idiota que se le ocurrió liberar cinco naciones, dice el pueblo llano. Así le enseñaron en su libro el Escolar Ecuatoriano, pero todos saben que esos ilusos que aparecen por el país

Mi encuentro con el misterio

de la Agonía se están tomando con sus insultos, con sus prepotentes actitudes la paz y la tranquilidad de los inocentes.

- Hay seres que andan raspando en la parte más mediocre del realismo sucio, alguna que otra frase, pretendiendo elevarla a los altares de la afamada Nada Sagrada, queriendo con ello que su eco se transforme en la dulcificación de los amores del pueblo llano.
- Aparece una carta que dicen ha enviado el Tío Sam para que los seres del Nor-ande se cobijen con ilusiones, con leche *Klim*, con queso mozzarella y con otras y ninguna verdad, sino con meras expectativas, para que puedan adormecer su pobre conciencia de iletrados.
- Muy pronto llegará el eco de los inmortales al pueblo de los inocentes, para que ellos se fortalezcan en el sutil despropósito de pretender igualarse a los decapitados y a los destinados al sueño opiáceo.
- Es sorprendente saber que por la calle Real del pueblo de Sancho Paramero andan unas doncellas hablando al estilo de lo peor y de lo más mediocre que se puede haber escuchado en boca de los sicarios del cartel de Sinaloa. Aquestas doncellas, violentando su paz interior y pretendiendo parecerse a la pequeña burguesía decadente,

quieren con grosería e imbecilidad de sicario alcanzar la voluntad del capital.

—Parece raro, joven, que usted esté escuchando lo que mi amigo, mi amado está subrayando. No sé si a usted le parece grato saber que estas y otras frases se encierran en ese libro azul para que, cuando las manos de un sabio las toquen, se transformen en sutilezas que llegarán al mundo de lo que dice el título “La Absurdidad de la Inocencia”. Así está en ese libro, así lo dice mi amado y así lo dicen las doncellas de Aviñón que siempre lo acompañan en sus sueños.

—Señor, señor, por favor escúcheme. Ya llevo cuatro horas molestándolo, queriendo que me entienda, me ayude. Un amigo de allá del barrio Pílanquí me contó que usted sabe escuchar a los de poncho y alpargate. Yo vengo de muy adentro del pueblo de los Pastos buscando a su merced para que me ayude a entender lo que ha pasado en el Condado Machines. Dicen que ha descendido un ser celestial que lleva un mensaje muy hermoso, muy lindo, muy interesante. Si yo soy muy joven, no entiendo de lo que habla su persona cuando da charlas en la universidad. Pero lo que sí sé es que usted es una buena persona. Qué pena interrumpirle su lectura, pero lo único que entendí y vi es que esa sombra que está al frente suyo se transforma de cuando en vez en una mujer muy linda. Decía

Mi encuentro con el misterio

algo que no entendí, cosas que solo ustedes los que saben poetizar, así sabe decir usted, los que saben hablar bonito, los que saben decir cosas que nadie les entiende. Eso parecía que decía esa señora, señorita, pero qué raro, simplemente veo ahora que es su sombra. No logro entender. Perdone, le voy a contar y le voy a pedir de favor que me escuche, aunque su cerebro sí ha de escuchar, así me dijo mi mamá Carmen Piarpuezan que le diga. Hizo que me aprendiera algunas palabras como las que estoy diciendo para que su merced me escuche. Mi mamá me mandó a decir que por favor usted, León Felipe, el que sabe andar caminando por medio del árbol de novelas, cogiendo uno que otro libro y leyendo como está haciendo ahora en este momento, no se ofenda cuando alguien lo interrumpe. Hasta ahí me dijo mamá y me dijo que por favor le dé esta hoja para que lea porque alguien que bajó junto a ese ser que descendió en el Condado Machines le ha entregado a mi mamá como regalo para mi persona, como un inocente del mundo de Machines. Hasta ahí me dijo mi mamá que grabe, me dijo otras cosas, otras palabras, pero ya no me acuerdo, ya no sé cómo más decir, ya me cansé. Lo que sí también tengo son estas papas chinas con este quesito que me dijo que a usted le gustan y también me mandó esta miel con este quesillo que con eso usted dejará de leer y me escuchará.

—Así lo veo, joven, así lo entiendo. Qué bueno que doña Carmen Piarpuezan, su madre que me conoce bien, le haya dicho. Sí, me va a disculpar, me concentré tanto en la lectura que olvidé que mi molesta sombra le haya fastidiado. Discúlpeme, no fue mi intención, joven. Yo sé y me ha contado su mamá de usted, me habló de cosas muy extrañas que ni yo entiendo. Y ella me anticipó que iba a mandar una carta para que yo le leyera. Le voy a leer, joven: “Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre. Esas serán las palabras con las que este ser que las escribió va a entregar al iniciado del Condado de Machines. Tú que lo vas a leer, serás el padrino y el mensajero para que él, su madre y su pueblo comprendan y analicen lo que voy a decir. Cuando acabe este texto, tú tendrás que decirle al joven lo agradable, lo bondadoso y lo maravilloso que es este el mensaje del padre Bouchica. Una vez, hace muchos años, en los años que no existía ni el tiempo, ni la sombra, ni las tinieblas, solo existía el vacío absoluto y ahí apareció un maravilloso ser que parecía una serpiente emplumada. Pero este ser mandó a su sombra a que descienda al Condado Machines para que el escogido hijo de Carmen Piarpuezan reciba el poder y el don de mando para gobernar su cacicazgo. Él, como buen descendiente del pueblo Pasto, entenderá, aunque no lea, aunque no sepa palabras en castellano y

Mi encuentro con el misterio

aunque no comprenda el conocimiento mayor de Cervantes ni pueda deducir la lógica de Aristóteles, podrá saber que el amor es lo más hermoso porque significa el absoluto, la paz, la quietud, la contemplación, el eterno silencio. Cuando el niño, joven, adolescente que tú lo estás mirando y que él está escuchando lo que tú lees, él más que nadie asimilará que cuando haya el absoluto silencio, el amor se presentará porque ahí nacerá una mujer muy hermosa, tan hermosa que las estrellas la contemplarán, los planetas se detendrán, las constelaciones bailarán, disfrutarán al ritmo de la marimba, al ritmo del cununo, al ritmo de la batería, al ritmo de la hoja de naranja, al ritmo de la flauta, al ritmo del pingullo porque verán el descendimiento de un gran ser nunca antes imaginado ni conocido que para los ojos, mente y cuerpo de los humanos se llama mujer. Pero ese ser está más allá del entendimiento de los profanos, de los racionalistas, de los realistas, de los que nunca han entendido que la belleza se cobija en armonía, libertad y amor y cuando eso se dé, esa mujer se inclinará para recibir la voluntad, la sabiduría, la justicia y el don de mando del gran padre Bouchica. Por eso, este ser ya está en Machines, ya está buscando a este ser por eso su madre se adelantó mandándote esta carta a ti que estás leyendo para que le digas que el inocente va a comprender la máxima

expresión de la sabiduría, que, junto a la idea y junto a su imaginación, a su mundo de juego y de alegría construirá su reino, su cacicazgo y hará que sus vasallos, amigos animales, plantas, humanos y todos los que habitan en Machines se sujeten a su dictado. Él, como buen iletrado, como un inocente y como un ser amante de la nada absoluta y amante de la soledad, podrá cobijar humildemente en su corazón el cariño, la bondad de esta mujer que lo está esperando en Machines, lo hará su esposo. Él, como un iluso profano del pensamiento aristotélico, como un iluso y profano del pensamiento socrático y como un iluso y pagano del pensamiento dialéctico, hará que su mundo se llene de armonía, se llene de felicidad y solo las estrellas que hoy han inclinado su cerviz y las constelaciones están bailando por el descendimiento de la amada, la que se llama nada sagrada porque su proyección ha bajado y se ha transformado en la mejor poesía que llenará de luz, de color, de alegría y de bondad donde el barroco fluirá plenamente para que este hijo de Carmen Piarpuezan, él que se llama León Felipe Piarpuezan, recibirá el anuncio del gran padre Bouchica y será el misionero, el que llevará junto a su amada la nada sagrada, el evangelio de la paz. Para que tú como ateo, tú como dialéctico, tú el que está leyendo el libro de pasta azul de extensas hojas aprendas

Mi encuentro con el misterio

a encontrar el absoluto silencio en el amor del padre Bouchica y en el amor de la nada sagrada y podrás ser el padrino de este joven que te va a llevar en su mente, cuerpo y espíritu al condado Machines donde lo iniciarán en el conocimiento silencioso”.

Punto negro, la literatura, el arte y la fe

—Disculpe, señorita, ¿podría pedirle un gran favor? Seguramente me ha visto en la Facultad de Jurisprudencia. Soy estudiante de derecho y la he visto a menudo en los espacios verdes de la facultad con unas amigas. Parece ser hermana de una compañera mía, porque la he visto conversando mucho con ellas y su hermana también me ha hablado de su experiencia, su bondad y su felicidad en el mundo de la pintura. Tengo entendido que usted es pintora. ¿Sería posible que pudiera conversar con usted? Me interesa conocer más sobre el arte, la belleza, que son tan necesarios para el espíritu, el cuerpo y la mente. Así me lo dice el maestro del Misterio, que suele dialogar de banco en banco, de sillón en sillón, de escritorio en escritorio y a veces en la biblioteca y otras veces aquí en el

bar. Usted debe conocerlo al poeta Pedro, ese es el maestro del Misterio. Él me recomendó conocerla porque sabe que usted viaja en el mundo de la plástica y podría enseñarme cómo el barroco ha andado, anda y andará por el Misterio del Nor-ande, por el mundo mágico del Páramo y por el mundo mágico de la Estepa. Tengo entendido que se llama María Soledad, así me han dicho que se llama. Por lo que veo, usted es hermana de Gabriela, mi compañera. Claro, ella está más enfocada en las relaciones internacionales y en conectarse con los países desde la legislación y la forma de entender el comercio, la práctica jurídica de los países. Y sobre todo, a ella le gusta la Exegética Jurídica y siempre está comparando con la propuesta de la Exégesis en la doctrina jurídica en Colombia, en Perú. Tengo entendido que siempre está buscando las comas, los puntos, los dos puntos para organizarlos con la sintaxis y también para viajar a través de la Hermenéutica Jurídica, así me ha dicho ella. Me llevo bien con ella, aunque claro, como campechano que soy, como pueblerino que soy, no la entiendo mucho. Pero gracias a mis lecturas, a saber, escuchar y oír, y también acercarme a los artistas y a los poetas, algo he aprendido. Por eso, si me permite mi atrevimiento, me gustaría sentarme para escucharla.

Mi encuentro con el misterio

—Veo que usted es un caballero de las palabras, por lo que me ha dicho. Ahora entiendo. Mi hermana Gabriela me ha contado de usted, que es un buen lector de León Felipe, que viaja por el mundo poético de Lorca y también se adentra en Jorge Luis Borges y que también busca el laberinto de la soledad por todo el país de Platero. Tal vez sea así. Pero déjeme contarle algo, joven o señor, mi hermana sí, ella se adentra en el mundo de la sintaxis, la semiótica, la hermenéutica. Claro, fue formada con el buen epistemólogo Nelson Reascos, tal vez haya oído hablar de él. Es un pequeño loco que viaja por el mundo de la filosofía y también se acompaña de un buen brandy y la buena música de Beethoven. Tal vez usted quiera saber, ¿por qué mis acuarelas están colgadas en el recuerdo del Barroco Andino? ¿O acaso quiere saber cómo mis pinturas desdibujan el mundo del anacobero, que viaja en el bus hacia el sur? Sí, tal vez quiera saber de mis pinturas, las que naufragan en el libro flotante allá en el manso Guayas. Sí, usted sabrá, mi hermana le habrá contado. Yo nací en Guayaquil, aunque toda mi formación la hice aquí y por eso continúo aquí en la Universidad Católica. Se me ocurrió estudiar algo de Antropología para ver si comprendo al cholo, al montubio, porque como no he vuelto al Guayas ni a Guayaquil y pocas veces viajo a la costa, pensé que estudiando

un poco de antropología, podría entender a mis ancestros. Y claro, con eso me servirá para hacer un estudio que algún día lograré en la Chalupa de don Goyo. Tengo muchas aspiraciones. Aunque en mis pinturas siempre aparecen gaviotas, pelícanos, barcos, barcasas y un viejo que siempre viaja en los cruceros hacia el mundo del Sol Negro. Ese anciano del que dicen que anda dibujando serpientes en el mundo de la luna, del mar y de las estrellas. Sí, también pienso estudiar artes. Por eso mi hermana me ha hablado de usted, que también se llama León Felipe. Qué casualidad, como el poeta. Me dijo que usted está construyendo o quiere hacer una revista con sus garabatos, con sus decires y con sus locas disquisiciones. Así me ha señalado mi hermana y que ustedes han formado un grupo literario al que llaman el Punto Negro, qué osadía, pienso yo. Ustedes apenas son estudiantes de derecho y ya quieren navegar en la entelequia de la gramática lúdica, en las abstracciones de la poética. Y, además, quieren criticar y cuestionar la crítica literaria de Miguel Donoso Pareja. Tengan cuidado, sé que Iván Egüez y Fernando Tinajero les dan la mano. También comprendo que el maestro Villacis los recibe en su oficina. Pero no piense, joven, perdón, señor, que porque mi hermana le ha hablado de mí, usted va a poder comprender mi pintura. No es que sea abstracta, no desdibujo

Mi encuentro con el misterio

los sueños y decires de Van Gogh. Tampoco me interesa la cuadratura del círculo de Picasso, ni siquiera añoro el mundo de Velásquez. No. De vez en cuando me interesa mirar alguna menina, pero más me interesa Quevedo, cuando junto a Tartufo se burla de Cervantes, robándole las letras que Rocinante eructa junto a Sancho. Sí, pinto, ¿y qué quiere entonces de mí, además de comprender supuestamente mi arte?

—Señorita, la veo muy seria. Yo había pensado y creído que los artistas, especialmente los plásticos, viajan en la humildad del silencio y en la calma del arco iris. Espero no haberme equivocado al pensar que usted me mostraría sus elucubraciones, sus abstracciones y, sobre todo, su viaje mítico-mágico, como le han llamado a los decires del cholo, del montubio plasmados en la plástica. Si pienso que su amigo don Goyo, ese que la acompaña cuando va a pintar a Juan Aragón, el que vive en la luna, dejara de ser orgulloso, podría invitarme a mí a la revista para que usted sea la crítica de arte, la crítica de la pintura y, sobre todo, junto a su amigo Miguel Donoso Pareja, puedan enseñarnos a escribir. Usted, que sería parte de la revista, podría permitirse cuestionar a todos los pintores nuevos y viejos como Camilo Egas, Paredes, Guayasamín, Endara Crow, Aguirre. Con su capacidad para viajar por el Barroco Andino, para captar el vacío que se encuentra

en el mundo gótico y llevarlo a tapar el orificio negro del grupo literario del que usted habla. Sería interesante, aunque a veces pienso que me equivoqué al llegar a una ciudad creyendo que la capital me abriría el corazón. Yo, como un campechano, como un pastuso y nortño, podría tener suficiente apertura para que la crítica literaria, la construcción poética y la filosofía de la diatriba penetren en lo más hondo de mi ser y me eduquen. Claro, en el abuso de confianza, pensé que sería fácil que usted me escuchara porque he naufragado en tantas intimidades.

—No sea osado ni majadero. Apenas sé que usted es compañero de mi hermana. Pero no venga aquí a ultrajarme haciéndome creer que soy una vanidosa y feminista que detesta el norte y el macho cuando mezcla la erótica y la fantástica y viaja al mundo de la sabiduría. Sepa que vengo de noble abolengo y de estirpe, y usted, como se nota, apenas es un campechano del norte que solo sirve para venir a insultarme. Retírese, majadero.

—Qué estúpido. Pensé que, jugando con mis decisiones, mis decires y alguna que otra frase sacada de contexto y puesta en el lugar equivocado, lograría que esta señorita, hermana de mi compañera, me enseñara a viajar en el mundo del arco iris, a tomar las estrellas y depositarlas en el planeta Cartuquer, para que desde ahí los inmortales Pastos me guíen.

Mi encuentro con el misterio

Me equivoqué. Lo único que me queda en este momento es ir al mundo del aguardiente, donde junto a mi compañero, siempre solo, que es el disco que guía mi espíritu, mi mente y mi cuerpo, me permitirá olvidar y quizás, si esa niña, señorita, pintora, algún día vuelve a escucharme, seré el más feliz y optaré por creer en Dios.

—Disculpe, joven, señor, usted, León Felipe, el compañero de Gabriela, mi hermana. Sepa que la reflexión que encontré hoy en la sala de lectura junto al sabio Platón me permitió ver que usted está lleno de ideas. Tal vez de ahí pueda cosechar algunas y llevarlas a mis cuadros, para que mis acuarelas se llenen de la placidez del barroco y la lucidez del páramo andino. No se ponga triste ni acongojado. Sé que recibió unos buenos chirlazos de mi parte. Quiero que me disculpe. De ahora en adelante, espero que nos convirtamos en buenos amigos y, si quiere, seré parte de la crítica literaria y crítica en la plástica para ayudar en la revista que usted quiere construir con sus amigos. Sé que están planeando hacer literatura, pero también he escuchado a los amigos de mi hermana, cuando han ido a mi casa, decir que deberían crear una revista con más apertura. Y han decidido, tengo entendido, llamarse una vez más el grupo literario Punto Negro, donde producirán la primera revista, una revista de

Luis Felipe Vásquez Narváez

producción estética, producción cultural, que abarcará poética, relato, ensayo, análisis de pintores y también reflexión de textos que se producirán desde la jurisprudencia en empate con la literatura. Cuente conmigo y que Dios lo acompañe.

La bendición del Padre Creador y el Opus Dei

—Buenos días, papito. Buenos días, mamita.

—Sí, mi amor. ¿Cómo amaneciste? Buen día. No sé si recuerdas que al despertar debes hacer la oración correspondiente, pedir la bendición del Padre Creador, hacer una pequeña genuflexión, hincarte y no olvidarte de agradecer también al Ángel de la Guarda. Además, no se te debe olvidar saludarnos diciendo “buen día, papito José María, buen día mamita María del Carmen”.

—Sí, papi, disculpa. No se me va a olvidar otra vez. Pero antes del desayuno quisiera contarles un sueño que tuve anoche.

—Cuéntanos. Estamos aquí para escucharte. Sigue adelante.

—Verán, papito, verán mamita. Ayer mi gato vino a visitarme, comenzó a maullar y a

ronronear. No sé en qué momento lo retiraron ustedes de mi cuarto, pero lo cierto es que él me acompañó en el sueño. En el sueño, lo vi transformarse en un ángel que ascendía al universo. Dijo que se dirigía a la Constelación de Orión para conversar con su abuelo, el fundador del pueblo de Egipto. Según él, su abuelo, el Gran Gato celestial, creó el pueblo de Egipto y desde allá me observaría. Desde mi mente, yo entendería todo lo que él me enseñara. ¿Y saben qué, papá, mamá? Él me dijo que siempre que esté cerca del piano y vaya a tocarlo, mire profundamente en mi ser, cierre los ojos, silencie mi mente y podré ver a lo lejos dos ojos amarillos con pupilas café. Cuando me concentre en esos ojos, podré viajar al infinito silencio y tocar las teclas del piano de una manera nunca antes escuchada, más armoniosa que cualquier pianista, hombre o mujer, haya conocido. También me dijo que antes de bailar, debo hacer lo mismo: cerrar los ojos y profundizar en la visión de esos ojos felinos amarillos con pupilas café. Así podré adentrarme en la vida infinita y aprender a bailar como las valquirias enseñaron a mi abuelo, Wagner, pero no como me has enseñado tú, padre.

—Wagner era un compositor alemán de ópera.

Mi encuentro con el misterio

—Sí, padre, entendí. No se preocupe. Este felino que ascendió al universo para hablar con su abuelo me sigue observando cuando cierro los ojos. También me dijo que cuando toque el violín Stradivarius, podré crear las mejores notas del universo y superar las sinfonías de Chopin. Me explicó que debo mirar los mismos ojos amarillos con pupilas negras y adentrarme en la vacuidad profunda. Junto a la cascada, en el árbol de quesillos, en el planeta Cartuquer, en la Constelación de Orión, podré armonizar los silencios y profundizar en la música del violín Stradivarius. Además, quiero contarles que este gato me mostró en mi mente que debo cerrar la razón y abrir mi espíritu. Me mostró una hermosa caverna, tan grande como la que conocemos en el camino hacia Pucará, junto a tu amigo que lee el libro “El sendero del Zen” del padre Marco Vinicio Rueda. Ese mismo amigo suyo que estudió en la Pontificia Universidad Católica de Quito y se quedó absorto en un poema, bebiendo vino francés. Dicen que sabe vivir en la caverna, una caverna similar a la que el Gato Celestial me mostró donde su abuelo, ironizando y burlándose, vive con un señor llamado Platón y otro llamado Diógenes el Cínico. Padre, para terminar, quiero contarles a usted y a mamá que este gato me enseñó que la única forma de ser sensible, humilde y sencillo es adoptar en el espíritu la ética gatuna,

que enfatiza la sutileza, el silencio y el No-ser. Cuando adopte esta ética gatuna, podré ser la mejor niña del universo. Claro, lo que estoy diciendo es lo que memoricé en el sueño. Por eso, les pedí que me escucharan antes de desayunar, porque mi memoria tiende a borrarlo todo después de desayunar.

—Acabas de oír, María del Pilar. Parece que anoche confundiste las cosas y en lugar de poner al gato para acompañar a la niña, tú le contaste esos cuentos extraños que sueles leer cuando no estoy. Te he dicho muchas veces que Edgar Allan Poe no debe ser leído por nadie que se considere católico, apostólico y romano, menos aún como miembro del Opus Dei. Debes saber que, como jefe de mi clan, espero tu obediencia. No quiero escucharte más ni saber de tus libros. Por favor, deshazte de todo lo relacionado con la poesía, la erótica y la fantasía que tengas en casa. Estás dañando la mente de mi hija y su desarrollo natural. ¿Entiendes, María del Pilar? Has fallado y ahora estás castigada. No habrá desayuno para ti. Te he dicho que cuando me desobedezcas, no habrá desayuno. Ve a tu cuarto y espera al instructor de piano. No molestes más. Aprende a disciplinarte y nunca más quiero escuchar esas absurdas fantasías. Y tú, María del Pilar, ve ahora mismo al Convento de la Merced, confiesa tus errores al Padre Hernán Velásquez y haz la penitencia correspondiente. No quiero

Mi encuentro con el misterio

más explicaciones. Ve y haz lo que te digo. Y no olvides que, aunque no ejerzas la abogacía como acordamos antes de casarnos, eso me compete a mí. Tú te comprometiste ante tus padres a dejar tu profesión para criar a mi hija en los deberes de una mujer. No quiero que esto se repita. He dicho lo que tenía que decir. Hasta luego.

La cueva de Montalvo y su majestad “Carlitos, el títere”

—Disculpe, señor, ¿me podría indicar cómo llegar a la cueva del señor Juan Montalvo? Me han dicho que está cerca del río Bobo, por la hacienda Car. Dicen que es la casa de un señor Castillo. ¿Podría señalarme dónde es, por favor?

—Disculpe, joven, ¿por qué desea visitar la famosa cueva de Montalvo? ¿Es usted escritor, poeta, filósofo, investigador o qué es usted exactamente?

—No, señor, lo único que deseo es encontrar esa cueva para ver si realmente existe. Aunque leo algunas cosas y realizo investigaciones, conozco y sé algunas cosas sobre Juan Montalvo. Leí que él escribió “Las Catilinarias”, una obra importante aquí en la cueva de Montalvo, y me dicen que está cerca de esta casa de hacienda.

—Así debe ser, señor, aunque personalmente dudo de eso. Pero si usted cree que más allá del corral de las gallinas, cerca del río Bobo, puede haber una cueva, entonces tal vez sí. Una vez vino un miembro del Instituto Nacional de Patrimonio y dijo que esa era la cueva de Montalvo. Puede ser, aunque también hay un arroyo por aquí. Si gusta, puedo acompañarlo.

—Sería muy amable, señor, si pudiera hacerlo.

—Verá, joven, antes de entrar a la cueva, permítame contarle algunas cosas para que tenga precaución. Usted tiene aspecto de ser de esos que andan por Tulcán o por aquí en el campo, creyendo que Dios no existe. ¿Será por eso que busca la cueva de don Montalvo? Quizás allí cree encontrar apoyo para su falta de fe en Dios, ¿o me equivoco?

—Creo que no se equivoca, señor. No creo en Dios ni en algo similar. Lo único que quiero es ver algunas señales que un amigo arqueólogo me mencionó que podrían estar en esa cueva. Él sugiere que podrían ser de Juan Montalvo.

—¿Y qué señales mencionó este amigo arqueólogo?

—¿Sabe lo que me ha dicho este amigo arqueólogo? Que en lo más profundo de la cueva hay una incrustación de obsidiana. Si uno mira con una lupa, dentro de esa obsidiana se pueden ver dos letras que parecen ser de oro, “J.M.”.

Mi encuentro con el misterio

Esto indicaría que Juan Montalvo estuvo allí, ya que, como masón que era, liberal y ateo, él viajaba al mundo de la masonería en París. Dicen que aquí estaba la entrada a su refugio cuando viajaba a Colombia y de allí a Panamá y París. Aquí él usaba la obsidiana para abrir una puerta que llevaba al mundo académico de lo desconocido, entendido solo por jacobinos, masones, liberales y, por supuesto, ateos.

—Joven, lamento contradecirlo. Juan Montalvo pudo haber sido masón y jacobino, pero nunca fue ateo. Mi abuelo lo conoció y contaba que cuando se reunía con Montalvo, él hablaba con mucho cariño de su encuentro con el Creador. Así que tenga mucho cuidado. Hasta aquí lo acompaño. Entre a esa cueva, caverna o eremitorio, como usted prefiera.

—Gracias, señor, entraré. ¡Qué raro! Ele, ahí sí me parece muy extraño. Brilla mucho allí. Voy a tener que arrastrarme. Ojalá pueda pasar; mi cuerpo es demasiado grueso para ese espacio. Pero creo que con el palo que traje, puedo mover algo. Ah, a lo lejos veo un cristal negro, como dijo mi amigo arqueólogo. Quizás sea obsidiana. Voy a empujar. ¡Qué extraño! Nunca pensé que estaría en esta cueva. Está el propio Diógenes el Cínico, con la Idea y la Ironía. Curioso ver a Diógenes leyendo los siete tratados de Juan Montalvo. Parece que se ríe mucho. Lo que logro entender es que dice

que fue un buen discípulo, su amado hijo Juan Montalvo.

—Disculpen, señores, que los interrumpa. Soy un profano, un conocedor incipiente de Montalvo, y me dijeron que esta es la cueva donde él escribió “Las Catilinarias”. Para mi sorpresa, me encuentro con ustedes, don Diógenes el Cínico, don Platón, don Aristóteles, y veo que están leyendo los siete tratados de Juan Montalvo. Así escuché.

—Sí, joven, nuestros discípulos, los masones, siempre están viajando por el mundo llevando la conseja, la ironía, la diatriba y sobre todo el sarcasmo filosófico. Mi hijo Juan Montalvo, que devoraba libros en París y sigue haciéndolo en el mundo del misterio, está en el templo de los inmortales conversando con Afrodita, con Diana, con el Absoluto o como lo llaman los masones, con el Gran Yo Soy. Aunque le parezca extraño, joven, con su aspecto parece ser uno de esos que dice que Dios no existe. Qué equivocados están. El concepto de Dios no existe porque es una construcción racional neo-kantiana mezclada con el insulto de un orangután que dice que sus abuelos hicieron que el ser humano descienda de los árboles. Dejemos estas teorías y disquisiciones para otro momento. Como sea, joven, usted con audacia ha penetrado aquí. Aunque le advirtieron afuera que tenga

Mi encuentro con el misterio

cuidado de no tocar, ni siquiera acercarse a la obsidiana, imprudentemente lo dejaron entrar. Él sabía y estaba convencido porque es un discípulo directo del bate de Ambato. Pero, como buen jacobino y liberal, pensó que al dejarlo entrar y no advertirle sobre el peligro de tocar la obsidiana, quizás entendería a Dios. Le permitieron pasar. Joven, le ruego que regrese. Se nota que aún tiene muchas dudas, miedos y temores. Por favor, regrese por donde vino. Si desea aprender algo que pueda serle útil en su iniciación, vaya al pueblo de Tulcán, cerca de la esquina del olvido, donde hay un circo. Ahí se expresa lo más avanzado del arte. Puede que lo comprenda o no, depende de usted. Le ruego que se retire.

—Disculpe, antes de irme, señores, no fue mi intención ofender. No sabía que no debía tocar la obsidiana. Aunque no la toqué con la mano, solo la hice tocar con mi palo de chonta y se movió.

—Con mayor razón y gravedad, viene a tocar con el árbol sagrado de la Amazonía, la obsidiana que es la puerta que abre el misterio. Pasaremos por alto su error porque usted es un joven e iluso soñador de letras. Una vez más, le ruego que se retire.

—Disculpen, me retiro. Qué extraño. ¿Qué pasó? ¿Estoy soñando o me desperté? Ahora estoy en Tulcán, en la esquina del recuerdo. No puede ser. ¡Qué circo tan extraño!

—No, joven, la función ha comenzado. Si gusta, pase adelante. Allí lo espera el conocimiento, la poética, la sabiduría, el arte en general. Para usted puede que sea un circo, pero para los ojos profanos es la cuna del pensamiento y el conocimiento, la Arcadia Pasto. Aquí se aprende el conocimiento silencioso y se entiende la poe-filosofía, la gramática lúdica, lo fantástico, lo erótico y lo poético juntos. No sé si sabe que, hace mucho tiempo un iniciado en el silencio se aventuró por los orificios del olvido y llegó al mundo de la agonía de Pasto, encontró un circo. Ese circo es al que usted va a entrar. No es un circo, joven. Es la Arcadia Pasto. Dentro de la Arcadia Pasto, será bienvenido. A la mano izquierda, donde comienza y termina la soledad, podrá ver la ópera que habla de lo fantástico, lo erótico y lo poético que han vuelto a tomar Tulcán. Lo más esplendoroso de los principados de Turca, Chota, Awa, Inca, Puntal, Pialanquer y todos los que conforman el Barroco Andino al norte.

—No, ya comenzó la función, joven. Si quiere, pase adelante. Ahí lo está esperando el conocimiento, la poética, la sabiduría, el arte en general. Para usted tal vez sea un circo, pero para los ojos profanos es la cuna del pensamiento y el conocimiento, es la Arcadia Pasto. Aquí se aprende el conocimiento silencioso y se entiende la Poe-filosofía, la gramática lúdica, lo fantástico, lo erótico y lo poético juntos. No

Mi encuentro con el misterio

sé si usted se enteró, joven, que hace mucho tiempo un iniciado en el silencio se aventuró por los orificios del olvido y trasladó al mundo de la agonía de Pasto, donde encontró un circo. Ese circo es al que usted va a entrar. Este circo no es un circo, es la Arcadia Pasto y dentro de la Arcadia Pasto usted será bienvenido. Entre, lo estábamos esperando, joven. A la mano izquierda, donde comienza y termina la soledad, ahí usted podrá ver la ópera que dice que lo fantástico, lo erótico y lo poético han vuelto a tomarse Tulcán, están presentándola. Ahí está lo más esplendoroso del principado de Turca, lo más bello del principado del Chota, del principado Awa, del principado Inca, del principado Puntal, del principado Pialanquer, de todos los principados que conforman los sectores del Barroco Andino, que están al norte del Ecuador. Sí, joven, aquí mismo están. Ya comenzó la función. Lo esperamos. No se le olvide, cuando acabe tiene que regresar sin mirar atrás y salir por esta puerta. Ahí recién recibirá un documento que, después de leerlo, obviamente, le habilitará para entrar y comprender el mundo de la Arcadia Pasto. Siga nomás, joven, lo esperan.

—Antes de entrar, señor, me va a disculpar la interrupción. ¿Me podría facilitar un baño? He viajado tanto, o así pienso. Vengo de la cueva de Montalvo y no sé cómo llegué aquí, no vine caminando. Pero en ese miedo, susto o

ensoñación, sueño, no sé cómo llamarlo, se me olvidó que tenía que ir al baño. Estoy afanado y quisiera, antes de entrar a mirar la ópera, poder desocuparme.

—Siga, joven. Tenga cuidado, no mire a la izquierda. Si va a la izquierda, entrará donde existe un ser mágico y maravilloso que lo conducirá a usted a la dimensión de los neotemplarios.

—Perdón, me retiro. Me dijo que a mano derecha está el baño.

—Sí, señor, siga nomás.

—Qué extraño, no puedo comprender. Ummm, dice... ¿qué es lo que dice? No logro entender. A ver, me voy acercando. Qué raro, no, no, no puede ser. Algo dice de un títere... Ahhh, qué extraño, no logro leer bien. Voy a acercarme un poco más, tal vez así entienda lo que dice ese rótulo. Estoy a punto de llegar. Parece que las letras me atraen. Qué extraño, no puede ser. ¡Ahí está! Su Majestad “Carlitos el títere”. ¿Cómo?

—Joven, bienvenido. Está usted en la casa de un niño que un día decidió encontrarse con el Padre Creador para pedirle que lo llevara al mundo de los títeres.

—Pues ya se me quitaron las ganas de ir al baño. Estoy sentado frente a este escritorio y veo ahí un títere caído en el suelo. Señor, disculpe, ¿me puede usted explicar de qué se

Mi encuentro con el misterio

trata esto? Usted me dijo que es la casa de un títere.

—Usted ya leyó, cuando entró, supongo. Si no hubiera leído las letras, no le hubieran permitido entrar. Pero como usted alcanzó a verlas en su mundo mágico, en su espíritu, por curiosidad, usted se acercó demasiado. Aunque parece ser un joven con pelo largo, fumando, piel roja, con boina, que no cree en nada de lo sagrado, se equivocó, joven. Entendió las letras y solo se le está permitido a los que están siendo iniciados en el mundo de la masonería. Siga, joven.

—Pero usted me dijo que... O yo estoy equivocado, algo me iba a decir.

—Que usted entró a la casa y que había leído en la puerta “Su Majestad Carlitos el títere”.

—Sí, así mismo fue. Si leí, ¿y qué tiene eso que ver con esta construcción extraña donde se mueven espejos, brillan azulejos, se ríen, se escuchan carcajadas, se oyen sonrisas, hay puros niños y niñas en imágenes y esas imágenes hablan, me miran y se burlan? Veo animales y veo que ese títere está caído en el suelo. Eso es lo que quería yo pedirle que me explique.

—Sabe qué, joven, ese gorrión hembra le va a explicar y contar qué es lo que sucede.

—Mira, joven, por lo que dice tu inconsciente, te llamas León Felipe. Te voy a contar qué es lo que sucedió. Hace mucho tiempo, un niño de un barrio cercano de aquí, del barrio Olímpico, se encontraba muy triste. Cada vez que veía a su mamá, ella estaba ocupada con un aparato y nunca lo escuchaba. Parece que la mamá tenía cierto trastorno en el cerebro porque decía que viajaba al país del Nunca Jamás, donde se encontraba con misia Carmelina la Chiguaca y juntas viajaban al país de Alicia y al país del Platero. Esta señora, la mamá del niño, casi nunca le daba de comer porque prefería viajar con la Chiguaca por todos los mundos fantásticos y nunca podía entretener ni ayudar al niño. Ese niño, llamado Carlitos por sus vecinos, amigos y su padre, siempre estaba frente al espejo, mirándose y viajando al mundo de Narciso. Tampoco le interesaba, al niño, sentirse muy triste. Un día, le pidió a lo que él consideraba Dios y le dijo: “Diosito, por favor, permíteme viajar al mundo de los títeres”. Él pedía eso porque, cuando el papá y la mamá estaban ocupados, el niño se escapaba y venía acá al circo, donde era feliz viendo a los payasos, a los monos, a los elefantes, a los tigres, a los poetas, a los filósofos, a todos los que hacen reír, a todos los que saltan y brincan en el mundo de la Academia. Y, sobre todo, veía a un señor muy alto llamado Alonso Quijano,

Mi encuentro con el misterio

quien manipulaba un títere llamado Cervantes Saavedra. Ese señor llevaba a Cervantes por el mundo de La Mancha, otras veces por el mundo de Andalucía, y otras veces viajaba por el Condado de Turca o por Comala. Ahora dicen que se ha ido de viaje al país de los inmortales. Pero el títere Cervantes un día decidió vengarse del titiritero y comenzó a volar en ideas. Las ideas se transformaron en libros y los libros empezaron a hablarle al mundo de que un loco quiere gobernar al mundo con libertad, justicia y fraternidad. Ese niño Carlitos siempre veía eso y le impactaba mucho. Un día, ese titiritero le dijo: “Niño, si quieres, puedes venir a mi mundo. Aquí encontrarás paz. Serás amigo de Juan Aragón, jugarás con trompos, jugarás con cometas y siempre serás feliz. Tendrás todas las golosinas que quieras: pan de maíz, melcochas, habas tostadas, habas enconfitadas, maíz enconfitado, dulce de leche con pan de cuajada. ¡Sí, niño!” Este niño, al oír todo eso, le dijo a Dios: “Diosito, hazme títere para poder encontrar el mundo maravilloso”. Parece que el Gran Yo Soy lo escuchó y el títere que ves caído es Carlitos.

—¿Pero por qué está caído?

—Porque espera la venida de nuevo del titiritero. Vuelvo y te repito, el titiritero se fue a otro mundo, a un mundo parecido al de los inmortales, al mundo de los Templarios. Este

Luis Felipe Vásquez Narváez

niño, este títere, necesita ser tomado por un titiritero. Nos dijeron los sabios de la caverna, de la cueva de tu maestro Juan Montalvo, que iba a venir un joven con pelo largo, boina, fumando, piel roja, el mismo que se encargará de darle vida al títere Carlitos para que comience de nuevo la función. Los niños de Turca, de Pialalquer, del Pum, de Caico, de Puntal, de Chontahuasi, de El Ángel y de todos los pueblos y lugares del Barroco Andino se reirán, gozarán. Te toca asumir ese papel. Esperamos que comience la función. Habló la princesa gorriona del mundo mágico del Gran Yo Soy.

.

El ateísmo y su inquisitorial dogma de fe

—Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino.

—Señor, señor, hermano, hermano, le hablo a usted, el que está rezando, el que contempla el misterio del creador. Sí, a usted me refiero, ¿me puede escuchar, por favor? Tengo entendido que esta noche usted regresa a la ciudad de donde vino, donde nació y de donde salió para llevar el mensaje del resucitado. Así me lo dijeron mi papá y mi mamá: que usted se va esta noche. Le ruego, le imploro, le suplico, por favor, no se vaya usted. Aquí necesitamos conocer, entender y comprender la palabra del que nació en Belén. Mi papá me hizo aprender de memoria todo lo que le digo, pero permítame pedirle algo. Yo soy un niño indígena, apenas sé hablar algunas palabras en castellano. No

sé cómo expresarlo bien, pero quiero rogarle, como me enseñaron mis abuelos: ¡Amo, patrón, no se vaya! Le ruego, por favor, no se vaya. Sé que lleva algo maravilloso en ese bolso; todas las noches nos habla de ello, lee mientras yo estoy entre dormido y despierto. Le pido, le ruego, le imploro a ese al que usted llama Jesús, que no me abandone. Por eso le suplico, amo, patrón, por favor, no se vaya.

—Niño, ¿qué le pasa? ¿No se da cuenta a quién se está refiriendo? Yo no creo en Dios, no creo en nada, no creo ni en la crucifixión ni en la resurrección, ni en nada de eso. Tal vez usted me está confundiendo con mi sombra, con mis recuerdos o con mis pensamientos futuros. A quién usted menciona, niño, quizás es el que estuvo ayer aquí y ahora está reunido con sus abuelos, padres, hermanos y todo el pueblo hablando de un ser que está en un libro rojo, al que llaman Biblia. Si es eso a lo que se refiere, podría ser cierto, pero no soy yo. Yo solo soy el acompañante de aquel que siempre menciona el amigo que nunca falla. ¿Qué le pasa, niño? Comporte con seriedad; usted parece ser una persona buena, saludable y sana. Nunca me llame amo; yo no soy amo ni patrón de nadie. Dígame niño, por favor, retírese; quizás me está confundiendo de nuevo. No soy Manuel, ni patrón, ni hermano, ni señor. Yo soy apenas la imaginación de aquel Sancho Paramero que

Mi encuentro con el misterio

lanza diatribas al viento y de vez en cuando caen cruces, agonías, silencios y soledades. Tal vez estoy confundiéndolo, niño. Mejor decido desaparecer en el inconsciente de Sancho y profundizar en la memoria de su historia, y le haré saber lo siguiente: Sancho, antes de dirigirse a este pueblo llano, no olvide que Cervantes, su maestro, forjador, y hacedor, le enseñó que la coma y el punto y coma siempre deben estar en el lugar adecuado, no en la capilla, no en el claustro de ningún monje, sino siempre en el lugar correspondiente de la gramática lúdica.

- No olvide, Sancho, que sus palabras no son las palabras del que vagaba por La Mancha acompañando al sabio Quijano. No, usted es solo un hombre común nacido en Turca.
- Recuerde, Sancho, que el rojo propósito y el negro sueño que tuvo cuando era joven, recuerde que decía que el amado Federico, el que martillea y filosofa con aventura en la patria de Beethoven, crucificó al Cristo, doblegó al creador Jesús y le dijo al mundo que el anticristo estaba presente en el universo de Alemania.
- No olvide, Sancho, que de ahí viene usted, que siempre estuvo presente junto a la batalla de los rojinegros que viajaban en el misterio de la razón aristotélica.
- No se olvide, Sancho, usted, el campechano de Turca, llevaba el

mensaje, llevaba la certeza y llevaba la determinación de acabar con todos los grupos que proclamaban al niño de Belén.

- No olvide, Sancho, que hoy está aquí con el único propósito de mentirle a la gente, pensando que usted es hijo, discípulo y seguidor de la estrella de Belén.
- No se equivoque, Sancho. Yo soy su conciencia, su alter ego, su sombra, y le digo que no se equivoque, no mienta a este pueblo. Este pueblo es muy ignorante, muy adoctrinado, y cree en lo que usted dice que está en ese libro rojo. Escúcheme, Sancho, al menos elimine la razón de su estupidez y aprenda en humildad a escuchar la palabra de la inocencia, la palabra de la humildad, la palabra del niño. A usted, desde niño, le agradaban mucho los niños. Recuerde cómo los ratones, los gatos, las aves y todos se acercaban a los niños por una sola razón, y aunque le duela admitirlo, recuerde que cuando era niño, eran sus amigos los que lo llevaron a escuchar el Evangelio.

—Sí, seré un campechano de Tulcán o de Turca como tú dices, sí pero.

- Nunca se te olvide que los errores se pagan, se curan, se crucifican.

Mi encuentro con el misterio

- Nunca se te olvide que cuando era joven, desgraciadamente, confundí al crucificado con aquel ser que viaja por el mundo llevando la alegría del niño de Belén.
- Sí, ese soy yo. Sí, el estanciero, campechano, no el hijo de Cervantes, pero sí el hijo del resucitado, así me reclamo, así soy. Aunque tú, como mi inconsciencia, como mi alter ego, como mi abandono, quieras recordarme que fui, que destruí, que paganicé, y que taladré en la conciencia de muchos jóvenes. El martillo filosofa y Cristo ha sido destruido.
- Sí, es cierto, me equivoqué. Ahora sé que el amado Federico Nietzsche, el gran abuelo Marx y todos aquellos que han hecho y hacen un cambio por esta sociedad, son dignos del crucificado, como tú lo llamas.
- Sí, me equivoqué pensando que el crucificado era el ser de la agonía. Sé que hace dos mil años resucitó y lleva el sueño de los humildes, de los sabios, de los libres. Por eso, me encuentro con Él todos los días, al amanecer y al anochecer, pidiendo perdón por haber ofendido tanta bondad y alegría en tantos niños y jóvenes que llevaban el mensaje del Evangelio por la calle Real.

- Sí, sí, sí, continúa molestándome, inconsciencia, conciencia, sigue recordándome mis errores, sigue diciéndome que me equivoqué.
- Sí, dime todos los días, te escucharé. Pero nunca olvides que la luz, el amor y la libertad hacen justicia.
- Sí, me equivoqué, aquí estoy para ser juzgado, para ser calumniado como tú me calumnias, me acusas, me juzgas.
- Sí, aquí estoy, enfrentándome al tribunal del amor, al tribunal de la libertad y al tribunal de la justicia.
- Sí, me equivoqué, pensé que el rojinegro llevaba el corazón de la libertad en el mundo.
- Sí, puede ser que me equivoqué. Pero yo, el campechano como me llamas, el estanciero como saben decirme, el Sancho Paramero, como algún gran caballero de la palabra cervantina, estoy haciendo esfuerzos en el Parque de los Recuerdos junto al árbol de novelas y junto a Sabina, la sabia anciana del pueblo mexicano. También estoy aprendiendo de Taita Marcos Guerrero la verdad de la Inmaculada, la verdad de María de Magdala, la verdad de la mujer más bella del universo, María, la que fue escogida por el niño de Belén.

Mi encuentro con el misterio

- Sí, ahora estoy con ellos. Y si crees que estoy equivocado, preséntame ante el panteón de los inmortales donde estarán el abuelo Nietzsche, el abuelo Marx, Paracelso, Merlín, y donde en ese tribunal gobierne el Absoluto. Ahí me presentaré, estoy dispuesto a pedir una vez más perdón por mis errores, mis fallas y mis diatribas.
- Sí, estoy convencido de que siempre he alzado la frente llevando la palabra de libertad a mi pueblo. Tal vez algún día lo equivoqué todo, sí, pero me equivoqué, confundí, pero sigo amando, sigo fortaleciendo mi libertad, mi espíritu. Hoy estoy convencido como nunca, aunque tú, inconsciencia, me molestes. Hoy estoy convencido de que el amigo que nunca falla, el que siempre dice a la gente “cuenten conmigo”, el que te está diciendo en este momento a través de ese niño que no te vayas, majadero, te está diciendo a ti que eres un iluso pagano que creyó que Aristóteles, Sócrates y Kant estaban habitando en tu cerebro. Cuán equivocado estabas. Ni siquiera la diatriba más inofensiva de Eugenio de Santacruz y Espejo está resonando en tu mente. ¡Escúchame bien! No has sido más que la caja de resonancia de algunos

profetas del paganismo, solo un ateo más. ¡No! No olvides, tú, la inconsciencia, la que me estorba y fastidia, escucha a ese niño. Quitá, al menos, la razón de tu estupidez y enséñate en humildad a escuchar la palabra de la inocencia, la palabra de la humildad, la palabra del niño. Escúchalo, escucha al niño. Desde niño supiste y sabes, inconsciencia, cuán agradables son los niños, cómo los ratones, los gatos, las aves, todos se acercan a los niños por una sola razón. Y aunque te duela reconocerlo, recuerda que cuando era niño, eran mis amigos los que me llevaban a oír la matraca, allí iba la luz del Evangelio.

La entelequia y tu grandilocuencia dialéctica

Mira, tienes que ser muy claro. Anoche dejaste al niño con la boca abierta mientras hacías las misiones, confundido, pensando que eres y siempre has sido cristiano. Él cree y está convencido, así te lo manifestó, de que ¿por qué te vas? ¿Por qué te retiras? Debes seguir llevando el mensaje del Evangelio, debes hablar del resucitado, debes continuar caminando hoy con el mensaje que el Creador da a sus hijos. Él está llorando allá en la esquina, en la quebrada, donde dicen que aparece el duende según la gente de Paquibúg. Pero claro, ¿qué vas a saber tú de eso? Tu arrogancia, tu prepotencia y tu supuesto conocimiento de la dialéctica no te permiten entender que lo que el niño quiere, manifiesta y pide es lo que su pueblo añora. Hace mucho por aquí también pasó Fray Jodoco Ricke,

el misionero franciscano que trajo el trigo, el mismo que fundó el colegio de artes y oficios, cuyos guerreros fueron los estudiantes de ese establecimiento. También estuvieron gloriosos caciques y bondadosos guerreros de tu pueblo como García Tulcanaza y el cacique Henao. Pero aquí estás como misionero, disfrazando tu verdadera vocación, confundiéndote o mintiéndole a la gente, aprovechándote de su inocencia, utilizando La Biblia, el libro mayor para los creyentes en Jehová. Les has falsificado o no te das cuenta o acaso tu miedo, tu inmisericordia, tu necedad no te permiten ver lo que estás haciendo. Te repito, el niño te está esperando en la quebrada donde aparece el duende. Tienes dos opciones, como pensaste anoche: te vas corriendo ya que no entiendes la capacidad del Misterio que ronda este pueblo, el pueblo del centro del Ecuador y el que heredó el país de los Quitu-caras, la Real Audiencia de Quito y lo que algún día se pensó ser el Tahuantinsuyo. Este pueblo de Chimborazo, donde se han levantado muchas protestas, en Culumbe, Guamote, aquí en Colta, y allá por San Andrés, hijos del Taita Chimborazo, Mamá Tungurahua. Pero tu razón, tu entelequia y tu grandilocuencia dialéctica, como dirías tú, no te permiten entender el animismo de los pueblos tradicionales, ancestrales o primitivos, como llama tu amigo el antropólogo de alcoba. Ese

Mi encuentro con el misterio

que te ha envenenado el cerebro haciéndote creer que los pueblos del mundo, que siguen desarrollando los modos de producción domésticos y que viven junto a la manigua, la mar, otros junto a la anaconda, el otorongo, el puma negro y en sí la selva, esperan que Arutam descienda y los libere junto al Misterio de su sueño. Estos mismos pueblos, ¿crees que son primigenios? ¿Que tienen una conciencia pre-lógica, como niños apenas capaces de balbucear, incapaces de diferenciar entre el mono y el hombre, y por eso se resisten a creer que el orangután Darwin dialogó con las iguanas, las tortugas, los pescados y todos los seres de las Islas Galápagos? Sí, crees que nuestros pueblos están tan atrasados, los pueblos de Abya-yala, los pueblos de piel roja, para entender tu forma de comprender la sociedad desde tu dialéctica, desde tu famoso materialismo que ni siquiera has entendido tú mismo, pues te haces un nudo cuando lees el Ethos barroco y quieres comprender desde ahí la plusvalía, el plusvalor, la mercancía, el valor de uso, el valor de cambio. ¡Te confundes! Claro que te confundes, simplemente te has acostumbrado a leer libros, a veces a cogerlos y ponerlos debajo de la almohada, especialmente hiciste eso con los tres tomos de El Capital de Carlos Marx, para creer que por osmosis te penetraría en lo más profundo de tu ser y

te liberaría de tanto dogma de fe, católico, cristiano, judío o grecolatino. Sí, te hablo como tú-el alter ego, para otros soy el súper yo, o soy el espíritu, tú te estás negando, creyendo que te has puesto a descansar en esa banca del parque de Paquibúg, donde los pájaros trinan en amanecida, como está sucediendo ahora mismo y te están llamando a que escuches, porque ellos son los ecos del resucitado. Pero tú cierras los ojos, pensando que en algún momento vas a despertarte de semejante pesadilla que te provocó el arroz con fréjol que te dieron anoche los indígenas aquí de Paquibúg, después de levantar el informe pertinente en el diario de campo que sabes llevar y que compartes con los indígenas, a los que para ti son explotados campesinos, aliados del supuesto proletariado, como dirás tú. Y claro, hay que encantarlos y simplemente acercarte desde su ritualidad, desde su entendimiento y hacerles creer que Jesús está vivo y anda por los chaquiñanes del barroco andino. Tú no te apuntas a eso, pero debes usar “la teoría marxista” como buen dogmático, buen inquisidor del ateísmo. Debes usar todas las herramientas para destruir la conciencia pre-lógica de los pueblos oprimidos del Ecuador. Así lo dices tú, pero te digo, yo soy tu alter-ego, tu conciencia, tu súper yo, tu espíritu. No estás en una pesadilla, ni siquiera estás ensoñando. Estás enfrentando una dura

Mi encuentro con el misterio

realidad y por eso debes tomar una decisión: o renuncias a tu forma de entender y aprendes a amar el misterio del mundo andino, o te vas de aquí y regresas al mundo de la cobardía, de donde nunca debiste salir. Solo en ese mundo te explicarás que la dialéctica, como dogma de fe, te permitirá armar cualquier esqueleto estructural que quieras potenciar, creer, entender la realidad de tu país y cambiarla. Estás muy equivocado. Debes viajar a todos los rincones de los pueblos ancestrales del Ecuador, de los pueblos mestizos, montubios, afros y de todos los pueblos que habitan en el Ecuador. Caminar por sus decisiones, sus propuestas, sus mundos mágicos, sus mundos espirituales, sus cosmovisiones, sus entendimientos, sus saberes, sus prácticas y costumbres. Ahí, recién podrás entender. Obviamente, debes colgar tu dogma de fe, digno de un buen inquisidor como eres tú, para salir libre, sin prejuicios mentales, sin prejuicios intelectuales y abrirte al conocimiento silencioso que te van a brindar todos los pueblos que estás visitando, aprovechando la buena fe, la buena voluntad y el cariño de Leonidas Proaño y de sus hermanos los indígenas aquí de Chimborazo.

El amigo que nunca falla

—Mire, amigo, usted mismo me ha dicho que el Misterio de la Agonía y el Misterio de la soledad van juntos siempre y cuando el muerto o el desheredado o descerebrado cabalga en la Parca del Silencio. A ver si le entendí, usted me dice que hace miles y miles de años descendió en el universo el abandono, la soledad, gobernados por la Parca del Silencio. La misma que cabalga sobre el unicornio nacido del sol negro, esa Parca del silencio que lleva en su espalda, en el lado izquierdo, la soledad, y en el lado derecho el vacío. Lleva en sus bolsillos la solitariedad y al mismo tiempo hace que en sus manos se sostenga la tristeza, la agonía, el dolor y la inocencia de los cadáveres que quedaron en Biafra, en Nicaragua, Venezuela y en el monte de los Olivos, allá por el antiguo Jerusalén. A ver si puedo entenderle, usted mi querido gran amigo, Gabriel Candela, me dice que toda esta expresión que emana la

Parca del Silencio, la misma ama y señora del Misterio del Sol Negro, la misma que cabalga en el unicornio negro, que proviene del mundo de lo oscuro, ella anda recogiendo a los ilusos paganos que defendemos la racionalidad aristotélica, que proclamamos la dialéctica post-Kantiana y que sostenemos que el privilegio de los proletarios se da en el haber aprehendido la praxis del marxismo y la sustentación del Ethos realista, transformado en la historia que hace que el proceso evolutivo de la sociedad avance hacia el camino de la utopía. Otra vez le pregunto, ¿me dice usted que la Parca del Silencio nos anda cazando, nos anda buscando, nos anda persiguiendo con su guadaña a todos los soñadores utópicos que viajamos por el sendero rojo y que vamos vestidos de negro como buenos anarquistas, porque no creemos ni en la autoridad, ni en el poder, ni siquiera entendemos el conocimiento de la racionalidad neo-kantiana? O yo me contradigo o explíqueme usted. Ni soy anarquista, ni soy neo-kantiano. Le repito, por lo tanto, la Parca del Silencio no me perseguirá porque yo sí soy hijo de la dialéctica, hijo del pensamiento marxista, hijo de la revolución, nacido en mayo del sesenta y ocho y en combinación del pacifismo que se encarna en el hippismo estadounidense. Sí, de ahí vengo, aunque le parezca raro. Soy León Felipe, pero le cuento, ninguna de mis apreciaciones, ninguna de mis entelequias y ninguna de mis afirmaciones tienen nada que ver con lo que usted me está

Mi encuentro con el misterio

diciendo. Y otra cosa, usted también en esta conversación que venimos desarrollando desde que salimos de Tulcán, me decía que se ríe de la Parca del Silencio, se ríe de la utopía, se ríe de las elucubraciones neo-estructuralistas y, peor aún, se carcajea del constructivismo social. Puede ser que tenga razón, pero eso no le da derecho a que usted se burle de la Parca del Silencio, la que usted cree que existe. Yo no creo en eso. Creo lo que veo. Para mí las cosas son objetivas, prácticas y las siento con mis cinco sentidos. Cuando genero dudas y dificultades y me encuentro con el error, transformo mi cerebro en unidad de la razón, en unidad de la lógica. Me acompaño de la dialéctica para poder desarrollar desde mi praxis social el entendimiento de la dialógica, de la ipseidad y de la identidad de dónde vengo. Y de la identidad en unidad de la alteridad. O sea, yo entiendo, comprendo y analizo que la dialéctica es la praxis de la teoría y la reflexión de lo social en el mundo de la utopía. De lo contrario, sería afirmar el dogma que usted maneja cuando dice que uno de estos momentos aparecerá “el amigo que nunca falla” y le permitirá sin ninguna dificultad llegar a nuestro destino.

—Disculpen señores, buenas noches. Quiero que me hagan el favor y me presenten sus documentos, todos por favor.

—Sí, señor, está bien. Siga nomás. Ah, usted es colombiano, interesante. Supongo que tiene su pasaporte.

Luis Felipe Vásquez Narváez

—Sí, señor.

—Ah, entiendo. ¿Usted es de Palmira, Valle?

—Sí, señor.

—Siga nomás. Está en orden. Su esposa, ella, del Valle.

—Sí.

—Usted es la esposa, supongo.

—Sí.

—¿Usted es de Cali?

—Claro, correcto.

—Ahhh ya, también está en orden.

—Sí.

—Joven, a usted me refiero, joven, usted de pelo largo con esa camisa negra.

—Sí, señor.

—Y con esa chompa roja. Sí, a usted mismo me refiero. ¿O no me sabe escuchar? Me presenta sus documentos, por favor. Su cédula, su pasaporte. Usted, joven, ¿de dónde es?

—Yo soy de Tulcán. ¿De dónde más cree usted que soy?

—Ah ya entendí. La forma suya de hablar da para saber que es de Tulcán. No se me ponga bravo, jovencito. Muéstreme sus papeles.

—Ah, usted es León Felipe. Qué bien, ah ya, viene de Vasco y es de Navarra. Qué interesante. Ah, usted es misionero.

—No, un momentito, yo no soy misionero. Aquí se han equivocado. Lo que pasa es que algún día alguien equivocó el documento y en

Mi encuentro con el misterio

vez de ponerme Masón me puso misionero. Porque no entendía, creo. Masón es una fraternidad y misionero es un ser que anda llevando el mensaje de no sé quién. Sabe que un amigo que tengo anda diciendo que misionero es el que lleva el mensaje de Jesús. No, no, ni se le ocurra pensar eso.

—Tampoco se me ponga bravo. No es para tanto. Lo único que hago es preguntarle sobre sus documentos. Se ve que está en orden. Siga nomás.

—Espere un momentito, joven. Antes de que yo pueda continuar pidiendo los documentos a los señores pasajeros y señoras o señoritas pasajeras, aquí hay un espacio vacío. Es muy raro a estas horas, ocho de la noche. Al pasar por aquí este bus siempre está lleno. Le voy a pedir un favor. En cinco kilómetros hay un policía que estará alzando la mano. Y le ruego a usted, ya le voy a decir al señor chofer también, que por favor me reserve ese puesto para que el señor policía que alce la mano, usted juntamente con el señor chofer, se pongan de acuerdo para que nadie más lo ocupe. Le cuento, este asiento está vacío.

—¿Está vacío? Usted está mal o me perdona, señor autoridad. Está aquí mi amigo Gabriel Candela.

—¿Qué está un señor de nombre Gabriel y de apellido Candela? Me parece extraño. Aquí

no veo ni siquiera una llama, peor candela. No quiero ofender. Está absolutamente vacío, señor. Lo que pasa es que usted anda cargando un libro. Tenga cuidado. De ese libro. Usted sabe, está en este país, donde no es permitido leer cualquier cosa. Peor aún, que pretenda destruir el Estado del Ecuador. Este país es democrático y republicano, caballero. Y sepa bien, este país es un país soberano. Tiene una autoridad. Y todos los ecuatorianos como usted deben sujetarse a la norma que dicta la sociedad. Por lo tanto, debe obedecer absolutamente a la Constitución y al orden jerárquicamente constituido. Y lo que le veo que está leyendo, aunque pretenda esconderlo, si algo he leído yo ahí dice “Mi vida” de León Trotski. Sí, yo sé quién es ese señor. Le ruego, por favor, no me siga mostrando ese libro porque me puedo poner bravo. Y como tengo autoridad, lo puedo detener y llevarlo al calabozo, donde se encontrará con sus compadres, amigos o camaradas, como les saben decir ustedes, a cuanto badulaque, malcriado y majadero pretende destruir esta democracia. No molesto más y por favor, cállese y no me responda. El puesto está vacío.

—Sí, señor.

—El siguiente. Ah bien, sus papeles. ¿Usted es chileno?

—Sí, señor, soy chileno.

—¿Qué hace usted por este país?

Mi encuentro con el misterio

—Vine en calidad de negociante. Su país es muy hermoso. Voy acá a la ciudad blanca de Ibarra y creo que están en regla mis documentos.

—Sí, señor, siga nomás. Bueno, señores, una buena noche. Espero que tengan un buen viaje.

—Qué me pasó a mí, estoy mareado o alguien me dio burundanga o entré en una confusión con mi propósito de entender lo que usted decía antes, sobre la Parca del Silencio. Hice tanto análisis en mi cerebro que creo que mis neuronas se alteraron y todo se confundió. Lo único que vi, entendí y comprendí es que subió una autoridad pidió documentos y hoy lo veo aquí a usted, Gabriel Candela, sentado. El señor, cuando vino a ver los documentos, no lo encontró a usted. Yo sabía y estoy convencido de que usted no tenía documentos. Usted está de visita a este, mi país, y yo soy su amigo o pretendo convertirme en su amigo, pero no alcanzo a entender por qué usted me hace estas jugarretas. En qué momento se paró y se fue al baño y se burló de la autoridad. Le cuento, la autoridad se puso ofendida cuando yo le dije que usted estaba aquí y le señalé, “Gabriel Candela”, y él se mofó diciendo que ni siquiera hay una vela, peor persona alguna, y me había estado mirando el libro del camarada León Trotski, “Mi vida”, y me dijo que mejor me callara o si no, me podría llevar a la cárcel.

—León Felipe, no se preocupe. Usted es un buen amigo o así lo siento yo. Le agradezco su preocupación. No, no me fui. Lo que pasa es que el Gran Espíritu, el Padre Creador, Jesús, el amigo que nunca falla, cerró los ojos a la autoridad para que no me vean, pero usted sigue neciando, insistiendo que las cosas son lógicas, prácticas y se comprenden desde la racionalidad de la lógica aristotélica y desde el propósito mayor del pensamiento dialéctico. Para usted así ha de ser, vuelvo y le repito, el amigo que nunca falla se expresó.

—Una vez más, amigo Gabriel Candela, no le permito que venga a quererme ofender con el dogma de fe suyo y hacerme pensar que usted desapareció o que el señor se encegució y no vio que estaba el asiento ocupado, además él dijo que en cinco kilómetros va a alzar la mano un policía y que él se subirá para ocupar este puesto vacío. A propósito, mire está parándose el carro, sube el policía, ¿se da cuenta?

—No es policía, joven amigo, León Felipe, no es policía. Mírelo, quién es.

—Ah, no. Yo, lo único que veo es... ¡Cómo! ¡No puede ser posible! El señor, la autoridad vino y dijo que en cinco kilómetros está un policía, que alzará la mano, y me pidió también que yo, en coordinación con el chofer, le guarde este puesto vacío. No entiendo, señor, un momentito antes de que pase el señor acá adelante.

Mi encuentro con el misterio

—¿Qué pasó?

—Este puesto, usted ve, no está vacío. La autoridad que subió hace cinco kilómetros me dijo que iba a subir un policía que ocupara el puesto. Y como no me dejó explicarle lo que yo estaba haciendo y él mirando, por lo tanto, no pude insistir y comprobarle que este puesto estaba ocupado. Pero bueno, así será. Este puesto está ocupado, así que, por favor, no sé quién será el señor. Lo único que veo es un tipo con túnica, pelo blanco, flaco, con unos ojos que no entiendo, porque me mira, parece que me estuviera escudriñando mi conciencia y se ríe junto con mi amigo.

—No se preocupe, señor, siga nomás, maestro.

—Maestro Jesús, bienvenido. Se lo presento a León Felipe. Él es mi amigo. Yo le había estado contando de su persona, pero él es muy inocente, es muy pensante, cierto es, a veces dialoga con la dialéctica, otras veces se va por el mundo de la praxis marxista y nunca quiere que se le haga saber de su majestad, de su sabiduría y de su entendimiento.

—Verá, señor, dicen que usted se llama Jesús, así ha de ser. Lo único que sé es que hace dos mil años, en la tradición judeocristiana de la que trajeron los españoles cuando nos conquistaron a nuestros pueblos, nos dijeron que había nacido en Jerusalén un niño llamado

Jesús, creció y se reveló contra la sociedad. Fue el primer revolucionario que existió en el planeta. Quisiera yo conocerlo a ese ser, porque lo seguiría, porque él optó por los pobres, acabó con la tiranía romana y potenció la sabiduría del sencillo, lo mismo que el viejo Marx optó por los pobres y les dijo: “Proletarios del mundo, uníos” y planteó que la única sociedad que tendrá el privilegio de probar a todos los seres humanos es la sociedad socialista, lo mismo que el señor o maestro Jesús de Nazaret, así le dicen, así nos enseñaron. Claro, yo eso lo comparto en la medida que Jesús es un humano. Por lo tanto, el primer revolucionario. De ahí a que sea hijo del Creador como dicen o del que ha venido del cielo, eso ya lo dejo para el dogma, para el atraso de los pueblos incivilizados y para la verdulería de las órdenes religiosas, de las que nos han dominado durante quinientos o más años en América Latina.

—No sé por qué usted se asusta, joven. ¡Sí! Yo soy el maestro Jesús. Lo único que le quiero decir es que un día, cuando usted se humille, cuando usted calme su orgullo y su vanidad, y cuando se enfrente al amor de una mujer o cuando se enfrente a la muerte, a la Parca del Silencio, como dice mi amigo Gabriel Candela, ahí usted sabrá que Jesús es su amigo. Yo nunca juzgo, ni cuestiono, ni critico. Bien por usted que sea un teórico, un conocedor y un sabedor

Mi encuentro con el misterio

de la sociedad estructurada en clases. Supongo que seguirá al famoso orangután Darwin, el que anda diciendo en el mundo que todos los seres vienen del mar y descienden del árbol de novelas. Puede ser que sí, todos tienen su manera de decir, todos tienen su forma de hablar igual usted, joven. Yo Soy el que Soy.

—Gabriel, Gabriel.

—Qué pasa, León Felipe. Tranquilo, no se preocupe.

—Yo estuve soñando o no sé. Se supone que ya pasaron los cinco kilómetros. Claro, ya pasaron. Subió un señor con túnica y me dijo unas cosas bien raras y todavía me dijo que era Jesús. No entiendo y usted roncando y yo me quedé dormido. Espero que haya alguna cosa que usted me sabrá explicar.

—León Felipe, no hay que explicar nada, hay que sentir. El amigo que nunca falla se le presentó. Algún día entenderá.

El encuentro con los sabios del barroco

—Buenos días, señor, ¿me podría decir por favor dónde queda la casa hogar Santa Cruz? Dicen que caminando en línea recta unos cinco kilómetros por aquí, se puede llegar. ¿Es cierto, señor? ¿Podría decirme?

—Mire, joven, lo veo vestido de manera peculiar: pelo largo, boina... Parece uno de esos señores o señoritas, porque también hay señoritas, que vienen con pelo largo, chanclas y bolsos otavaleños. Siempre andan buscando al obispo Proaño para unirse a su labor, a su forma de actuar, a su estilo de trabajo junto a los indígenas de Guamate, Paquibúg, San Andrés, y todos lados donde hay indígenas en Chimborazo, Colta, Columbe... Así dicen. Sí, señor, si usted camina cinco kilómetros en línea recta —pero escúcheme bien, en línea recta—,

a unos dos kilómetros encontrará un puente. No se preocupe por el puente, continúe recto; el puente cruza un río, como es obvio, pero si usted toma a la izquierda sin darse cuenta —a veces ahí confunde el puente, mareado o confundido— entrará en una dimensión desconocida y no saldrá de ahí. Escúcheme bien: siga en línea recta. Cuando esté cerca del puente, le sugiero que simplemente cierre los ojos, se encomiende al Creador y diga: “Dios bendito, ayúdame a cruzar este puente y este río sin dañar mi mente ni mi espíritu, para poder hablar con el obispo Proaño”. Si hace lo que le digo, podrá llegar a la casa hogar Santa Cruz; de lo contrario, le advierto que entrará en la dimensión desconocida. Que tenga una buena tarde, señor. Qué pena, sí señor, una buena tarde.

—¿Por qué dice “qué pena”? Le voy a decir algo, señor. Gracias por las indicaciones, pero eso no me interesa. Soy ateo, no creo en Dios, no sé de las cosas que usted me dice que repita o memorice. Yo seguiré, gracias de todos modos. Entendí lo que me dijo. Si quiero hablar con Proaño, con Monseñor Proaño, es para entender por qué los indígenas confían en él, sabiendo que siempre han sido explotados, ofendidos con látigo y cruz. Los explotaron, los convirtieron en mitayos y ahora siguen a un obispo que supuestamente trabaja para ellos. Eso quiero

Mi encuentro con el misterio

comprobar. Vengo de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador y quiero encontrar al obispo para que me aclare desde un punto de vista filosófico o ideológico el sentido de su trabajo. No puedo comprender qué pretende este obispo al convencer a los indígenas de que se sometan mansamente al concierto y no olviden la colonia.

—Tenga cuidado, joven, no sabe de lo que habla. Usted y esas señoritas que vienen con esas vestimentas, de ateos, no creyentes, olvidan que la humildad y la sabiduría conducen a la verdad. Cuide lo que dice, joven, y que le vaya bien.

—Este caballero me va a retar. ¡Ja! Soy estudiante del materialismo dialéctico, lo cual implica que entiendo la ciencia, el pensamiento y el conocimiento. Soy eminentemente objetivo y práctico. Ninguna confusión llenará mi cerebro, y menos aún supersticiones como cerrar los ojos e invocar a lo que llaman Dios. ¡Ja! El señor está muy perdido. Superé esa etapa siendo muy joven, cuando entendí que la conquista trajo el evangelio y la cruz. La cruz para infundir temor, junto con la espada, y el evangelio para explotar su conciencia y someterlos. ¡Ja! ¿Ha visto lo que está pasando? No entiendo. Veo el puente, pero hay una niña. Bueno, sigamos.

—Disculpe, señor, ¿me podría hacer un favor? Me perdí. Mi mamá me pidió bajar al río a traer agua y recoger moras para el jugo de la tarde. Pero ya pasó una hora y no aparece. A veces las personas se pierden. ¿Podría ayudarme, por favor?

—¿En qué puedo ayudarte, niña? Sería un gusto ayudarte. Eres muy inocente y crees en cosas que no son reales. ¿En qué te puedo ayudar?

—Si usted pudiera tomarme de la mano y llevarme hacia la izquierda, bajamos por esas escaleras por ahí, vamos al río y tal vez encontremos a mi mamá conversando con el duende. Ella es muy bonita, tiene los ojos muy grandes y el pelo largo. Dicen que a veces el duende se la lleva.

—¿De qué estás hablando, niña? Yo puedo ayudarte a cruzar aquí. Vamos hacia la izquierda y bajamos al río. Ahí encontraremos a tu mamá, supongo que estará jugando, escuchando música. Probablemente esté escuchando cualquier música, como un pasillo, qué sé yo, algo típico. A ustedes les gusta Julio Jaramillo, a la gente pobre, digo, a aquellos que intentamos convencer para que no escuchen eso. Deberían escuchar más bien a Silvio Rodríguez, Pablo Milanés y cosas interesantes que los eduquen.

—¿Qué dice, señor? No le entiendo.

—No te preocupes. No es bueno que me

Mi encuentro con el misterio

entiendas. Ya crecerás y te darás cuenta de que lo que te han contado es una farsa y una mentira.

—¿Mi mamá miente, me está diciendo?

—No digo eso. Solo que lo que te han contado no es real, no es cierto. Mira, bajemos, niña.

—¡Qué inteligente crees que eres, jovencito! Te das cuenta a quién tomaste de la mano. No soy ninguna niña, jovencito. Soy la mismísima Ondina de este río, la que hace caer a los incautos, especialmente a los que se creen sabios, inteligentes y piensan que el conocimiento que dicen haber aprendido les permitirá superar la magia, el mito, las leyendas, los casos y todo lo que ustedes, los inteligentes, clasifican como oralidad, tradición de los pueblos primitivos y ancestrales. Estás muy creído y convencido de que te encontrarás con un señor llamado obispo Proaño. Ten cuidado cuando confíes en tu mente; a veces es necesario dudar de la razón y entender que la lógica aristotélica no siempre te llevará a donde crees con tu conocimiento. Lo que dices es verdad. Hoy estás en mi mundo y solo aprenderás lo que yo quiero que aprendas, aunque tu abuso de confianza, orgullo y vanidad te hayan convertido en un ser prepotente, malcriado y grosero. Crees que cuando me transformo en niña soy incapaz de entender lo que dicen los adultos. ¡No, señor! Puedo ser niña y también Ondina cuando quiero. Viajo

por el río y salgo al mar para transformarme en sirena. Eso no lo entenderás, porque tu racionalidad no te lo permite. Claro, habrás leído a los maestros que niegan a Dios, esos que martillean en Alemania diciendo que Dios ha muerto y que el humano ha conquistado el planeta. Sí, es bueno que ustedes los humanos hayan conquistado el planeta. Ojalá lo cambien, porque cuando era gobernado por el Misterio, la magia, era y podría ser aún más bello cuando estaba en el mundo sutil de la ironía, del arte, y sobre todo cuando venían por aquí los simples, paganos e ignorantes como usted llama a nuestros mayores, los sabios ancianos y ancianas del pueblo panzaleo. Aquí venía a danzar Rumiñahui, a conversar con Atahualpa, a encontrarse con la princesa Quilotoa que dejaba de ser laguna en Cotopaxi, transformándose en la danza que organizaban y convocaba a todos los animales. Yo era la preferida de Atahualpa, él sabía cantarme, poetizarme y me llevaba a los viajes más inhóspitos para conocer el vasto territorio del imperio de su padre. Él me hizo conocer el Cuzco y me explicó que algún día vendría un joven tratando de destruir la sagrada actitud del incario, creyendo que con su dialéctica podría acabar con lo que él llama superchería. Qué equivocado estás, joven. No te permitiré escuchar más de lo que necesitas. Por favor, cállate, cierra tu mente y abre tu

Mi encuentro con el misterio

espíritu, que está en medio de tus dos ojos, tu tercer ojo, el ojo del poder, del conocimiento silencioso. Aprenderás, aunque te duela. Algún día entenderás que el camino al Absoluto comenzó hoy. Padre Creador, Padre Eterno, Padre de bondad y luz, te entrego a este hijo para que lo formes, lo eduques, lo liberes de tanta racionalidad, teoría, entelequia y absurdo. Implanto en él el espíritu de humildad y sencillez. Te lo entrego para que algún día pueda hablar de ti con estas frases, las cuales llevará en su memoria.

- Solo aquel que camina por el río sin hundirse iluminará el sendero rojo.
- Solo aquel que camina por el silencio llevando los ecos de la sabiduría podrá alcanzar el mérito de la luz.
- Solo quien camina por la sutileza de la música en armonía con el arte, potenciando la bella armonía de Mosa, entenderá que la estética ha evolucionado al mundo del Barroco.
- Solo los seres que comprenden que el arco iris se ha trasladado al misterioso mundo del arte, donde sus colores dan vida a los girasoles, hacen relinchar a Rocinante y hacen sonar los molinos de viento para que Quijano pueda lograr, en sus sutilezas y diatribas, el mundo de Dulcinea.

- Solo quien encuentra paz interior al doblegar su cerviz y penetrar en lo más profundo de la caverna a la izquierda de este río, donde contemplará la Idea, podrá comprender que la proyección de esta Idea hará posible la existencia del mundo mágico.
- Cuando tú, joven, entiendas que la estética reside en la armonía, sutileza, belleza, locuacidad y, sobre todo, en la flexibilidad del canto gregoriano.
- Comprenderás que el Absoluto se manifiesta cuando veas, comprendas y analices que la duda tiene el potencial de destruir cualquier teoría y entelequia en tu cerebro.
- Cuando entres en el abandono, comprenderás la sabiduría del silencio.
- Solo cuando armonices tu sencillez, entenderás que el amor por la sabiduría no te ha abandonado.
- Aunque te parezca extraño, vienes buscando encontrarte con el obispo Proaño. Antes de entrar al lugar donde él habla, comprende y analiza la teología indígena y guía en unidad a los chamanes, chamanas, hacia el mundo de Jesús, el resucitado. Podrás ir a ese mundo siempre y cuando pases por la sencillez de este lugar.

Mi encuentro con el misterio

- Cuando aprendas a respetar la humildad del campesino, el silencio del canto gregoriano y la bondad de la carcajada lúdica, podrás limpiar tu raciocinio y comprender que no solo la lógica aristotélica ni solo la hermenéutica de tu disquisición potencian el mérito de la simplicidad.
- Una vez más, tienes que quedarte aquí, aunque te duela. Te repito una vez más, tienes que quedarte aquí, aunque te duela, el tiempo necesario para que tu orgullo sea destruido, tu vanidad se acabe y aprendas a llenar el conocimiento con amor, alegría, verdad y justicia.
- Solo cuando comprendas que, en el silencio de esa caverna, donde reside la Idea junto a la Ironía, podrás sentarte hoy y siempre hasta que comprendas que la humildad gobernará tu mente. Lo único que encontrarás en esa caverna, junto a la Ironía y la Idea, es un libro: el libro mayor que usaban los templarios en su lucha contra lo oscuro, que utilizan los rosacruces para construir el poder sagrado del misterio. Ese libro, te lo cuento y te lo digo, se llama la Biblia. Cuando la entiendas como lo hizo Ezequiel al recibir el mensaje del Absoluto, entonces estarás preparado para trasladarte al mundo de Monseñor Leonidas Proaño.

—Buenas tardes, caballero. Me perdona y le pido al mismo tiempo disculpas. ¿Por casualidad usted conoce dónde queda la oficina de Monseñor Leonidas Proaño?

—Oficina dice usted. Él no tiene oficina, tiene despacho, caballero. Se llama despacho del obispado, pero eso queda en la ciudad de Riobamba. Usted está cerca de la población de Santa Cruz, donde hay una casa hogar y aquí no hay ni despacho ni oficina. Lo que hay es el lugar donde medita, contempla y hace oración, Monseñor Proaño.

—Disculpe, señor, no sé entonces cómo preguntar. Me va a perdonar, yo no tengo ningún conocimiento de lo que usted me acaba de decir. Usted entenderá que yo no creo en Dios, no creo en eso que usted dice: oración, meditación, contemplación. No tengo la menor idea a lo que se refiere. Lo único que sé es que quiero hablar con el obispo Monseñor Leonidas Proaño. Así me indicó un señor que es muy amigo mío y me dijo que podría yo hablar con ese obispo para entender por qué él habla de la teología indígena y por qué habla de Jesús haciéndoles creer a los indígenas que el resucitado, como señala mi amigo, anda por aquí por Chimborazo, haciéndoles creer que Jesús descendió por los humildes y los pobres. Yo personalmente no creo eso, pero mi amigo, que es muy respetuoso conmigo, aunque él claro cree en Dios, yo no,

Mi encuentro con el misterio

así me dice. Pero me dijo que sería interesante que yo hable con Monseñor Leonidas Proaño, que él me sabrá explicar por qué actúa así.

—Ummm, usted joven dice que no cree en Dios. Yo ya me había dado cuenta con las fachas que usted tiene: pelo largo, esa boina, esa camiseta roja y ese pantalón negro hacen pensar que usted pertenece a una agrupación de izquierda política, ¿sí? Así me doy cuenta. Yo tal vez entienda por qué quiere hablar con Monseñor Proaño. Si ya le digo, el despacho, la oficina está en Riobamba. Ahí está el lugar donde él se retira en soledad para hablar con el Misterio. Creo que usted sí me entiende, joven, porque lo veo cargado un bolso donde se mira, se entiende que lleva libros, por lo tanto, es una persona educada, supongo estudiosa y entonces no es necesario creer en Dios para entender lo que es meditación, contemplación, joven. Así que no busque la quinta pata al gato y tampoco se declare ignorante de algo que en su conocimiento debe existir. Le cuento, si usted quiere ver a Leonidas Proaño, el obispo de los indígenas, tiene que usted cruzar este laberinto y él está en la parte central meditando en compañía de los líderes indígenas y de unos chamanes que han venido de Imbabura, en especial Taita Marcos Guerrero Túquerrez, un líder espiritual del pueblo de los cotacachenses y de los Pastos. Por lo tanto, joven, entre por

este laberinto y le cuento, tenga mucho cuidado de quedarse observando en las bancas que están alrededor, ahí hay muchas personas que suelen confundirlo a uno, llamándolo a que les regale un poco de caridad y otro poco de comida, y algunos le piden de favor que les preste uno que otro poema. No se le olvide, no se quede dando caridad, ni dando comida, peor prestando un poema. Váyase tranquilo y llegue a la última banca, antes de llegar al centro hay una banca, ahí usted encontrará un libro. Tiene que quedarse una media hora revisando ese libro. Para cuando usted haya acabado de revisar, al mismo tiempo se cumplirá la media hora y usted podrá mirarlo de frente al taita Proaño, que él está esperándolo, porque ya sabíamos bajo la lección del vuelo espiritual que anda llevando el mensaje, ese pájaro que usted lo mira al frente que es un Chiguaco, él ya nos anunciaba la venida de un ateo, sí joven, ya sabíamos, siga nomás.

—Sí, gracias, señor. Una buena tarde. Se me olvidaba, me llamo León Felipe, ateo como usted señala, sí señor. Qué pena un buen día. No puedo entender este señor me dice que, en este laberinto, cierto es, allá en la esquina derecha y en la esquina izquierda hay unas bancas, sí hay unas personas insignificantes. Hay una señora que parece que está leyendo algo, pero no tiene nada en las manos. Solo pasa unas hojas

Mi encuentro con el misterio

que parecen estar en un libro, pero no está en este libro, solo se ven las señales, la señora, el movimiento de las manos, lo que la señora ve en los ojos. A la derecha está un señor patojo, que no tiene la pierna izquierda. Se ve que no tiene... raro, es que se está rascando su pierna izquierda, su rodilla sin tenerla o por lo menos eso se me hace ver y está fumando parece ser muy exquisito tabaco de pipa. Lo raro es que ni tiene pipa ni tiene humo, pero percibo. Yo no entiendo, porque lo digo así, siento, percibo que está fumando. La curiosidad hace ciencia, me enseñó mi abuelo y como yo obediente que soy de la sabiduría del conocimiento, me voy a acercar a ver a la señora y burlarme un rato, porque tengo una hora hasta llegar allá donde me dice, me imagino, calculo media hora, media hora para leer ese supuesto libro, que acaso será de oraciones, meditaciones, bagatelas de cristianos. Entonces, yo mejor me ahorro conversando aquí, burlándome y en una hora estoy ahí tranquilamente. Ya encontraré al obispo de los indios, como le dicen por acá los profanos. Disculpe, señora.

—¿Qué le pasa, caballero? Señorita, ¿no se ha dado cuenta que tengo en mi mente, en mi cuerpo y en mi espíritu la castidad absoluta que demanda la sabiduría, la inocencia y la belleza ante el conocimiento silencioso que depara la sabiduría aristotélica? Y usted me viene a decir

“señora”, so malcriado, majadero. Entienda, soy señorita de alta alcurnia, para que lo sepa. Vengo de Gangotena y de Jijón, y usted alevoso majadero, primero tiene que saludar y decirme “noble señorita”, entiéndame bien. Primero dice buen día, segundo dice señorita Caamaño y Jijón. Por cierto, me llamo Margarita Caamaño y Jijón, y le cuento que estoy revisando un libro, cierto es para sus ojos profanos, para su forma de entender las palabras. Creo que no estará a la altura de comprender que, en este libro, la invisibilidad es la reina del decir y del hacer. La invisibilidad solo está dada para los profanos, como su merced que no mira el libro solo ve las señales, las indicaciones y el movimiento de mi mano y el mirar de los ojos de izquierda a derecha. Sí, señor, eso es lo que usted supongo estará mirando, pero como usted por las fachas que tiene, por el abuso de confianza que demuestra, pensará que yo soy cualquier ignorante o cualquier enferma mental que hago ese movimiento de manos para que ustedes los ilusos profanos se rían. Le cuento, joven, ya que está aquí y no sé por qué le permitió Arturo entrar al laberinto, donde solo los iniciados en el conocimiento silencioso pueden transitar. Claro, Arturo, como jacobinista y liberal que es, a veces cree que cualquier iluso puede pasar por aquí y claro, cómo le vio las fachas que usted tiene, pensaría que deviene del pensamiento

Mi encuentro con el misterio

mayor de ese señor que allá en 1848, publicó un libro junto a otro señor que hizo revolucionar al mundo, así dicen. A mí, eso no me interesa. Le cuento para que usted sepa, porque usted con sus fachas me imagino pensará en la dialéctica y en creer que eso es un conocimiento, una ciencia, bagatelas. quiso burlarse, porque así siento en sus ojos, este libro es el dogma mayor que demanda el conocimiento del neo-platonismo que algún rato Platón y su brillante discípulo Tomás de Aquino, en una noche de bohemia, construyeron un libro que para ningún profano puede ser entendido, interpretado y comprendido, ellos desde la luz del Evangelio, cogieron y comprendieron, Platón antes de que aparezca el Evangelio ya lo conocía porque él como iniciado en la Idea, sabía que la proyección de su idea, iba a consolidarse en un libro complejo, que para nosotros los católicos, es La Biblia y que para Santo Tomás de Aquino, que transformó el conocimiento que el recibió, por herencia genética, por aristocracia genética y por estirpe de luz, él recibió el mensaje y construyó la “Suma Teológica”, pero a más de eso, joven, como yo soy descendiente directa de estirpe española y vengo desde la Cataluña a encontrarme acá para poder llevar a estos ilusos hijos de indios, el mensaje de la luz, de la alegría y de la fascinación de los rosacruces, señor, joven le cuento este libro es un compendio, le

repito de la Idea platónica más las disquisiciones profundas y filosóficas de la “Suma Teológica” y aquí lo que va a encontrar, claro sus ojos profanos no le permiten más que su teoría absurda de la dialéctica, la negaría, va encontrar que el silencio ha ido a buscar las notas mayores de la gramática lúdica, construida junto a la banca de don Academus, cuando él dicta las pautas de la poética aristotélica, las pautas de la física aristotélica y ante todo cuando él dicta la forma sublime, sutil y eficaz de la metafísica, pero le cuento, todo eso salió de la caverna gótica, entró en las neuronas más profundas de Santo Tomás de Aquino y al recibir el mensaje del rey David y encontrarse junto al iniciado Jesús, él plasmó en este libro simples frases, que demandan la profunda sabiduría del silencio, el profundo conocimiento del no-ser y ante todo el encontrarse en absoluta quietud, soledad y abandono, ahí como en mi caso podrá entender este libro, lo único que le anticipo joven, cuando llegue a hablar con el obispo de los indios, quizá ahí entienda que para poder leer este libro, tiene que coger una gota de la sangre del dragón del Guaitara, mezclarla con el verso mayor de la poética aristotélica y tomar la ipseidad, oírame bien la ipseidad, del Nor-ande, para que usted entienda que cuando hable con Proaño, él le dirá lo que le estoy señalando y usted ahorita no entiende, cuando esté allá, entenderá que

Mi encuentro con el misterio

ahí tiene que coger todo eso, más un poco de la luz que dan los guerreros imbayas, pastos, panzaleos, quitu-caras, ellos junto a todos los elementos señalados, destruirán la agresión que dicta la dialéctica neo-marxista y todo lo que significan las diatribas del bio-socialismo, ahí usted podrá, escuchar lo que dicte Proaño y al recibir la sabiduría de los ancianos pieles rojas, como así se dicen ellos, tanto como del pueblo Pasto, del pueblo Imbaya, del pueblo Quitucara, del pueblo Panzaleo, etc., usted ahí recién podrá ser digno discípulo del conocimiento silencioso, perdón no discípulo, iniciándose en el conocimiento silencioso, así que por favor, joven si entendió, que bueno, sino entendió me da lo mismo, retírese por favor.

—Me parece extraño, siendo yo todo un estudioso, un estudiante del pensamiento dialéctico. No creo que nada de lo que acabo de oír me confunda. Puede ser que haya sido la pesadilla que tuve anoche, que concuerda con la agresividad de letras e ideas que expresa esta señora. Puede ser, pero no le prestaré atención. Tengo claridad en el conocimiento de la Ideología Alemana, lo que me permitirá entender mejor lo que Feuerbach enseñó a Carlos Marx, junto a Hegel para crear la acción-reflexión-acción. Entiendo que la dialéctica demanda la praxis tanto de la práctica como de la teoría. Además, puedo adentrarme en el

conocimiento más profundo del socialismo, como producto científico avanzado del conocimiento grecolatino. Veamos si este otro caballero tiene algo que decirme. Joven, perdón, señor, ¿me permite un momento para hacerle unas preguntas? He debido marcharme porque tengo una reunión pendiente. Allá en el fondo, en el centro de este laberinto, hay un anciano llamado Carlos Marx, quien, junto a otros célebres pensadores, me está llamando. Ellos pertenecen a un mundo que no entiendo, que dicen que es mítico-mágico. Yo no me uno a esas ideas, pero un amigo me envió a conversar con un señor que, según parece, usted conoce. El señor que me recibió a la entrada del laberinto y esta señora que acabo de saludar me hablaron de alguien llamado Leonidas Proaño.

—¿Que si conozco a Proaño? Bueno, joven, primero, buen día. Segundo, el señor del que usted habla es de Imbabura. Fue formado como sacerdote y también aprendió el arte mayor de los rosacruces. Entendió que la única forma de encontrarse con Jesús es alcanzando el mérito que tuvo alguna vez Rosen Cruz, cuando llevó el mensaje de la luz del resucitado al mundo entero. Este señor Proaño, como usted lo llama, es uno de los iniciados en el conocimiento silencioso. ¿Qué pretende usted con él, joven? Por lo que veo, usted podría ser otro de esos tantos anarquistas, comunistas o socialistas que

Mi encuentro con el misterio

andan diciéndole al mundo que Dios ha muerto. Están tan equivocados que ni siquiera se dan cuenta de que cuando entran a este laberinto, sus mentes se trastornan y creen que están racionalizando, cuando en realidad están viviendo en universos paralelos. Sus mentes no les permiten desestructurar la razón porque, de hacerlo, entrarían al mundo de la esquizofrenia. Claro, como lógicos y racionalistas que son, supongo que usted piensa lo mismo. ¿Creen que les han inyectado algún psicotrópico que alteró su comportamiento y los anuló? Están muy equivocados, joven. Usted ha visto tantas cosas. Usted está observando, comprendiendo y entendiendo tantas cosas que, con su racionalidad aristotélica y su forma de actuar, parece no permitirle VER lo que existe en mí. Usted simplemente ve a una persona con discapacidad, que los profanos podrían considerar ingenua. Que estoy fumando, no, señor. Lo que estoy haciendo es inmerso en la cosificación humana para hacerles creer a los profanos que lo profundo no reside en la disquisición racionalista. ¡No! Lo profundo reside en la sutileza del humo que provoca el fuego sagrado. Lo único que hago es alimentar el incienso que fue depositado por un ser que trajo desde el arca de Noé, que pasó por el templo salomónico y fue depositado aquí. Ese incensario lo tengo yo. De ahí emana el humo,

y soy yo quien debe cargarlo, controlarlo y potenciarlo. Usted, como buen ateo, anarquista o pensador dialéctico, quizás crea que es humo de cigarrillo, tabaco o incluso opio. No, joven. Es el incienso sagrado que trajo Adonaí y que depositó en el arca de Noé. De ahí pasó al arca de Salomón, y de ahí a los templarios, quienes lo llevaron a los rosacruces. Estos lo colocaron en una caverna gótica en el cementerio de Praga. Desde allí vino un mensajero de luz, que para usted podría ser ese Chiguaco que nos observa y me trajo aquí porque, según tengo entendido, desciende directamente de Arturo, aquel que busca en el misterio, el arcano sagrado, el cáliz sagrado. Pero aquí estoy yo. Por lo tanto, joven, no es lo que usted piensa. Permítame anticiparle algo, su majestad Adonaí, el Gran Yo Soy, permitió que usted delirara creyendo que Dios ha muerto, pensando que los seres humanos se vuelven ateos al leer “El anticristo” de Friedrich Nietzsche y que cuando navegan entre las vocales nietzscheanas, pueden alcanzar el mérito del absoluto conocimiento de la razón neo-kantiana. Parece contradictorio, joven. Sí, sé que usted es un buen lector, por sus apariencias y los libros que lleva consigo. Sí, señor, sí, puede parecer contradictorio, pero permítame decirle algo, joven. Adonaí no necesita de ingenuos como usted que lo niegan. No es necesario. Aquí encontrará algo que le

Mi encuentro con el misterio

hará retorcer el cerebro, dañará su razón y desarmonizará su lógica, y alcanzará la paz interior cuando deje de ser orgulloso y vanidoso. Sabe, joven, por aquí también pasó un señor como usted, aunque un poco más educado e inteligente. No estoy hablando mal de usted, joven. No. Era un señor que buscaba, no sé si se equivocó o se perdió, pero le habían dicho que también podría encontrar el río Guayas aquí. Quería encontrar el río Guayas. Le pregunté por qué buscaba el río Guayas. “No”, me dijo, “no es que lo busque. Quiero llegar al río Guayas porque allí hay un libro flotante que quiero encontrar. Al encontrar ese libro”, me dijo, “podré saber que en Guayaquil existe lo más hermoso de la crítica literaria, de la estética neogranadina. Encontraré allí a un anciano mayor que navega en una chalupa, lanzando poesía, vitalidad y música al universo. Cuando encuentre el libro flotante, descubriré la sabiduría de Quijote, dialogando con Quevedo. Cuando encuentre el libro flotante, podré sumergirme en lo profundo del río Guayas y allí tomar lo más hermoso del poeta que fundó Guayaquil, el poeta mayor de los guayasenses, José Joaquín Olmedo, que con su verso hizo temblar al mundo y logró que Guayaquil brillara en el Pacífico. Cuando encuentre el libro flotante, podré aprender a desdibujar el conocimiento que exige la semántica, la

semiótica y, sobre todo, podré extraer de ese libro flotante las consonantes, las vocales y reconstruir el pensamiento de Valencia mientras viaja por el país de Quijano en Andalucía, por la Mancha, llevando el máximo conocimiento de su potencial científico, su posibilidad gramatical y, sobre todo, su poética, forjada en el parque Centenario de Guayaquil, en unión con un poeta perro o del perro poeta que siempre salía de las casas del sano placer bien ubicadas en el sur de Guayaquil, en el Guasmo Sur, donde la alegría se fusiona y se combina con la estética para rechazar el realismo sucio en el Guasmo Sur y en La Trinitaria, donde se encuentra la cloaca, donde se encuentra Cancerbero y la Parca del Silencio. Ahí es donde Valencia debe ir para encontrarse con el poeta loco que se permitió viajar a través de los versos más extensos de Lorca, Machado y, sobre todo, buscar la poética suprema del poeta maldito guayaquileño, Medardo Ángel Silva. Eso es adonde debe ir mi alter ego, llamado Leonardo Valencia, que busca el libro flotante para descubrir que la mayor virtud del poeta es soñar con la estética, trastornar con la locura y llenar de belleza que provoca la fascinación del lirismo y del absurdo. Y permítame decirle, joven, aquí pasó un día un señor como usted, claro, un poco más educado e inteligente, no le estoy hablando mal, no, era un señor que buscaba, no sé si se equivocó o se

Mi encuentro con el misterio

perdió, pero le habían dicho que también podría encontrar el río Guayas aquí. Quería encontrar el río Guayas. Le pregunté por qué buscaba el río Guayas. “No”, me dijo, “no es que lo busque. Quiero llegar al río Guayas porque allí hay un libro flotante que quiero encontrar. Al encontrar ese libro”, me dijo, “podré saber que en Guayaquil existe lo más hermoso de la crítica literaria, de la estética neogranadina. Encontraré allí a un anciano mayor que navega en una chalupa, lanzando poesía, vitalidad y música al universo. Cuando encuentre el libro flotante, descubriré la sabiduría de Quijote, dialogando con Quevedo. Cuando encuentre el libro flotante, podré sumergirme en lo profundo del río Guayas y allí tomar lo más hermoso del poeta que fundó Guayaquil, el poeta mayor de los guayasenses, José Joaquín Olmedo, que con su verso hizo temblar al mundo y logró que Guayaquil brillara en el Pacífico. Cuando encuentre el libro flotante, podré aprender a desdibujar el conocimiento que exige la semántica, la semiótica y, sobre todo, podré extraer de ese libro flotante las consonantes, las vocales y reconstruir el pensamiento de Valencia mientras viaja por el país de Quijano en Andalucía, por la Mancha, llevando el máximo conocimiento de su potencial científico, su posibilidad gramatical y, sobre todo, su poética, forjada en el parque Centenario de Guayaquil,

en unión con un poeta perro o del perro poeta que siempre salía de las casas del sano placer bien ubicadas en el sur de Guayaquil, en el Guasmo Sur, donde la alegría se fusiona y se combina con la estética para rechazar el realismo sucio en el Guasmo Sur y en La Trinitaria, donde se encuentra la cloaca, donde se encuentra Cancerbero y la Parca del Silencio. Ahí es donde Valencia debe ir para encontrarse con el poeta loco que se permitió viajar a través de los versos más extensos de Lorca, Machado y, sobre todo, buscar la poética suprema del poeta maldito guayaquileño, Medardo Ángel Silva. Eso es adonde debe ir mi alter ego, llamado Leonardo Valencia, que busca el libro flotante para descubrir que la mayor virtud del poeta es soñar con la estética, trastornar con la locura y llenar de belleza que provoca la fascinación del lirismo y del absurdo. Y permítame decirle, joven, aquí pasó un día un señor como usted, claro, un poco más educado e inteligente, no le estoy hablando mal, no, era un señor que buscaba, no sé si se equivocó o se perdió, pero le habían dicho que también podría encontrar el río Guayas aquí. Quería encontrar el río Guayas. Le pregunté por qué buscaba el río Guayas. “No”, me dijo, “no es que lo busque. Quiero llegar al río Guayas porque allí hay un libro flotante que quiero encontrar. Al encontrar ese libro”, me dijo, “podré saber que en

Mi encuentro con el misterio

Guayaquil existe lo más hermoso de la crítica literaria, de la estética neogranadina. Encontraré allí a un anciano mayor que navega en una chalupa, lanzando poesía, vitalidad y música al universo. Cuando encuentre el libro flotante, descubriré la sabiduría de Quijote, dialogando con Quevedo. Cuando encuentre el libro flotante, podré sumergirme en lo profundo del río Guayas y allí tomar lo más hermoso del poeta que fundó Guayaquil, el poeta mayor de los guayasenses, José Joaquín Olmedo, que con su verso hizo temblar al mundo y logró que Guayaquil brillara en el Pacífico. Cuando encuentre el libro flotante, podré aprender a desdibujar el conocimiento que exige la semántica, la semiótica y, sobre todo, podré extraer de ese libro flotante las consonantes, las vocales y reconstruir el pensamiento de Valencia mientras viaja por el país de Quijano en Andalucía, por la Mancha, llevando el máximo conocimiento de su potencial científico, su posibilidad gramatical y, sobre todo, su poética, forjada en el parque Centenario de Guayaquil, en unión con un poeta perro o del perro poeta que siempre salía de las casas del sano placer bien ubicadas en el sur de Guayaquil, en el Guasmo Sur, donde la alegría se fusiona y se combina con la estética para rechazar el realismo sucio en el Guasmo Sur y en La Trinitaria, donde se encuentra la cloaca, donde

se encuentra Cancerbero y la Parca del Silencio. Ahí es donde Valencia debe ir para encontrarse con el poeta loco que se permitió viajar a través de los versos más extensos de Lorca, Machado y, sobre todo, buscar la poética suprema del poeta maldito guayaquileño, Medardo Ángel Silva. Eso es adonde debe ir mi alter ego, llamado Leonardo Valencia, que busca el libro flotante para descubrir que la mayor virtud del poeta es soñar con la estética, trastornar con la locura y llenar de belleza que provoca la fascinación del lirismo y del absurdo. Y permítame decirle, joven, aquí pasó un día un señor como usted, claro, un poco más educado e inteligente, no le estoy hablando mal, no, era un señor que buscaba, no sé si se equivocó o se perdió, pero le habían dicho que también podría encontrar el río Guayas aquí. Quería encontrar el río Guayas. Le pregunté por qué buscaba el río Guayas. “No”, me dijo, “no es que lo busque. Quiero llegar al río Guayas porque allí hay un libro flotante que quiero encontrar. Al encontrar ese libro”, me dijo, “podré saber que en Guayaquil existe lo más hermoso de la crítica literaria, de la estética neogranadina. Encontraré allí a un anciano mayor que navega en una chalupa, lanzando poesía, vitalidad y música al universo. Cuando encuentre el libro flotante, descubriré la sabiduría de Quijote, dialogando con Quevedo. Cuando encuentre el libro

Mi encuentro con el misterio

flotante, podré sumergirme en lo profundo del río Guayas y allí tomar lo más hermoso del poeta que fundó Guayaquil, el poeta mayor de los guayasenses, José Joaquín Olmedo, que con su verso hizo temblar al mundo y logró que Guayaquil brillara en el Pacífico. Cuando encuentre el libro flotante, podré aprender a desdibujar el conocimiento que exige la semántica, la semiótica y, sobre todo, podré extraer de ese libro flotante las consonantes, las vocales y reconstruir el pensamiento de Valencia mientras viaja por el país de Quijano en Andalucía, por la Mancha, llevando el máximo conocimiento de su potencial científico, su posibilidad gramatical y, sobre todo, su poética, forjada en el parque Centenario de Guayaquil, en unión con un poeta perro o del perro poeta que siempre salía de las casas del sano placer bien ubicadas en el sur de Guayaquil, en el Guasmo Sur, donde la alegría se fusiona y se combina con la estética para rechazar el realismo sucio en el Guasmo Sur y en La Trinitaria, donde se encuentra la cloaca, donde se encuentra Cancerbero y la Parca del Silencio. Ahí es donde Valencia debe ir para encontrarse con el poeta loco que se permitió viajar a través de los versos más extensos de Lorca, Machado y, sobre todo, buscar la poética suprema del poeta maldito guayaquileño, Medardo Ángel Silva. Eso es adonde debe ir mi alter ego,

llamado Leonardo Valencia, el que anda buscando el libro flotante, para ahí mismo saber que la mayor virtud que tiene el poeta es soñar con la estética, trastocar con la locura y llenar de hermosura que provoca la fascinación del lirismo, la fascinación del absurdo y, ante todo, trastocar sobremanera lo que dijo algún día el famoso crítico y constructor de talleres literarios, Miguel Donoso Pareja, sí, el criticón, el crítico y, ante todo, el esteta de los talleres que generaron confusión en Quito, al creer que solo los doctores en letras podrían producir belleza, al estilo de Quijano, le repito, joven, tal vez lo confunda, pero pienso que usted es lector y, como lector, nunca confunda las cosas, no soy lo que parezco, no soy lo que dice que ve usted !No! Soy simplemente una diatriba construida por el duende Espejo, el mismo que andaba por los recovecos del Quito histórico y que hoy está aquí en Santa Cruz, esperando que su hijo adoptivo Proaño lo entienda, siga, nomás, joven, que allá lo espera el libro sagrado donde usted se sentará a esperar, cuando sea el tiempo que para usted es media hora, caballero, no es así, cuando el tiempo del misterio lo permita, usted podrá acabar de leer y Proaño lo atenderá.

—¿Qué pasa?, me habían dicho que estaba un libro en esa mesa, en la parte final de este laberinto. No entiendo o me equivoco, o

Mi encuentro con el misterio

comprendí mal, pero yo vuelvo y repito: entendí que era un libro, o eran libros. ¡Ah! Y me acuerdo también que me dijeron que se llamaba La Biblia, es el libro sagrado de los creyentes y cristianos, creyentes en Dios y seguidores de Jesús. Lo raro es que encuentro algunos libros: está el Corán, está el I Ching, está el Dogma y Ritual de la Alta Magia de Eliphas Levi, está El Capital de Marx, está El Origen de las Especies de Charles Darwin, está el Popol Vuh. Están un sinfín de libros. No entiendo cuáles de los que yo señalé son los más claros y visibles. Espero equivocarme, porque aquí hay muchos libros y me dijeron que solo había *el* libro. ¿O será que son los libros que hacen “El libro”, que hacen saber del pensamiento del ser humano en las varias culturas? Puede ser que yo entendí mal. Puede ser que cuando entré a este laberinto confundí la dirección. Puede ser que el caballero que me dejó entrar al laberinto no me anticipó las cosas ni me explicó, claro, porque hasta ahora lo único que he logrado es confundir mi cerebro, generarme un conflicto y tener muchas dudas. Pero esta es la mayor e inexplicable actitud que me está sucediendo. De estos libros comienzan a salir letras. Se van subiendo, van ascendiendo al universo, o así lo siento o así lo entiendo. Hay letras rojas, amarillas, verdes, azules. Hay letras góticas, arabescas, barrocas. Hay letras que desdibujan

conocimiento, pensamiento. Hay letras que se elevan a ese árbol que está al frente, ese árbol que alguien me susurra en el oído y me dice que es el Árbol de novelas. Qué extraño. Todas las letras, especialmente las del libro El Capital de Marx, se están yendo allá. Obviamente, esas letras son rojas y se están yendo al Árbol de novelas. En ese árbol de novelas las esperan dos seres: uno alto con armadura y se nota que tiene estirpe de la Mancha. El otro es un campesino que parece ser de Pioter o de algún pueblo del Nor-ande. También hay un borrico y un caballo. Ellos tienen un libro sin letras. Abren ese libro y las letras rojas del Capital se van poniendo dentro de ese libro y están haciendo como una marcha militar. Van en orden y en jerarquía. Se notan las consonantes principales, se notan las vocales y hay una que otra coma, punto, dos puntos, tildes que van al final. Cosa rara. Lo último es un objeto que desde acá puedo leerlo, aunque claro se transformó siendo letra en un objeto y dice “mercancía”. Así será. Voy a quedarme un momento en silencio para ver qué pasa, porque mi cerebro está que estalla de ver cosas inentendibles, sentir cosas no comprensibles y querer hacer que la lógica de mi cerebro entienda, que junto a la Dialéctica puedo yo armonizar el pensamiento. Pero aquí se me está poniendo difícil. Mi corazón comienza a latir muy duro. Mi cerebro está

Mi encuentro con el misterio

que estalla. La parte trasera del cerebro ya no resiste, estoy que me desmayo. Voy a sentarme porque no sé qué me sucede.

—Bienvenido, joven. Yo soy Eliphas Levi. Le recomiendo no abrir mi libro, porque solo pueden leerlo los iniciados, aquellos que han encontrado la paz interior y la sabiduría, aquellos que son sencillos y sinceros, aquellos que saben que el Absoluto gobierna el mundo y solo aquellos que han encontrado en el fondo del río Guayas el libro flotante, solo ellos pueden abrir mi libro. Le recomiendo no lo haga.

—Vea, joven, yo soy Quetzalcóatl, el forjador del universo, aquel que hizo el pacto con los seres venidos de Tenochtitlan, venidos de Arizona, venidos de Yucatán, venidos del país de los tarahumaras. Yo forjé la Luz del Misterio y tomé unos granos de maíz para que nazcan mis hijos. Cuando usted esté preparado, será bienvenido. Obviamente será recibido en los brazos del abuelo coyote para que penetre en la Absoluta felicidad de la comunión con el Misterio.

—Le cuento, joven. Yo soy Moisés, hijo de una esclava judía, formado en el pueblo de Egipto. Soy iniciado en la cábala sagrada. Soy el hijo directo de Adán del que habla el Misterio, junto a Adonaí. Soy el escogido para doblegar la estupidez de la racionalidad del Faraón. Soy el escogido para demostrar que en el número

diez se cumplirá el propósito del último cielo. Soy el escogido para llevar el mensaje absoluto de la libertad. Soy el que abrirá el camino para que un día llegue el ser que desciende de la estrella mayor de la constelación de Orión, donde existe el planeta Cartuquer. Jovencito, le pido de favor saque unas tres Ayoras, las lance al universo y cuando caigan junto al azar, usted podrá entender el misterio sagrado de los hexagramas. Dicho misterio se presenta en la cuadratura del círculo.

—Le cuento, joven, por acá estoy. Tal vez usted no sepa todo lo que acaba de oír. No tiene ningún sentido ni lógico ni racional. Usted verá aquí en este libro, puede cogerlo, tomarlo y entenderlo. Claro, usted está muy cansado. Cerró los ojos y está dormido. No se preocupe, pero yo le estoy hablando. Soy el orangután Darwin, el que se bajó del Sol Negro para encumbrarse en los árboles. Es fundamentalmente en el Árbol del Misterio donde me transformo en Macho Alfa y bajó como bípedo implume para llevar al mundo el conocimiento de que todos los sapiens-sapiens devienen de una célula, que nació en la explosión inicial del Big Bang y todos van desarrollando su capacidad mental, física, racional para volverse, como le digo, sapiens-sapiens y gobernar el mundo a su favor.

—Tú, hijo, te habrás dado cuenta de que la dialéctica sobrepasó todo lo que acabas de

Mi encuentro con el misterio

oír. Por eso, de estos mis tres tomos salieron las letras que van llevando el mensaje del pensamiento mayor del proletariado, para que la estética, el arte y las ciencias se transformen y vayan al libro de novelas, donde está también el pensamiento de Cervantes y pueda en su libro recibir mi sabiduría, mi forma de hablar, de ser y de decir. Todos los otros libros que vos vas a ver y estás viendo, no os preocupéis, no les toméis en cuenta, porque todos son producto de la entelequia, de la absurdidad y de la Nada Absoluta. Quedaos con lo único que tú sabes y por lo que has venido a encontrarte con el obispo rojo Proaño, mi discípulo. Sí, toma los tres tomos y cuando estés preparado, estés descansado y estés calmado, tu cerebro se haya apaciguado, tu corazón deje de latir con tanta fuerza, descansarás en esa otra banca, Proaño el obispo rojo te enseñará a leer mi libro mayor, “El capital”. Cuídate.

—Joven, bienvenido. Usted me anda buscando, supongo que la persona que estaba en la puerta del laberinto le comentó que yo, Leonidas Proaño, el obispo de los indios como dicen, estoy meditando, orando y en reunión con algunos chamanes, líderes espirituales del Oriente y del país. Ante todo, estamos en una reunión después de la meditación-oración para hacer comprender a mucha gente que ha venido del mundo acerca de la Teología de la

Liberación, la teología indígena y la teología de los humildes seguidores de Jesús. Siga joven, aunque le parezca extraño y raro. Le pido de favor que tenga que esperar un buen tiempo en el tiempo sin tiempo para que cualquier pregunta que me tenga que hacer, yo se la resolveré a su debido momento. Pero escúcheme por favor, hoy vamos a hacer primero la oración tomando como referentes algunos nombres sagrados de muchos pueblos que así le dicen al Padre Creador. Vamos a comenzar. Después joven, saluda, mira y se pregunta. En este momento cierre los ojos y va a entrar al mundo del Absoluto:

“Padre Creador, Padre Jehová, Padre Yahvé, Infinito Creador, Amo y Señor del Universo, tú que te llamas Alfa y Omega, tú que eres el Gran Espíritu, tú que eres el Gran Yo Soy, tú que eres el arquitecto del cosmos, tú que eres Wuakantanka, tú que eres Quetzalcóatl, tú que eres Bouchica, tú que eres Pacha Camac, tú que eres Huiracocha, tú que eres el de siempre, el por siempre y para siempre, tú que eres el Gran Absoluto, tú que eres el Amo y Señor del Universo, tú que eres la plena y bondadosa sabiduría, escúchanos. Estamos reunidos en este lugar y te decimos a ti y pedimos permiso a la Madre Tierra, a la Pacha mama, al planeta Azul, a la abuela mayor. Les decimos que sus hijos los cerros Huarmi, los cerros Hari y todos

Mi encuentro con el misterio

los seres del universo que se convocan aquí: seres de las estrellas, nuestros hermanos mayores, seres que habitan en esta estrella a la que cariñosamente le decimos Madre Tierra, seres que viven en el aire, seres que viven en la tierra, seres que les gusta estar de pie, seres que viven debajo de la tierra, seres que viven en el agua, seres que viven en lo más profundo del océano, seres que son hermanos en el misterio tuyo, Padre Creador y de la Madre Tierra. Seres, a quienes al mismo tiempo que agradecemos la infinita bondad de tu luz y de tu verdad, te pedimos disculpas por haberte ofendido. Y junto a todos pedimos que el hermano el aire y la hermana el agua nos disculpen por haberlos contaminado. Estamos aquí juntos: todos los pueblos hermanos rojos, blancos, amarillos, negros, a los que los humanos nos dicen bípedos implumes o sapiens-sapiens, pero todos somos parientes, todos somos hermanos, todos somos iguales en el misterio del infinito amor. Por eso te pedimos que nos enseñes a conocer tu verdad en las diferentes palabras y en las diferentes versiones de nuestros pueblos: en el Popol Vuh, en el I Ching, en el Bhagavad Gita, en la leyenda de Krishna, en el Corán, en La Biblia, en La Tora, en el Talmud, en todos y cada uno de los libros sagrados y en todos y cada uno de los misterios que los pueblos tenemos y están aquí. Aquí están todos los letrados y no letrados,

todos los que aman y visualizan con su ojo el tercero, que tienen o con su tercer oído o con su palpito o con su sentir. Pero todos juntos tenemos y tendremos nuestros mitos, nuestras costumbres y nuestras prácticas. Nos hemos reunido para entonar el ritmo del amor, para entonar el ritmo de la luz, para encontrar la fe, la esperanza y el amor, para saber que tú, Amo y Señor del Universo, nos vas a escuchar. Vemos a los amigos que están aquí reunidos de otros países, junto a los indios Pastos, junto a los indios Caranquis, junto a los indios Cañaris, junto a los indios Quito-caras, junto a los indios Panzaleos, junto a los indios Chibuleos, junto a los indios Salasacas, junto a los indios Imbayas, junto a los indios Otavalos, junto a los indios Puruaes, junto a los indios Huancavilcas, junto a los montubios, junto a los cholos, junto a los Awa, junto a los Tsáchilas, junto a los Chachis, junto a los Tetetes, junto a los Huaoranis, junto a los Sionas, junto a los Shuaras, junto a los Secoyas, junto a los Ashuar y junto a los demás pueblos y a todos los seres que habitan el universo, que están en los multiversos y que estamos hoy y siempre reunidos para entonar la bella melodía del universo. Por eso, te agradecemos, Padre, por todos y cada uno de nosotros que en los diferentes y sinfín idiomas, dialectos y culturas te amamos, te queremos y te bendecimos. Te pedimos tu luz y tu absoluta

Mi encuentro con el misterio

bondad y junto a la Nada Sagrada, nos enseñes a caminar como tus hijos. Por eso, bajo tu dirección, vamos a comenzar este seminario-curso o como le llaman muchos, diálogo, conversatorio, pruriloquio o lo que pueda decirse en cada uno de nuestros saberes y culturas. Pachacámag señores, señoras, señoritas, niños y todos aquí reunidos, es el gran abuelo que algún día descendió del universo y se aposentó en el misterio de las guacamayas, que habitaban en el Cañar. Ellas sonrojadas y sonreídas, él y ella en su infinito amor hicieron nacer de ellas el pueblo Cañari. Pero también cruzó por el universo Pachacámag con su absoluta sombra para decir que los pueblos ancestrales del Nor-ande, los Pastos, también están presentes en su amor y en su verdad. Por eso a ellos les hizo decir que son y serán hijos del padre Bouchica, el que, como serpiente emplumada allá en México, Guatemala, Arizona, se transforma en lo que es Quetzalcóatl. Y allá Wuakantanka, el Gran Espíritu, que a veces se transforma en búfalo y otras veces en la estrella que desciende en Belén y nace Jesús. Otras veces se toma el sueño y la bondad y aparece en una virgen, sabiendo que Krishna es el mensajero de la verdad y del amor. Otras veces nace en el primer hijo de la esclava de Abraham, para que ahí nazcan los hijos del desierto y se tomen el nombre de Alá, para

hablar de él con amor y con verdad. Pero todos juntos acá le llamamos Arutam, en honor al pueblo amazónico ecuatoriano. Acá también tenemos la paz, la cordialidad y la bondad. Por eso volvemos a comenzar diciendo que el churo cósmico, el conocimiento silencioso, la cruz cuadrada, la matemática andina, ha fluido y fluye por cada uno de nuestros corazones, por cada uno de nuestros cerebros y por cada una de nuestras almas. Nos hace comprender que la vitalidad de nuestros saberes, de nuestros cariños, de nuestras literaturas, de nuestra oralidad y de nuestra bondad camina por lo que hoy y siempre es la sabiduría y lo que hoy y siempre es la verdad transformada en la duda, buscando junto al martillo, la filosofía de la montaña, el pensamiento de Jesús llevando el mensaje de la paz en Colombia, la paz en Venezuela, la paz en Nicaragua. Haciendo que nuestros pueblos se hermanen para que una vez más vuelva y se encuentre en el misterio de la sabiduría Andina, cuando se convoca a los cerros machos y a los cerros hembras, a las lagunas, a las cascadas, a los pugyu cuna y a todos los lugares sagrados. Para que salgan de ahí los guerreros mayores, las sabias mayores, los seres de privilegio y de bondad para que nos conduzcan a ti, Padre Creador. Y que este joven que hoy está en el proceso de iniciación en el conocimiento de la dialéctica y la razón

Mi encuentro con el misterio

aristotélica, también entienda que la fe, el amor y la esperanza genera fortaleza en la duda. Para que él como todos los hijos, discípulos del camino rojo, entiendan que el Padre Creador, el abuelo Bouchica, como él, al ser descendiente del pueblo Pasto, él entenderá algún día que el Padre Bouchica nunca se olvida de los seres que caminan junto a la bandera rojinegra y junto al despertar del sueño de Martí, Maceo, Alfaro, Atahualpa. Que también caminan por el misterio de Mayo del 68, de la revolución cubana, del movimiento hippy, del movimiento pacifista. Que todos estos procesos, este joven los ve pasar y los cree verdaderos. Él ha venido en busca de mi persona creyendo que yo le puedo enseñar lo más preclaro del pensamiento dialéctico, del pensamiento marxista. Él está convencido de que yo, al ser un obispo que busca el mensaje en el misterio de los pobres y oprimidos del planeta, así como Paulo Freire cuando habla en la pedagogía del oprimido, con su ver, juzgar y actuar, este joven cree que así al igual que Hernán Rodas, donde él se formó, podrá encontrar que el campesino, el indígena aprenderá de la ciencia del proletariado, del arte del proletariado, de la estética del proletariado. Joven, así le enseñaron a pensar, pero le cuento yo y todos los aquí reunidos le vamos a enseñar. Entienda bien esto y todos ustedes jóvenes que han venido de tantos grupos políticos de

América Latina y del mundo, les vamos a enseñar que la única forma para transformar el mundo es que ustedes viajen al absoluto silencio de su abandono y encuentren una gota de su verdad. Cuando hayan alcanzado esa gota de verdad o la que ustedes creen que es la verdad, salgan de ahí, regresen, imántense de humildad, imántense de sencillez, boten tantas teorías, tantas especulaciones, tantas ideologías y penetren en lo más profundo de cada ser que existe en el planeta Tierra y que existe en los multiversos. Cuando hayan logrado aquello, podrán silenciar su razón y encontrar la paz del infinito amor. De ahí podrán decir que son revolucionarios y ahí recién comenzarán a caminar el duro camino del sendero del conocimiento silencioso. Allí, cuando escuchen el latido de su corazón, cuando sepan que el camino con corazón viaja por el universo, ustedes deben seguirlo. Y cuando se encuentren al frente de ustedes mismos y vean su alter ego, dobléguenlo y hagan que salga única y exclusivamente la armonía que dicta el silencio. Y cuando ustedes se entiendan junto a lo más hermoso que es el canto del viento, junto a la lluvia cuando pasa por los árboles y ellos junto a las aves hacen que la aurora florezca y todos los seres por tanto reciben la mejor sinfonía del universo, la sinfonía del viento en armonía de la lluvia y junto a las aves y todos los seres que

Mi encuentro con el misterio

hermanados dicen “Yo Soy el Absoluto, somos El Absoluto”, porque el Absoluto, el Padre Creador, se ha transformado en cada uno de nosotros para que entendamos que somos hijos de él. Al ser hijos de él tenemos que doblegar nuestra arrogancia y hacer que el Absoluto Silencio fluya en nuestra mente para que nuestras neuronas alcancen el mérito de la sabiduría.

**Marcos Guerrero
Túquerrez, Celso Fiallo
y Marco Vinicio Rueda**

—Me encuentro en este momento caminando por la calle Real, para hablar con uno de los sabios mayores, forjadores, fundadores y sustentadores del departamento de antropología de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Marco Vinicio Rueda. Tengo una cita previa y siento un poco de recelo y temor. Sé que él es jesuita, maestro zen y un erudito reconocido en antropología estructural, marxismo y cristianismo. Aunque es claro que nunca será, ni fue marxista, es un estudioso de los siglos XIX y XX desde las aproximaciones académico-científicas que la antropología demanda. Obviamente, conoce a fondo a Lévi-Strauss, Michel Foucault, Derrida, Deleuze, Guattari y otros fundadores de la caosmosisidad en el análisis. También me han comentado que

conoce en detalle la relación entre Carl Gustav Jung y su maestro Sigmund Freud. Como jesuita, está familiarizado con la Biblia, la patrística y la doctrina social de la iglesia. Ha forjado a muchos estudiosos en el sendero del zen.

—Él podrá ayudarme a entender algo que me intriga, que me molesta, que me fastidia en mi cerebro: ¿Qué es esto de la espiritualidad, de la fe, de la esperanza? Y algo que no encaja en mi razón dialéctica es cómo se empalma ese mundo con la racionalidad académica. Como buen discípulo de Aristóteles, Tomás de Aquino y Agustín, y con conocimiento del neotomismo, ha realizado análisis estructural, comparativo e intercultural entre el saber ancestral andino, el conocimiento amazónico ecuatoriano y el conocimiento occidental grecolatino, desde su misticismo, su vocación de mago y su búsqueda en la espiritualidad cristiana.

—Me parece extraño por ello que mi amigo, El príncipe del alto Tigua, el hijo directo de la princesa Quirotoa, caminante en la nomadía del pensamiento rizomático, que algún día anduvo junto a los del mayo del sesenta y ocho y junto a los hippies caminando por el neo-estructuralismo y rompiendo con la ética de la dialéctica marxista, el mismo que camina por la calle Gasca en Quito, el mismo que me llevó algún día a entender el Misterio Sagrado del

Mi encuentro con el misterio

Nor-ande junto con el anciano mayor del saber de los Caranquis, de los Imbayas y de los Pastos, -el mismo taita Marcos Guerrero Túquerrez- este anciano sabio, compañero y amigo, don Celso Fiallo, me ha dicho que me acerque al padre Marco Vinicio Rueda y le haga conocer mis dudas sobre filosofía, estética y arte.

—No me siento muy a gusto en acercarme, ya que son casi las tres en punto y la cita estaba programada en el departamento de religión de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Quisiera salir corriendo porque no estoy preparado ni teórica ni físicamente para enfrentarme a ese sabio, según dice mi amigo. Cuando él me llevó donde taita Marcos para conocer el mundo mágico y espiritual del Nor-ande, del mundo chamánico del Ecuador, no entendí, no comprendí. Mis esquemas lógicos y conceptuales no me permitieron ver más allá que él extendía una mesa o misa como le llaman los profanos, colocaba diversas cosas y comenzaba a cantar algo que mis oídos no permitieron que penetrara en lo más profundo de mi ser, o al menos eso pensé yo. Lo único que sentía es que algo me carcomía en mi frente, según decía mi amigo era mi tercer ojo. Como es costumbre, me burlo de eso; no entiendo para qué voy a entender, si lo único que realmente vale la pena comprender es que la razón sobrepasa cualquier entendimiento.

—Lo que él dice, que la magia, la espiritualidad y la estética deben hermanarse, no lo comparto. Sé que la razón, la ciencia y la producción en armonía estética siempre deben ir juntos. Que la fe y la magia sean consideradas como conciencia primitiva queda para los pueblos primitivos, salvajes y sin conexión alguna con la escritura, mucho menos con la ciencia.

—No sé por qué mi amigo, o así llamo al maestro Celso, me dice que debo dejar colgada mi razón, igual que algún día un sacerdote por allá en Shumiral me decía: “Tus teorías cuélgalas en el ropero de tu inconciencia y cuando estés trabajando con los campesinos de Shaglli y Pucará, de Shumiral, entiende que el eco de la sabiduría está en cada latido de su espiritualidad”. Tampoco lo entendí, aunque ellos hablaban del ver, juzgar, actuar, hablaban de la investigación participativa, hablaban de un sinfín de cosas que asimilaban en la teoría de algunos científicos sociales como Quijano, Orlando Fals Borda, ¡Qué sé yo! Nunca entendí, pero ahora que quiero acercarme, me faltan dos minutos y estoy apenas a cincuenta metros de la puerta de entrada del departamento de religión de la P.U.C.E. Me da miedo, miedo porque estoy armado con la razón. Miedo porque creo que hablar con un jesuita no es hablar con la fe; es hablar con Aristóteles en miniatura, es hablar

Mi encuentro con el misterio

con Sócrates, es ver la fluidez de Santo Tomás y Agustín en el hábito negro. ¡No sé! Algún día se me ocurrió también mezclarme con algún elemento de la francmasonería y pensé que allí encontraría el eco de mi silencio. No lo sé. Aunque dicen que la pirámide es el objeto que hay que perseguir y puede ser, dicen, que el ojo que todo lo ve y que destruye lo cuántico para armonizar el silencio también lo plantean. Estoy demasiado nervioso... Me falta un minuto y apenas entiendo que, si no estoy armado como un buen dialéctico en pensamiento, con la praxis permanente de mi vida y con la fortaleza que dictamina la estructura de poder en el partido Bolchevique, no podré hacer nada. Me voy a atrever a consultarle a este anciano para ver si encuentro mi paz interior y afirmo mi racionalidad neokantiana.

—Joven, buenos días, estaba esperándolo. Le pido disculpas por haberlo hecho esperar tres veces. Sé que está preocupado, asustado e inquieto. No se preocupe, siéntese. María, por favor, trae un vasito con agua y ponle unas tres gotas de valeriana. Después que tome eso, el joven se va a tranquilizar un poco. Luego le pasas un buen café de chuspa con dos tortillas de tiesto, como sabes que le gusta a taita Marcos Guerrero Túquerrez cuando lo visitamos en Cotacachi, en la Calera. Tranquilo joven, tómese el agüita con la valeriana, respire hondo y profundo.

—Yo sé a lo que viene. Me adelanté porque sé que su espíritu viaja muchas veces por el inframundo, otras alcanzan el mérito de estorbar al guardián del Hades, y otras recorre el arco iris buscando el color rojo para ver si ahí encuentra al viejo que martillaba en la Alemania de Hitler. Sí, otras veces sé que desciende al color verde, pensando encontrar algún atisbo que suene a ecología, naturaleza y saber que las flores, plantas y el universo existen como creación de Dios. Claro, para usted no tiene validez nada de eso. Pero le cuento joven, también lo he visto en su espíritu viajando al último cielo, buscando el dogma de fe del creador de “El Capital”, el señor Carlos Marx, junto a su amigo Federico Engels.

—Sí, joven, no se preocupe. Usted podrá viajar a cualquier universo, a cualquier multiverso, y quizás se encuentre al lado del sabio que siempre se ríe y se burla del pensamiento, ese que usted busca y encuentra, ese que se llama Diógenes el Cínico. Sí, joven, me adelanté porque sé que usted sabe estar en los espacios verdes aquí de la universidad o en el bar general leyendo uno que otro libro. Lo he visto muy preocupado, muy tensionado, leyendo “El idiota” de Fiódor Dostoyevski. Otro día lo encontré conversando con Segundo Moreno, y él le decía que lo único que se encuentra en el mundo es la sabiduría de la inocencia y la

Mi encuentro con el misterio

sutileza del arraigo de los pueblos. Yo le oía a Segundo Moreno decirle: “Yo no soy ningún intelectual, ni siquiera soy académico, soy apenas un investigador de lo ecuatoriano y viajé a Alemania donde encontré a mi mujer y con ella estamos caminando, encontrando la subversión del pueblo de Columbe, apenas buscamos y encontramos en los archivos la presencia mayor de nuestros abuelos y abuelas de Guamote”.

—Sí, joven, yo sé que usted también estuvo por aquí revisando la lógica matemática de Irving Copi, siendo alumno de Emilio Cerezo. Tengo entendido que usted no entendió la lógica, tampoco entendió a Aristóteles y se permite decir que quiere ser conocedor y es conocedor de Carlos Marx. Le cuento joven, no se asuste, no se preocupe. Cuando usted doblegue su arrogancia, cuando deje de provocar desorden en las señoritas que lo acompañan, cuando esté en el bar general y deje de ser el arrogante e ilustrador de fantasías neo-marxistas, cuando aprenda que en la Academia lo que vale es la sencillez, la tranquilidad, la frescura y como algún día le dijo el sacerdote de Shumiral, Hernán Rodas, sus ideas, teorías, elucubraciones y especulaciones, déjelas colgadas en el ropero del olvido.

—Aquí, joven, va a encontrar que algún día ya vivió la tranquilidad y la paz que vive

taita Marcos Guerrero Túquerrez en la Calera. Él lo miró y cuando lo vio, usted quiso salir corriendo, se aterrorizó, pero pudo más su déspota actitud de pseudo-marxista, creyendo que un anciano ignorante, un ser analfabeto e indígena, que lo único que cargaba era un chaguarquero y caminaba por la Calera, era una lumbrera académica a lo estilo de Giordano Bruno o Carl Gustav Jung. Usted pensó que iba a encontrar a un científico nacido en Harvard o tal vez un PhD de Cambridge, pero encontró a un simple indio de alpargata, sombrero y poncho azul. Le dio miedo y quiso aterrorizarse cuando su tercer ojo se difuminó y allí encontró lo que anda buscando. No supo aprovecharlo, su paz interior.

—No se preocupe, joven, aquí está el espíritu de Marcos Guerrero Túquerrez, el espíritu de Celso Fiallo. Yo sé que son o deben ser sus maestros. Usted está aterrorizado porque sabía que Celso viene de la vieja escuela de Fráncfort y conoce adecuadamente a los discípulos del mayo francés. Él es un buen lector de Foucault, Deleuze y eso le ha servido para humillarse ante la sabiduría mayor del Nor-ande, enquistada y ennoblecida en el guerrero mayor del Nor-Ande, en el hijo privilegiado del taita Imbabura y la mama Cotacachi. Aquí estamos presentes, no se preocupe, sé que estaba asustado y sigue asustado. Quiso salir volando como diría algún

Mi encuentro con el misterio

poeta, transformado en un verso de Lorca o Machado. Usted pensó que iba a encontrar la música de Serrat, cantando, tocando, llorando o vibrando los poemas de Benedetti.

—Sí, joven, le vuelvo a repetir. Cuando usted entienda que el verso a la amada no se hace para correrse de la sutileza femenina, no, joven, cuando usted ame a ese ser que lo tiene a su lado y siempre lo acompaña pero que usted niega, a esa que usted llama camarada pero que no es lo que usted cree, es simplemente la amada, no la soledad que siempre usted persigue, no joven, cuando usted entienda que esa que fue y quiso ser y debía ser su compañera, usted le negó su corazón porque lo cerró a la luz del amor y lo abrió a la razón, no joven, no se preocupe.

—Aquí estamos para escucharlo. Diga usted, joven.

—Yo venía por dos cosas, padre, pero usted me va a disculpar, se me van las lágrimas porque mi ignorancia es tan grande, tan extraña y compleja que pensé que estaba lleno mi cuerpo, mi mente y espíritu de la razón dialéctica. Pero lo que acabo de oír de usted me deja sin palabras. Lo único que le pido es que me disculpe por mi orgullo, mi vanidad.

—Si yo soy un campechano, un ser iluso que vengo de Turca, allá me enseñaron que mi pueblo se está muriendo, por eso le pido disculpas por mi arrogancia, por mi atrevimiento

y mi estupidez. Yo sé quién es usted o así me han dicho. Yo pensé ver a un mago mayor que supere a Paracelso y se fortalezca en Lévi-Strauss, pero encuentro a un ser humano, a un ser humilde y sencillo que en la fiesta dice que es bueno bailar, alegrarse y bondadosamente vivir.

—Sí, le cuento, yo leí su libro “La fiesta”, pero muchas cosas no entendí porque tiene una complejidad académica que cualquier iluso profano como yo no puede alcanzar. Yo pensé antes de leer su libro, antes de conocer a Irving Copi y antes de ser estudiante de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, que estaba convencido de que el marxismo es la ciencia suprema y debajo de eso no hay nada. Hoy entiendo y me voy con más dudas. Entiendo que debo abrir mi mente y mi corazón para que entre la sabiduría, me limpie mi interior.

—Le ruego, padre, si usted me facilita y me ayuda, tengo entendido que su libro “El sendero del zen” abre el camino para que yo, como un miembro de los idiotas lectores de Dostoyevski, algún día pueda sentarme en un chaquiñán, ver si pasa un camélido de mi pueblo y me subo en él para encontrar el zen. Algo entiendo, pero no logro afirmarme porque tengo dudas tan grandes. Me voy a regresar a mi pueblo y me sentaré en la banca del Parque de los Recuerdos. Tal vez algún día vuelva y repita el camélido

de Tufiño. Me subo en él y tal vez me ayude a encontrar el zen.

—Disculpe, padre, me voy más asustado, más temeroso y lleno de dudas. Que pena, disculpe mi arrogancia, disculpe mi imbecilidad y ante todo disculpe mi atrevimiento. Sé que usted y todos los que hacen la Universidad Católica han abierto más caminos en mi duda. Le agradezco a la universidad y a usted por dejarme más lleno de problemas, más lleno de dificultades y más conocedor de mis errores. Quizá algún día, cuando mi conciencia habite en el más allá, cuando mi espíritu cabalgue por el planeta Cartuquer, quizás ese día pueda levantar la cabeza con orgullo y decir que vengo de un planeta desdichado donde, sin embargo, tuve la fortuna de conocer a los tres ancianos sabios que me han hablado desde siempre en mi recuerdo: Marcos Guerrero Túquerrez, Celso Fiallo y usted, Marco Vinicio Rueda.

—Buenas tardes, padre Marco Vinicio Rueda. Me honra recibir su libro “El sendero del zen”. Aunque me parezca extraño, estaré encantado de asistir a sus charlas y conferencias. Sí, conozco a Soledad Troya, una experta en pintura y acuarela de renombre. Seguro que ella podrá guiarme y compartirme más sobre su enseñanza y sabiduría.

—Le agradezco profundamente por su amabilidad y por sus palabras de aliento.

Luis Felipe Vásquez Narváez

Confío en que Dios me guiará en este camino de aprendizaje y crecimiento espiritual. Que tenga una buena tarde también, padre Rueda.

León Felipe, ¿por qué te demoras tanto?

—A Tulcán, a San Gabriel, a Bolívar, a Mira, a El Ángel, a Ibarra, a Pimampiro, a Cotacachi, suban señores pasajeros, suban si quieren para ir al norte, escojan cualquier carro, hay suficientes carros para movilizarse. Este carro llega hasta la frontera, hasta Rumichaca. Este otro, si usted quiere, puede llegar hasta San Gabriel, Mira, El Ángel. Hay un sinfín de carros, suban por favor, suban.

—Disculpe, señor, ¿me puede explicar qué carro debo coger para irme al barrio La Calera de Cotacachi?

—Joven, justo en este momento está allá al frente, cruce nomás. Pagará veinticinco centavos por el ticket para poder entrar. Allá está el carro, se llama “Transportes Valle”, súbase nomás. Ahí pagará tres cincuenta.

Dígale al señor chofer y al controlador que lo deje en el barrio La Calera antes de entrar a Cotacachi. Asegúrese que diga Cotacachi-Pimampiro, porque hay otro parecido al lado que va hasta Salinas y de ahí sale a Chical, cruza Maldonado. Ese no le sirve, le repito. Coja ese que está allá, número catorce “Transportes Valle” que va a Cotacachi, se regresa, sale de nuevo a la carretera panamericana y se dirige a Pimampiro. Ese le corresponde, cójalo, señor, que le vaya bien.

—Disculpe señor, el señor que vende los pasajes de “Transportes Valle” me dijo que aquí compre el pasaje, que no es necesario que le pague a él aunque él despacha, pero me dijo que no, que le pague a usted. Yo quiero ir hasta el barrio La Calera de Cotacachi.

—Tres cincuenta vale, señor, entonces siga, siéntese atrás hay unos puestos, usted puede ocupar el que quiera, siga nomás.

—Disculpe señorita, ¿puedo sentarme a su lado?

—Claro señor, siga nomás.

—No puedo creer, es muy hermosa. Tiene un cabello largo, churocita estilo hippy, unos ojos verdes, piel canela. Lleva puesta una chompa de cuero color negro, una minifalda de cuero negro, medias pantalón de nylon negro, y unas botas rockeras. ¡Qué extraño! Tiene abrazada La Biblia Latinoamérica y también

Mi encuentro con el misterio

el libro “La vendedora de rosas”. ¿Me atrevo a preguntarle hasta dónde va? Si me contesta que a mí qué me importa, no. Mejor le pregunto su nombre. Tampoco, absurdo. No puede ser. ¿Qué hago? Está muy hermosa, está muy bella, es la mujer ideal con la que yo quisiera vivir eternamente. No puedo creer, tiene una sonrisa, es hermosa, esos labios color rojos encendidos, me está poniendo muy nervioso. ¿Qué hago? Mejor voy a hacer lo siguiente, voy a esperar a que ella me hable y así podré desentumecer mi miedo, mi recelo y poder conversar con ella. Voy a esperar.

—León Felipe, ¿por qué te demoras tanto? Te dijimos que vengas urgente, ya estamos por comenzar la ceremonia. Solo te estábamos esperando a ti. Taita Marcos Guerrero Túquerrez va a ser el oficiante de la ceremonia, él es yachay, el sabio como tú ya sabes de aquí de la Calera. Le va a acompañar el príncipe del alto Tigua, Celso Fiallo como mapashitador, y tú, como los otros jóvenes que están aquí, son invitados a esta ceremonia.

—Les ruego, jovencitos, tú, Celso, ya sabes qué hacer. Prepara todo lo que te corresponde a ti, la mesa ya está dispuesta. Esperemos que La Polilla aparezca, ella es la mamita maridita Isabelita. Igualmente aparece otra Polilla que es el símbolo de la Virgen María Magdalena. Cuando La Polilla prenda su foquito rojo,

eso es sinónimo de que María Magdalena ha aparecido y ahí comenzará la ceremonia. Mientras la una Polilla vuela y aparece siendo la maridita Isabelita, aparecerá después La Polilla prendiendo su foco rojo, símbolo de que María de Magdalena, la virgencita María de Magdalena, autorizará que comience la ceremonia.

—León Felipe, como te habrás dado cuenta, yo soy La Polilla de foco rojo. Para todos menos para vos es esta ceremonia, así dice el taita. Pero te cuento antes de que inicie la ceremonia que no es para vos, porque tú simplemente estás de observador y de curioso. Te voy a invitar. Mientras la maridita Isabelita aparece, yo que me aparecí ante vos sin que ellos, ni el anciano, ni el mapashitador, ni nadie se dé cuenta, solo vos. Te invito al mundo de Adonaí, para que sepas a qué has venido. Según vos a curiosear, según vos a hacer un análisis antropológico y a entender el misterio sagrado de los pueblos del Nor-Ande, esa era tu decisión y por eso te habías conectado con Celso, para que él te invite a este ritual, ceremonia, la misa del Barroco Andino. Pero yo espero hacerte un gran favor invitándote al misterio de Adonaí. ¡Sígueme! Mira, tienes que cruzar este puente. Pero antes de cruzar este puente, tienes que pararte duro y pasar por el pantano. Una vez que hayas logrado pasar el pantano, cruzas el puente, subes la montaña

Mi encuentro con el misterio

y encima de la montaña está el lugar sagrado donde habita Adonaí. Parece muy sencillo, pero no lo es. Antes de cruzar el pantano, tienes que dejar tu racionalidad, tu forma particular de ver, tu forma de actuar y de entender, y tomar en tus manos, mente, cuerpo y espíritu la fluidez de la imaginación. Comenzamos. Yo te voy a abstraer, te voy a traer, te voy a llevar, pero te voy a ser que entiendas muy bien, abierto los ojos. Vas a ver todo lo que hay alrededor del pantano. No debes preocuparte. Tú cruzas el pantano y pasas el puente. Ten cuidado a la izquierda y a la derecha del pantano y del puente. En la montaña hay tentaciones, hay gustos que satisfacer, hay deseos que cumplir, hay mundos mágicos, mundos extraños, mundos exóticos, mundos donde tú te quedarías abismado y querrás quedarte. Pero yo estaré dispuesta a llevarte hasta el último rincón, donde habita el misterioso Adonaí, el Gran Yo Soy. Así que de nuevo te digo, ¡Avancemos!

—¡Qué extraño! No puedo entender, de ese pantano salen unos monstruos que parecen sacados de algún cuadro del feísmo, pintados por el maestro Luigi Stornaiolo. No puedo creerlo, abre la boca ese hipopótamo y parece que quiere succionarme. Dentro de su garganta alcanzo a ver un murciélago gigantesco que quiere invitarme a viajar por el mundo de la inconciencia. No puede ser posible, ese

murciélago me dice que viene del castillo del conde Drácula. Allí me puede presentar a esa mujer hermosa que está a mi lado, que me pide que la ame y que la haga mía. ¡Qué extraño! En el otro lado del pantano hay un sapo muy gigante, tan grande que mis ojos no alcanzan a ver toda su dimensión, no alcanzan a comprender toda su longitud. Ese sapo me habla, invitándome a viajar al mundo del abuelo Peyote, donde me encontraré con Heliogábalo en la poética de Artaud. No entiendo, pero esta mujer, la mujer que me invita a seguir, dice llamarse María de Magdala. ¿La virgen María? No puedo entender.

—Te cuento, te estás confundiendo cada vez más. ¡Sí! Yo soy la iniciada, la amante mayor del resucitado, soy hija de Magdala, iniciada en el misterio de Eleusis. ¡Sí! No soy la doncella del sano placer de Aviñón, tampoco soy la doncella del sano placer del cabaret Montecarlo. No, soy una sabia anciana que, allá en el mundo de Egipto, supe que iba a nacer un ser de luz que sería mi compañero de recorrido, mi maestro, mi guía y mi líder. ¡Sí! Esa soy yo. No te preocupes, te estoy invitando al mundo de Adonái. Te dije que no te quedarás tan abismado por tanta destreza, sutileza, estética, poética, fantasía que hay aquí alrededor. Todo eso está hecho para que el lado oscuro no obstruya tu cerebro y te permita llegar a la eterna primavera de la luz. Sigue mirando, pero tu cerebro, mente

Mi encuentro con el misterio

y espíritu deben pensar siempre que el Alfa y Omega, el arquitecto del cosmos, el Absoluto, te esperan. Mira siempre con tu corazón el camino que conduce a la verdad.

—¡Qué raro! En este lado del pantano hay una persona que alcanzo a atisbar y creo conocer. ¡Sí, ya sé! Es el poeta Iván Carvajal, que me invita a naufragar en el pantano. Me dice que debajo está un libro llamado “El síndrome de los realistas”. Dicen que es un libro que destruye, armoniza y potencia la estética, la fantasía, la lúdica y la erótica. Es “El síndrome de Falcón”. Junto a él está otro libro llamado “El libro flotante”, me dice Iván, y me pide que lo acompañe. En esos dos libros, él hará junto conmigo la reducción de cerebros de todos los seres del panteón del realismo social. También aparece por allá un hombre muerto a puntapiés, que ruega que lo auxilie y lo lleve al mundo de Angelote, donde se compadecerá con Vascones y lo llevará al mundo de España, al mundo de Andalucía. También aparece en el pantano un ser extraño que dice ser colibrí, pero tiene unos huevos demasiado grandes que superan mi comprensión y que son llevados junto al colibrí en un tren que viaja por el aire, desde Guigra hasta Ganimedes.

—Te dije que no te quedaras observando tanto, que vieras, que no observaras, que vieras con el ojo que está en tu frente. Porque los dos

ojos que están abiertos simplemente son para que no te duermas, no agonices en tu imbecilidad, sino que abras el ojo del entendimiento y fluyas por este pantano sin tropezarte, sin entretenerte. ¿Te das cuenta? Tuve que venir a jalarme y ahora ya estás cruzando el puente.

—A mi derecha se abre un edificio extraño. Escucho a los espíritus de los condes de Gangotena y Jijón, que dicen que es la casa Circasiana. Allí se está fraguando lo más avanzado del pensamiento conservador en los siglos XIX y XX, para contrarrestar al hijo mayor de Peralta, al hijo mayor de Montalvo, quien alguna vez gobernó el país con el fusil, la espada y el sombrero de paja toquilla. ¡Qué extraño! También aparece un gran y noble caballero que desdibuja ciertas frases, poesías y cuenta la historia del pueblo indígena de Cotopaxi, Chimborazo, de todos los quichua hablantes cuando fueron destruidos en el mundo del concertaje y de la mita. Dice llamarse César Dávila Andrade y desde el mundo de Venezuela, donde se ahorcó pensando que la mejor forma de arte es el suicidio. Me llama a lo lejos una mujer extraña, me entrega unas rosas rojas y me pide que por favor se las entregue a los seres de Nicaragua, para que sepan que Rosa Luxemburgo está con ellos. También otra mujer me entrega unas flores blancas y me dice que las deje en el templo de los inmortales judíos, para

Mi encuentro con el misterio

que sepan que su derrota final no ha llegado y que los palestinos todavía persisten en la paz del resucitado. ¡No! No puedo entenderlo. Julia Kristeva junto a Sigmund Freud y Ana Frank me están diciendo que persiga el mundo de Carlos Castaneda y que en compañía de Juan Matus viaje por Arizona buscando a Alce Negro, quien me enseñará que en la pipa sagrada desciende el espíritu de la hembra Búfalo y ahí se expresa el misterio de WuaKantanKa. También otra mujer me llama y me dice que es la bibliotecaria mayor de Quito, donde su hermano el duende Espejo escribía, se ilustraba y generaba las diatribas que todavía resuenan en el Palacio de Carondelet. En este lado izquierdo del puente siento que me llaman. Creo que me llaman. Son unos jóvenes, todos vestidos de negro, pero llevan una bandera con el símbolo del anarquismo. Me invitan a hacer fila para poder crear en el país la absoluta libertad y tener la posibilidad de amar a cuantas bellas doncellas existan en el universo y acabar con la autoridad, potenciar la libertad, la justicia y ante todo la individualidad. Por allí aparece el báculo de Paracelso, iluminándome el camino para que junto con Carl Gustav Jung viaje en el mundo del espíritu.

—Te dije una vez más: no observes, no te entretengas, tengo que jalarte de la mano. Mira, has pasado el puente. Toca la parte dura, la parte fuerte y la parte donde tú vas a ser un

ente que se encuentre en la iniciación junto a los templarios, a los rosacruces, a los masones. Sube, por favor. Tienes que acceder siete escalones. Cada escalón significará mil años en el mundo natural y normal, y en el mundo del misterio es un instante. Después de subir los siete escalones, subirás siete gradas. Luego entrarás a siete colores, que son los siete colores del arco iris. Y en el último color, el color rojo, está el último cielo donde encontrarás el templo mayor de Adonaí, que está protegido con cuatro seres. Los cuatro seres de Ezequiel tienen cuatro alas: dos adelante y dos atrás. Tienen patas de toro; el cuerpo es de puma negro. Sus caras son cara humana, cara de toro, cara de león y cara de águila. Ellos son los guardianes de la puerta, que es una puerta rodante, que es una puerta flotante, que es la cuadratura del círculo. Al ver que tú has pasado todas las pruebas e iniciaciones, podrán permitirte que pases al lugar sagrado. Claro está que ahí están esperándote dos sabias ancianas, las que mostrarán la luz del misterio. Ahí definitivamente recibirás la iniciación y podrás ser guerrero de luz, guerrero de oración. Comienza el primer escalón.

—Una vez más, estoy sin entender. Mi mente, mi cuerpo, mi espíritu, todo mi ser fluye y a lo lejos alcanzo a ver un árbol. Está lleno de cuentos. Ahí veo a un joven que dice llamarse Gregorio Samsa. Está leyendo un libro

Mi encuentro con el misterio

de cuentos. Ese libro de cuentos es, dice ser o así entiendo que se llama “Los habitantes de Cartuquer”. Lo extraño de este Gregorio Samsa es que está hablando junto a una hormiga, diciéndole que en esos cuentos aparece un campechano del condado de Turca, creyendo saber que en la constelación de Orión está su ancestro y el ancestro del mundo Pasto. Gregorio Samsa se ríe. Miro en otra rama hay un cuento. Ese cuento está siendo leído por Rocinante, ese caballo que dio vida al Hidalgo de la Mancha. Lo raro es que ese caballo no lee sino masca, masca las hierbas, succiona las hierbas de ese libro pensando para sus adentros que lo va a alimentar. No ha sido ningún libro de cuentos, es el poemario mayor de Walt Whitman, “Las hojas de hierba”. Por ahí hay un gusano de chonta que está devorando un libro que es la poética de Medardo Ángel Silva “El árbol del bien y el mal”. Lo extraño es, según entendía, que eran libros de cuentos, pero parece que se han equivocado los habitantes de este árbol y en vez de crecer cuentos, están creciendo poemarios. También hay un libro que dice ser “Sodoma y Gomorra”. Lo está leyendo una mujer llamada Ana Frank, buscando el mundo de Guermantes para ahí, junto a la sobrina de Marcel Proust, enamorarse. También encuentro en ese árbol al matemático que navega en el lago con sus amigas contándoles cómo

Alicia vive, disfruta y fluye en el País de las Maravillas. En ese árbol también se encuentra la autopista del sur, un trancón que hasta ahora está deteniendo el tránsito de entrada a París. Obviamente, don Julio Cortázar está fumando junto al chofer del carro rojo que está en medio del trancón. Por ahí aparece un ratón que está subiéndose al árbol, devorando todas las hojas y alguien me dice que se llama el Jorobado de Notre Dame. Este jorobado me hace saber que ese ratón es el bibliotecario de Buenos Aires, que está muy lleno el estómago por haber leído tanta metafísica, comido tanto pensamiento neoplatónico y sustentándose con Aristóteles en su mundo de ficciones. También encuentro “Los funerales de la mama grande”. En ese libro hay un perro de ojos azules que llora porque el hijo de Aracataca se ha ido al mundo de los inmortales.

—Segundo escalón. Te dije: no contemples, no observes, no mires, solo tienes que ver, ver, ver. Asciende el tercer escalón. Qué raro, a mano izquierda está un olifante que dice llamarse Bolaño. Se ha vuelto tan grande, tan gigante después de haber comido tantas diatribas, tantos versos, tantos libros que junto a Cervantes se ha vuelto el inolvidable ser de la filosofía literaria en el mundo de América. Por allá aparece un Ent que lleva en sus ramas muchos pájaros y de los pájaros salen versos de

Mi encuentro con el misterio

Lorca, de Machado, de León Felipe, de León de Greiff, de Antonin Artaud. Sobretudo canta un colibrí la poética de Alfredo Gangotena. Yo no sé si me pueda quedar aquí. Está demasiado hermoso este paisaje para ascender. Estoy pensando que mi conciencia dice ser la Polilla y que la Polilla dice representar a María de Magdala. Es simplemente mi conciencia que me juega sucio y me hace creer que estoy en un mundo mítico, mágico. Yo no vine a eso. Yo lo único que vine es a encontrarme con un yachay, con un sabio anciano, con Marcos Guerrero Túquerrez, para que me haga saber. Por eso me invitó a su ceremonia para que vea cómo los cuatro suyos se desdibujan en su ceremonia. Los cerros y montañas se compaginan, los ríos cruzan, el arco iris da poder. Todo su mundo misterioso se transforma en el misterio glorioso de la aventura del Barroco en el mundo de Cotacachi.

—Otra vez estás elevado y contemplado. Vuelve, vuelve, vuelve. Sube el cuarto escalón, sube el quinto escalón, sube el sexto escalón, sube el séptimo escalón. Todo lo que miras, ves y absorbes te rompe el equilibrio de la razón y por eso crees que tu conciencia te ha engañado. Ni soy tu conciencia, ni soy el mensaje de la antropología, tampoco soy la conocedora de la cuadratura circular de tu mundo andino. Soy, te repito, María de Magdala la iniciada en el

mundo de Eleusis. Sígueme, por favor. Estas siete gradas vas a tener que subirlas a la ligera, porque donde te quedes contemplando, como hiciste en los siete escalones, saldrán todos los seres de la oscuridad y te llevarán a su mundo. Saldrá el eco de Cerbero y te llamará y te hará creer que en el mundo de Hades está esa mujer rockera que te agrada tanto que estaba sentada a tu lado y que te espera en su alcoba. Saldrán los mensajeros de la Parca del Silencio, que están en el estercolero del Hades, esperándote para succionarte y ahí votarte y eliminarte nombre, apellido, cuerpo y espíritu. Mandará a sus dementores para desequilibrar tu cerebro, tu mente y tu espíritu y te hará creer que estás en el mundo mágico, vital y absolutamente oscuro de las Moiras. Por eso, ten cuidado. Ve, ve, ve. No mires, no observes, no te entretengas. Cierto es, aquí están los jardines, todas las plantas, todo lo que tu mente puede imaginarse, pero resulta que están oscuros porque estás cruzando el Sol Negro. Si no estás en disposición de ánima y espíritu, si no has encontrado el matrimonio entre el ánima y el ánimus, si no has pervivido y existido en el yin y en el yang, si no has encontrado la ipseidad en armonía con la mismidad y si no has penetrado en lo más profundo de tu individuación, aquí termina tu camino. A mí me envió Adonaí para liberarte, porque ese dementor que se acerca en forma

Mi encuentro con el misterio

de culebra emplumada, en forma de serpiente emplumada, en forma de dragón totalmente negro, él te llevará. Cuando se acerca, él se transforma en un dragón plenamente rojo con ojos azules y te llevará al mundo de Igor Stravinski. Vos, creyendo como buen amante de su música, que va a hacerte conocer el pájaro de fuego. ¡No! Eso creerás vos. Así te hará creer. Por eso, te exijo y te llevo. Si es contra tu voluntad así me ordenaron, pero aquí no te puedes quedar. Por eso, sin que vos te hayas percatado, estás al fin en el séptimo escalón. Me ha tocado un duro proceso, he trajinado por el universo para acabar con todos los seres de lo oscuro y evitar que te lleven a sus diferentes espacios. Yo sé que no eres nadie. Yo sé que no eres nada. Yo sé que eres simplemente la duda. Y por eso, todos los seres de la oscuridad te quieren llevar para anularte, para que te quedes colgado en el símbolo mayor de los Templarios cuando ellos desciendan al mundo de la Nada. Y vos, simplemente te difuminarás y como duda no existirás. ¡Sí! Estás en los siete colores del arco iris. Pasas por el verde, pasas por el amarillo, pasas por el negro, pasas por el café, pasas por el lila, pasas por el morado y terminas en el rojo. Ese rojo es el encierro y es la abertura. Es la cuadratura y es la circularidad. Es todo y es nada. Es la mismidad y la alteridad. Eres vos cuando naciste en un mundo silvestre y

fuiste concebido en una laguna de tu pueblo que se llama La Joya. ¿Te acuerdas? Ahí tú fuiste concebido. Eso no hace que tu memoria se haga presente, pero sí a los cuatro años, cuando te llevaron de tu escuela y te mostraron la serpiente. Ella te succionó y te trajo a este mundo, al mundo de la racionalidad y al mundo de la lógica donde tú crees que estás viajando o estás en la ceremonia de Taita Guerrero Túquerrez, como le llaman sus discípulos. No estás en ningún lado. Estás simplemente volviéndote a soñar a ti mismo cuando tenías cuatro años y tu papá y tu mamá te olvidaron allá en La Joya. Haciendo memoria, ellos de que hace cuatro años te concibieron y pensaron que bañándote en La Joya os ibas a fortificarte y volverte guerrero Pasto, pero se olvidaron porque ellos se fueron a comer unos cuyes a Tufiño y no se percataron de que tú no ibas en la mochila que ellos iban cargando. Tu mamá te iba cargando en la parte de atrás eso pensaba ella, en la mochila ¡No! Tú te quedaste y alguien, porque tú sabes hoy te darás cuenta, era un duende que puso una piedra en esa mochila en vez de que estés vos y lo único que estás haciendo es soñando, pensando que todo tu mundo ha avanzado y que hoy estás cumpliendo sesenta años. Eso crees vos. No, apenas tienes cuatro años y en esos cuatro años vas a encontrar el infinito amor. Mira esos cuatro seres. Tienes que agacharte,

Mi encuentro con el misterio

doblegar tu cerviz y encontrar la calma y la paz. Ellos, con la autorización del Gran Espíritu, del Gran Abuelo, del Gran Misterio, abren la puerta. Ellos tienen el símbolo que es el Báculo Sagrado de Paracelso, que tú les has entregado sin que tu conciencia se dé cuenta. Desde mucho tiempo lo tenías, hoy lo has depositado en las manos de esos cuatro seres. Si es un báculo que se divide en cuatro para que ellos cuatro se vuelvan un solo ser y ese báculo se vuelva la llave del Arcano Sagrado, para que se abra la puerta. Entra. Ahí están dos sabias ancianas. La una te encamina, te lleva y te jala. Hasta aquí llega mi compromiso. Yo, María de Magdala la iniciada, la virgen que escogió Jesús junto a María su madre, para que llevemos el mensaje del Evangelio al mundo. Hasta aquí llega mi compromiso.

—Bienvenido, joven. Tengo entendido que usted se llama León Felipe y viene del condado de Turca. Lo estábamos esperando. Le vamos a presentar a una anciana, la que le mostrará el camino a seguir.

—Buenos días, señora. Sí, soy León Felipe, y he venido siguiendo el camino que me han mostrado.

—Entiendo, Guillermina. Luzdary me ha hablado mucho de usted y del Gran Espíritu. Estoy listo para recibir su guía.

—¡Oh no! ¿Qué está pasando? Parece que se ha derramado una gran cantidad de aceite de oliva. Estoy completamente cubierto de aceite, en todo mi ser, cuerpo, mente y espíritu. Pero lo que estoy viendo es inexplicable y maravilloso. Veo el Ojo del Poder, veo el Absoluto, veo una belleza indescriptible. Todos los colores del Barroco Andino me abrazan y me hacen comprender que para encontrarme en este mundo debo ser humilde y sencillo. No necesito crucificarme ni sacrificarme; ya he sido crucificado junto con mi estupidez, mi entelequia y mi falta de fe. Hoy siento que el camino se ha abierto y espero poder ser útil y servir desde el amor.

—Disculpe, señora. ¿Ya llegamos a La Calera? La joven que estaba a mi lado dejó esta rosa roja y me pidió que se la entregara a usted, para que nunca me olvide de ella. Aquí está. Ahora veo el barrio de La Calera, parece que alguien me está esperando. Que tenga una buena tarde.

El no amor: diálogo entre la soledad y el abandono

—Estoy caminando por la calle Real absolutamente solo, completamente solo, y ni siquiera mi sombra me quiere acompañar. Solo el gato de la esquina del abandono maúlla, no porque me acompañe, sino porque le exaspero y así se pone cada vez que me ve caminar, con la mirada perdida en el horizonte de la Absoluta Vaciedad. Soy el que recorre la calle Real, golpeando las puertas del silencio y tropezando con las diatribas que eructa el Cancerbero. Sí, soy quien busca entre las tinieblas, esperando que algún espectro descienda y consuele mi soledad, o tal vez alguna gota del aguacero que, donde sueña misia Carmelina la chiguaca, cuida la cantina de los crucificados. Quizás esa gota que cae desde allá, en mi cerebro, trastoque mi memoria y me permita rememorar los días

cuando caminaba por el sendero rojo, llevando a cuestas la utopía.

—Sí, ojalá el trueno y el relámpago no se escondan de mí esta vez, porque hasta los ecos de esos seres formados por las nubes desaparecen cuando me ven agachado, contemplando mis pasos que ya suman más de medio siglo. Si el cuervo no quiere acompañarme de nuevo, le dije esta mañana que quizás hoy, tarde y a punto de anochecer, podría posarse en mi hombro, como lo hace cuando se asienta en la parte izquierda del brazo izquierdo del crucificado. Pero él se negó y me dijo que prefiere irse donde los dementores del Sol Negro, que es más placentero que estar conmigo, en mi no-amor.

—Parece que incluso las sombras del Cementerio de Praga huyen de mí, pensando que tengo la lepra, la misma que dejó un ser que vivió en Egipto y desafió a Moisés creyéndose mago. Lo único que hizo fue que los abandonados sintieran su luz y atrajeran la peste, junto con los leprosos, para que nadie nos quisiera seguir. Estoy caminando por la calle Real, dictado por mi Alter Ego, para que ustedes, lectores, conozcan que soy el que pasa por la penumbra todos los días, buscando a la Maga Mayor del Hades, para ver si ella me succiona y me lleva en un suspiro a su estercolero. Tal vez allí pueda encontrar la vagina dentada y ver si destruye mi inconsciente colectivo.

Mi encuentro con el misterio

- Sí, soy el abandonado, el que camina por la calle Real contemplando su ignominia.
- Sí, soy el abandonado, porque busco en mi silencio sincronizar las partes que quedan de mi corazón de hierro.
- Sí, soy el abandonado, porque camino por la calle Real por donde alguna vez los lores conquistaron Amerricua, pero ni siquiera puedo alcanzar la sombra de sus pasos.
- Sí, soy el abandonado, porque vengo del Eco de los inmortales y soy el silencio de Adonái.
- Sí, soy el abandonado, porque en el cementerio de mi pueblo vomitaron la conciencia, los utópicos, y de ahí nací yo.
- Sí, soy el abandonado, porque viajo en el desconcierto de mi estupidez.
- Sí, soy el abandonado, porque pernocto en la noche tenebrosa donde incluso la luna desaparece para evitar encontrarse con mi espectro.

—Joven, permítame contarle: yo, la mismísima Soledad, debo decirle que usted no es ningún abandonado. Porque un abandonado es aquel ser humano que fue amado, que fue querido, que fue elevado a los altares y luego regresó al mundo de la soledad, donde los que lo aclamaban, los que lo seguían, los que lo vitoreaban y decían que era un gran maestro, lo olvidaron.

—No, usted no es abandonado. Abandonado es aquel ser a quien una doncella golpea la puerta de su corazón, abre y un clavel rojo sale para ser depositado en la tumba de Federico García Lorca. Y de esa tumba salen algunas poesías que emanan bondad, alegría y, sobre todo, se convierten en la metáfora del barroco. Eso es ser abandonado, porque al tomar ese clavel, se disipa y aquellos que aún creían en su amor lo abandonan.

—Abandonado es el crucificado que, colgado junto a dos ladrones, escucha sus carcajadas y burlas, y les dice antes de morir que los ama, aunque lo hayan olvidado. Eso es ser abandonado, joven.

—¿Que usted ha sido abandonado? No me haga reír. Yo soy la Soledad y siempre acompaño a los amantes de la alegría, a los del sendero rojo, a los de la poética, a los de la erótica y, sobre todo, a los de la Poe-filosofía. Siempre los dejo en la esquina de la entelequia para que penetren y descubran que han sido traicionados en lo más profundo de sus espíritus, y que sus huesos han sido depositados en el centro del Hades, donde la Parca del Silencio hace que nunca más recuerden. Eso es ser abandonado, joven.

—Usted no es abandonado. Usted es solo un caminante de la soledad, alguien a quien nadie ha amado, entendido o comprendido. Es un hijo espurio del silencio y del ruido, nacido

Mi encuentro con el misterio

del matrimonio entre la diatriba, el insulto y la estupidez. Usted proviene del más profundo no-amor, donde solo crecen espinas, gritos y lamentos, y por allí usted camina.

—No es abandonado, porque usted lo único que hace es repetir el eco de su inconsciente reprimido. Usted no es abandonado, anda por los caminos cerrados de la estupidez y está proyectando la sombra del Absoluto Vacío, en combinación con el insulto, la falta de cariño y, ante todo, está siendo acompañado por los eructos del Sol Negro, para que allá se encuentre cuando pueda abandonar su orgullo y su vanidad.

—Usted no es abandonado, lo que ve es su espectro reflejado en un charco de su pueblo, y cree que se asemeja a Narciso, y por eso lo han abandonado, porque no lo han entendido.

—Cuidado con confundirse, joven. Usted nació en una noche de amor de dos seres que se odiaban, y nació junto al laberinto del Minotauro, pero en la esquina del abandono. Por eso cree que es un ser abandonado, pero no, a usted lo parieron en el abandono, producto del no-amor, porque:

- Para ser abandonado, hay que nacer en el amor.
- Para ser abandonado, hay que nacer en la libertad.
- Para ser abandonado, hay que nacer en luz, soledad y libertad.

—Disculpe, señora, no sé a quién se está refiriendo, pero si usted, como dice, es la Soledad, ¿por qué está a mi lado? No se supone que la Soledad siempre anda con los caballeros de alcurnia, las flores y los patricios que desdibujan sus consonantes en el mundo cervantino.

—No se supone que la Soledad siempre acompaña a los ecos de Rocinante, cuando busca a su amigo Platero para decirle que la luz de Comala ha abandonado a Rulfo.

—Usted no dice que es la doña Soledad, aquella que está siempre junto a un vino francés, a una nota de Vivaldi y en armonía con una bella dama que acompaña al patricio andaluz.

—Usted no se supone que acompaña al abandonado de Jerusalén, aquel que subió a la luz del universo totalmente solo, porque él sabía que la única compañía que tenía era la libertad. A esos seres no se supone que los acompaña, entonces, ¿por qué habla conmigo?

—Joven, no estoy hablando con su persona, estoy hablando con el representante del no-amor. Usted se atrevió a pensar que era abandonado, lo único que hice es aclararle que no estoy hablando con su merced, estoy hablando con el eco de su espectro. Él entiende que usted es hijo espurio del ruido y del silencio, es hijo espurio de la ruptura de la armonía que provocó el estúpido que vino de Alemania, martillando

Mi encuentro con el misterio

no el verso de Zaratustra, sino martillando el insulto de Hitler.

—Sí, joven, usted no merece conversar con mi persona.

—Sí, soy la Soledad. Lo único que hago es aclarar que el no-amor se refleja en el charco de su pueblo. Cuando su estupidez no entiende que ha desaparecido su imagen, su sombra, su ánima. Usted ni siquiera puede estar en las últimas semillas del girasol abandonado en el cuadro más feo del feísmo, que pretendió reemplazar al impresionismo.

—Joven, ni siquiera alcanza el mérito del garabato. Por eso no es abandonado. Usted está caminando en el mundo de la solitariedad. Ahí sí le corresponde la tristeza, el dolor y la agonía. Nunca confunda.

—Sí, me atreví a hablar con el eco de su espectro, para decirle que regrese al Sol Negro. Porque aquí lo único que necesitamos es que la Soledad y mi mismidad se compaginen con la absoluta armonía del barroco. Y que dé cabida a que los caminantes de la soledad vuelvan a encontrarse en la poética, en la erótica y en la fantasía.

Diálogo entre el no-ser y la fe

—Qué extraño, estoy caminando ya muchos kilómetros y lo único que percibo es el aliento de ese huracán que transforma la negrura junto a la arena en un remolino, donde se va llevando y aspirando todo lo que tiene imagen, todo lo que tiene corporeidad, todo lo que tiene sustento gramatical, sustento algebraico, sustento lúdico. Todo se ha disparado de la fiesta del Barroco Andino, se va en ese remolino. Yo miro, miro y miro y veo más allá de lo profundo y encuentro simplemente atisbos de seres demasiado oscuros, demasiado inentendibles. Lo único que sé es que descienden del Sol Negro y quieren succionar mi des-conciencia. Pero yo camino, sigo caminando y debajo de mis pies está en llamas, pero no tienen color rojo, ni son fruto del fuego que dejaron en mi pueblo los dragones, ni siquiera son las brasas que se usan para torturar a los silentes del Sol Negro. ¡Qué raro! Estas

brasas son oscuras, totalmente oscuras, negras, totalmente negras que se difuminan en mis pies y hacen que me ardan mis plantas de pies. Se hinchan que parecen globos, que van llevando a una cometa arrasada por mi soledad. Pero yo no entiendo ni comprendo y sigo caminando, aunque mis plantas de pie se volatilizaron. Sigo caminando, no entiendo, no comprendo, no sé pero en mí hay algo que cree que existo, todo se está volviendo negro, oscuro, vacío, eternidad de nada.

—Señor, usted se equivoca. Usted andaba buscando, según me dicta su espíritu, el arcano sagrado de los Templarios. Por eso usted no ve, no entiende, no sabe. Le recomiendo que viaje a la laguna Estigio y ahí se refleje su rostro y comprenda que su permanencia en el universo ha sido trazada en un instante del Nihil oscuro.

—Alguien dice que existo y me habla desde lo más profundo de mi ignominia. Algo escucho, parece que sí. No entiendo, no comprendo, no sé. Estoy, según dicta mi alocada desmemoria, cerca del lago, laguna, río, no sé. Me llaman, siento, comprendo y me niego. Pero así, en algo de mi inconciencia, suena y escucho el eco diciendo: “Esto es Estigia.”

—Yo no veo nada, no hay ningún reflejo. Lo único que veo son unas monedas o así parecen, tienen la cara del César romano. Esa otra moneda tiene la cara de Heliogábalo, el

Mi encuentro con el misterio

anarquista coronado y la otra moneda es del poeta Antonin Artaud, que viajó al país de los tarahumaras a encontrarse con mi entelequia y desde ahí desdibujarme y hacerme creer que soy el arlequín del mundo de Proust.

—Me mareé, no sé, no entiendo, no existo, soy el No-Ser. Otra vez le voy a decir, caballero: pensé que usted, como un ente que existe en el Sol Negro y que es bisnieto de Anakael, el nihilista oscuro, podría reflejarse en su mismidad en la laguna Estigia, pero su inconsciencia no le permite penetrar en su esencia y le niega conocer quién es. Le ruego y le digo: si no pudo reflejarse en su identidad del Sol Negro, hay otra opción. Puede ser que yo me haya equivocado. La fe no siempre es verdadera; la fe solo conduce a la sabiduría, y yo pensaba que al enviarlo a la laguna Estigia, se reflejaría su esencia y lograría regresar al Sol Negro. A lo mejor me equivoqué y vamos a comprobarlo. Escúcheme bien: usted se va, óigame bien, al cementerio de Praga, donde reposa el cadáver de Umberto Eco, y le pide que, en nombre de Roland Barthes, le preste un signo. Con eso, usted se dirigirá al otro panteón donde están los inmortales celtas, y presentará el signo que es el Arcano Sagrado, depositado por Paracelso. Con eso, los inmortales celtas abrirán la cuadratura del círculo y fluirá desde ahí la luz del resucitado. Y si ahí usted no se

refleja, se entenderá que no existió, no existirá, y su eternidad se fundirá en un suspiro del eco del barquero.

—Escúcheme bien, usted se va, óigame bien, al cementerio de Praga, donde reposa el cadáver de Umberto Eco. Le pida el signo y le diga que voy de parte de Roland Barthes. Así, con esa facilidad, me dará y con eso iré al templo de los inmortales celtas y ellos, al recibir el báculo sagrado de Paracelso, abrirán la cuadratura del círculo y ahí mi reflejo hará que yo exista. Me equivoco plenamente, porque nunca he salido del Condado de Turca, ni siquiera conozco los parques Elíseos, donde anda buscando el tiempo perdido, ese Poet filósofo que se burla de la decadencia, de la aristocracia y apología de la rancia burguesía. Todavía piensa que yo puedo buscar a los masones en el Cementerio de Praga, porque así entiendo, así me lo dijo Eliphas Lévi, cuando me previno que no me penetrara en el mundo de la sabiduría, pero como necio que soy, osé abrir la primera hoja y ahí me encuentro atrapado en el Absoluto Silencio, queriendo saber quién soy, qué soy, pero, amigos, lo único que entiendo es que mi cerebro se agota, termina y finaliza mi existencia, mi no existencia, mi mismidad, mi alteridad, mi no sé qué. Pero sepan que mientras mis palabras, mis libros, mis pensamientos y mi imagen sigan resonando en sus cabezas, yo

Mi encuentro con el misterio

continuaré aquí acompañándolos y caminando por las calles de mi ciudad.

Mi encuentro con el misterio

Biografía

El desigualador del pensamiento

Duván Ávalos

Docente de la Universidad Politécnica Estatal del Carchi

Luis Felipe Vásquez Narváez nació el 14 de agosto de 1958, en Tulcán, Carchi. En 1970, a los 11 años, culminó sus estudios de primaria en la Escuela Sucre, en su ciudad natal. Siete años después, en 1977, a los 18 años, finalizó sus estudios de secundaria en el Colegio Experimental Bolívar.

En 1985, cuando tenía 27 años, se retiró de la carrera de Derecho en la Facultad de Jurisprudencia de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, en Quito. Luego pasó a la Universidad Central para continuar su formación en la misma carrera. Pero nuevamente decidió abandonar sus estudios. La razón por la cual no logró concluir su formación profesional es que

para él la inteligencia se fundamentaba en la capacidad de crear libremente y no de obedecer las instrucciones de un docente.

A pesar de no concluir sus estudios universitarios, su estadía en la capital le permitió entrar en contacto con intelectuales destacados y amigos cercanos que acrecentaron su interés por la literatura, la filosofía, las artes, la problemática indígena y la curandería andina. En la Pontificia Universidad Católica, por ejemplo, creó el Grupo Literario “Punto Negro”, integrado por jóvenes que escribían literatura de vanguardia y publicaban mensualmente un folleto con sus textos irreverentes. En la Universidad Central, de igual manera, formó la Brigada Cultural “Benjamín Carrión”, un grupo dedicado a la acción política y cultural.

Desde 1985 hasta 1992 vivió varias experiencias laborales que le permitieron consolidar su formación intelectual, su sensibilidad espiritual y su conciencia social. Entre esas experiencias se encuentra su trabajo en el Centro de Estudios y Capacitación del Campesinado del Azuay, en Pucará, desarrollado en 1985; su integración al Equipo Misionero Itinerante de la Diócesis de Riobamba, entre 1986 y 1987; su trabajo como promotor de desarrollo social en el Instituto de Diseño y Comunicación Social de Tixán, en Chimborazo, en 1988; su labor como

Mi encuentro con el misterio

asesor de Pastoral Juvenil en el Departamento de Juventud de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, entre 1984 y 1988; su vinculación como investigador de archivo y bibliotecas en el Centro de Investigación para el Desarrollo Social en 1989; y su compromiso como asistente y, posteriormente, coordinador del trabajo de campo en Cotopaxi para Proandes-Unicef, con estancias permanentes en las zonas rurales de población indígena y en los espacios urbano-marginales de las grandes capitales, entre 1990 y 1992.

A su regreso a Tulcán, después de esas experiencias en el mundo andino, se dedicó, por una parte, a desarrollar proyectos con diferentes instituciones sobre la memoria histórica de la sociedad de los pastos; por otra parte, puso en práctica los conocimientos adquiridos con las comunidades indígenas sobre las artes de la curandería, especialmente aquellos que había adquirido a partir de sus lazos de hermandad con los taitas Marcos Guerrero Túquerrez y Celso Fiallo, a quienes consideraba sus maestros espirituales.

Fue así como a inicios de los noventa entró en contacto con Isaac Gaviria, cónsul de Colombia en Tulcán entre 1992 y 1995, quien le financió una investigación sobre los intercambios económicos que desde tiempos precolombinos existían entre los pueblos que

habían sido separados por el trazado limítrofe entre Colombia y Ecuador. El resultado final de ese proyecto fue una monografía titulada “Acercamiento al indígena de frontera para el caso de Nariño y Putumayo”, la cual se encuentra inédita. Ese proyecto investigativo le permitió, además, realizar una visita al departamento de Antioquia, en Colombia. Inicialmente el viaje estaba programado para durar dos semanas, en un recorrido turístico por los principales pueblos de la región. Pero su espíritu aventurero no era el de un turista sino el de un etnógrafo, razón por la cual terminó quedándose dos años en la capital departamental, en Medellín. Durante este tiempo estrechó lazos de hermandad con grupos espirituales de diferentes órdenes religiosas y con antropólogos e intelectuales de la Universidad de Antioquia que fortalecieron sus búsquedas personales.

Al retornar nuevamente a Tulcán, llegó convertido en un hombre sumamente espiritual que había abandonado toda ambición monetaria y que únicamente se dedicaba al enaltecimiento de su alma y al cultivo de su inteligencia. Esto lo lograba mediante ejercicios intensos de meditación que realizaba en su habitación, un espacio compuesto por una pequeña cama, dos veladores y una mesa sencilla a manera de escritorio, con todas las paredes, desde el suelo hasta el techo, cubiertas por estanterías repletas

Mi encuentro con el misterio

de libros; de hecho, él consagraba la mayor parte de su tiempo a la lectura de los grandes clásicos de la literatura, la filosofía y la antropología.

A veces, al atardecer salía a caminar por las calles de la ciudad, deambulando en busca de algún amigo con quien pudiera sentarse a conversar sobre las problemáticas coyunturales de la sociedad mientras bebían un café. En otras ocasiones prefería realizar sus lecturas de las mañanas en el parque La Concordia, en donde se sentaba en una de sus bancas, sacaba su libro y empezaba a leer subrayando compulsivamente y tomando apuntes de todas las ideas que iban llegando a su mente, hasta que algún amigo pasaba por el lugar, se le acercaba y se ponían a conversar.

Su asistencia al 49 congreso Internacional de Americanistas, realizado en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador en 1997, así como todas sus experiencias de vida, sus aprendizajes académicos forjados de manera autodidacta y sus relaciones afectivas entabladas con sus amigos le permitieron construir una visión del mundo bastante particular. Esa visión del mundo quedó expuesta en muchos de sus libros, bajo categorías de análisis creadas por él mismo y que se denominan “barroco andino”, “desgualangar el conocimiento” y “ethos Pasto”, entre otras.

Luis Felipe Vásquez Narváez

Poco a poco, su palabra fue ganando un espacio de respeto y admiración entre la sociedad carchense, sobre todo en lo referente a los temas de cultura, identidad e historia. Sus puntos de vista, compartidos en los eventos que organizaban las instituciones culturales de la ciudad o a través de los medios de comunicación, siempre despertaban admiración por la pasión con que los expresaba, la profundidad analítica con que los exponía, la fundamentación teórica que demostraba y la creatividad de las propuestas que realizaba.

Fue así como la Universidad Tecnológica América, en Tulcán, bajo el rectorado de Luis Alfonso López, le concedió la oportunidad de que impartiera la cátedra de Antropología Ecuatoriana en la carrera de Turismo, desde abril del 2007 hasta julio del 2012. Sus estudiantes lo recuerdan como un docente capaz de establecer múltiples articulaciones teóricas en cada clase, con ejemplos que complejizaban el pensamiento al conectar diferentes campos sociales y épocas históricas, siempre con la disposición de brindar su saber en un espacio de afectos compartidos.

Con el cierre de la Universidad Tecnológica América, se dedicó nuevamente a presentar proyectos a diferentes instituciones privadas y públicas. Esta vez centró sus intereses en las tradiciones orales de las comunidades

Mi encuentro con el misterio

carchenses. Es así como logró escribir en coautoría la “Serie Carchi Tradición Oral”, desde el 2010 hasta el 2016. Este trabajo se compone de seis libros que recogen las historias que cuentan los mayores en Chical, Maldonado, Tufiño, Julio Andrade, Mariscal Sucre y Santa Martha de Cuba, con dibujos realizados por los niños de cada población y ejercicios para que los docentes los apliquen con sus estudiantes en las aulas de clases.

Este ciclo de trabajos sobre la tradición oral finalizó con el libro titulado “La Moledora, el último mito de los pastos”, escrito también en coautoría y publicado por la editorial Abya-Yala, de la Universidad Politécnica Salesiana. Pero, a diferencia de la “Serie Carchi Tradición Oral”, este último trabajo ya no recoge las narrativas de los mayores sino que se centra en analizar los discursos que atraviesan esas narraciones, especialmente la de La Moledora, una narración que es actualizada en las poblaciones ubicadas entre el páramo y el subtrópico de la frontera colombo-ecuatoriana. En esa investigación, las historias de los mayores son interpretadas como un abrevadero cultural en donde reposan los códigos culturales que dotan de sentido la realidad de las comunidades.

A medida que desarrollaba estos trabajos sobre las tradiciones orales, Luis Vásquez iba incursionando en la literatura mediante

la producción de textos ficcionales en los que amalgamaba su saber intelectual, sus experiencias con el mundo mágico andino y su idiosincrasia como tulcanense. La mayoría de sus libros de carácter literario los publicó con autofinanciación, algunos en la editorial Quillari, en Quito; otros, en Graficolor, en Pasto. Él mismo vendía sus libros a los amigos que iba encontrando cuando paseaba por las calles de Tulcán, o a las personas interesantes que conocía en los eventos culturales a donde iba como conferencista, o entre aquellos estudiantes y docentes universitarios que constantemente le hacían consultas académicas sobre temas antropológicos, y, muy especialmente, vendía sus libros a aquellos lectores fieles que siempre estaban atentos a la aparición de una nueva publicación suya. El dinero recaudado le permitía a veces recuperar lo invertido; pero, en la mayoría de ocasiones, sus cuentas arrojaban un saldo en rojo que, sin embargo, nunca le generó insatisfacción ni malestar, porque su principal objetivo no era convertir su saber en mercancía sino ponerlo a circular como un don ofrecido a su comunidad.

Hubo, sin embargo, algunos libros que publicó con apoyo institucional, especialmente aquellos de carácter argumentativo o académico que fueron resultado de algún proceso de investigación. Entre esos libros se encuentran

Mi encuentro con el misterio

los siguientes: “Historias de los mayores dibujadas por los niños”, publicado con el apoyo de la Universidad Tecnológica América, a cargo de Luis Alfonso López; “Palabras y colores carisucios”, publicado con el apoyo del Consulado de Ecuador en Ipiales, a cargo de Nelson López Jácome; “Tradición oral del cantón Tulcán” y “Tulcán: pasión por la palabra”, ambos publicados con el apoyo de la Alcaldía de Tulcán en el segundo periodo de Pedro Velasco; “Taita Juan Chiles, guardián del pueblo Pasto”, publicado con el apoyo de la Alcaldía de Tulcán en el primer periodo de Julio Robles Guevara; “La resistencia de la comunidad frente al proyecto nacional”, publicado con el apoyo de la Alcaldía de Tulcán en el periodo de Cristian Benavides; “Viajes al mundo de la entelequia”, publicado por la Casa de la Cultura Benjamín Carrión Núcleo del Carchi durante la presidencia de Ramiro Almeida; y “Golpea, Martillo, golpea”, publicado con el apoyo del Club Deportivo El Martillo y la Universidad Politécnica Estatal del Carchi.

Todas las obras literarias de Luis Vásquez están atravesadas por la fusión de la cultura grecolatina con la cultura amerindia. Se trata de una propuesta estética que se desenvuelve a través de un eje rizomático, un estilo irónico y, preferentemente, bajo una forma dialógica.

Luis Felipe Vásquez Narváez

Sus ideas se interconectan de un modo inesperado, imprevisible y, a veces, caótico, imposible de esquematizar porque sus sentidos e imágenes están más cerca de la espontaneidad del performance que del orden racional o estructurado de la metodología. Sus obras literarias, tal como él lo afirmaba, desgualangan el conocimiento castizo y lo rearmen desde el ethos pasto, es decir, desacomodan lo que ya sabemos, desobedecen al orden estructural imperante, se burlan de la realidad autorizada y nos proponen una nueva forma de entender el mundo desde una visión amerindia.

En cuanto a su producción intelectual, Luis Vásquez dejó varias obras de gran relevancia que plantean nuevas inquietudes sobre las múltiples identidades culturales que atraviesan a los sujetos de la frontera. Entre esas obras intelectuales, vale destacar los siguientes libros: “Tulcán: pasión por la palabra”, una compilación de ensayos publicada en 2006 con el aval de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso-Ecuador), en la cual participaron varios escritores locales que reflexionaron sobre lo que significa ser tulcaneño y carchense; “Historia de la Comuna ‘La Esperanza’”, una monografía publicada en 2008 sobre los principales hitos históricos que superaron los indígenas pastos para la conformación jurídica de su territorio; y “La decadencia de la fiesta en Tulcán”,

Mi encuentro con el misterio

una obra inédita en la que sostiene una tesis bastante polémica: la ausencia de una fiesta propia, mítica, ancestral y cultural en Tulcán genera comportamientos autodestructivos en sus ciudadanos, porque no cuentan con una válvula de escape que les permita liberarse, aunque sea momentáneamente, de las fuerzas disciplinarias y las grillas biopolíticas que los mantienen oprimidos.

Más allá de la presencia de elementos pedagógicos, históricos, etnográficos, el análisis social del discurso mitológico que realiza Luis Vásquez es un aporte fundamental para que los tulcanes, los carchenses, los sujetos de frontera, la sociedad de los pastos y, en general, todos aquellos que habitamos esta región entre Colombia y Ecuador podamos pensar con mayor complejidad qué significa pertenecer a esta sociedad. Se trata de una amplia, colorida e inquietante producción intelectual que nos ofrece la oportunidad de intentar entender cómo las historias míticas de hechos sobrenaturales ejercen una fuerza al interior de la sociedad: la forma como esas historias determinan la escala de valores en nuestra comunidad.

Todas estas obras que publicó Luis Vásquez, tanto las literarias como las académicas, así como su labor en la gestión cultural, lo convirtieron en un personaje destacado dentro de la sociedad tulcanesa, alguien que gozaba de

un reconocimiento social por la potencia de su pensamiento, la fluidez de su palabra hablada y la creatividad de su imaginario estético. De hecho, durante su vida recibió varios reconocimientos significativos e importantes que le demostraron la alta valoración y estima que su pueblo sentía hacia él. Entre esos reconocimientos se encuentra la Estatuilla de la Asamblea Nacional Constituyente en 2008, la Mención de Honor de la Universidad Tecnológica América en 2009 y la Medalla del Sol Pasto del Gobierno Municipal de Tulcán en 2011.

Luis Vásquez falleció el 1 de marzo de 2024, a los 65 años, acompañado de sus familiares más cercanos, en su vivienda, ubicada en las calles Manabí y Brasil. Su muerte conmocionó a la sociedad tulcanense y generó reacciones afectivas en todas las instituciones culturales y académicas de la frontera colombo-ecuatoriana. Quienes lo conocimos de cerca sabíamos que se iba el gran intelectual de nuestra ciudad, el escritor prolífico, el conversador incansable, el invitado especial a los congresos y foros sobre cultura, el curandero que sanaba las enfermedades del espíritu, el amigo que estaba dispuesto a brindar su tiempo y su saber en el momento que se lo necesitara, el señor de barba espesa que vestía con sencillez y que siempre permanecía leyendo un libro en una banca del parque La Concordia.

Libros publicados:

Historia de la Comuna “La Esperanza” (2007)

Taita Juan Chiles, guardián del pueblo Pasto (2011)

Irónicas desilusiones (2012)

Diálogos, cartas y otros silencios (2012)

Ironías del desatino controlado (2013)

Solipsismos del absurdo (2014)

Viajes al mundo de la entelequia (2015)

Zorro plateado en el páramo del barroco andino (2016)

Elucubraciones neo-barrocas (2016)

Desgualangar el conocimiento desde el ethos Pasto (2017)

Plegarias al Gran Espíritu (2017)

Solitariedades (2018)

Disquisiciones rizomáticas (2018)

Los habitantes del planeta Cartuquer (2021)

Eterna desmemoria (2022)

Mi encuentro con el misterio (2024, libro póstumo)

Obras como coautor:

Tradición oral del cantón Tulcán (2004)
(En coautoría con Patricio Ortiz)

Tulcán: pasión por la palabra (2006)
(En coautoría con Galo Burbano y Wendy Checa)

Historias de los mayores dibujadas por los niños (2010)
(En coautoría con Luis López y Duván Ávalos)

Palabras y colores carisucios (2010)
(En coautoría con Luis López y Duván Ávalos)

Maldonado contado por los de adelante (2013)
(En coautoría con Duván Ávalos)

Los pastos y sus historias del Norande (2013)
(En coautoría con Duván Ávalos)

Las hijas del rayo (2014)
(En coautoría con Duván Ávalos)

Los cubanos del Carchi (2014)
(En coautoría con Duván Ávalos)

La Moledora: el último mito de los Pastos (2017)
(En coautoría con Duván Ávalos)

Golpea, Martillo, golpea (2017)
(En coautoría con Duván Ávalos)

El jardín botánico del Taita Juan Chiles (2018)
(En coautoría con Elisa Levy y Duván Ávalos)

La resistencia de la comunidad frente al
proyecto nacional (2021)
(En coautoría con Jenifer Paspuel y Duván
Ávalos)

Obras inéditas:

Acercamiento al indígena de frontera para el
caso de Nariño y Putumayo

La decadencia de la fiesta en Tulcán

La esquina izquierda del olvido



Fragmentos

“ Amigos, lo único que entiendo es que mi cerebro se agota, termina y finaliza mi existencia, mi no existencia, mi mismidad, mi alteridad, mi no sé qué. Pero sepan que mientras mis palabras, mis libros, mis pensamientos y mi imagen sigan resonando en sus cabezas, yo continuaré aquí acompañándolos y caminando por las calles de mi ciudad”.

“ He debido marcharme porque tengo una reunión pendiente. Allá en el fondo, en el centro de este laberinto, hay un anciano llamado Carlos Marx, quien, junto a otros célebres pensadores, me está llamando”.

“ Quizá algún día, cuando mi conciencia habite en el más allá, cuando mi espíritu cabalgue por el planeta Cartuquer, quizás ese día pueda levantar la cabeza con orgullo y decir que vengo de un planeta desdichado donde, sin embargo, tuve la fortuna de conocer a los tres ancianos sabios que me han hablado desde siempre en mi recuerdo: Marcos Guerrero Túquerrez, Celso Fiallo y usted, Marco Vinicio Rueda”.

ISBN: 978-9942-625-38-0



9 789942 625380